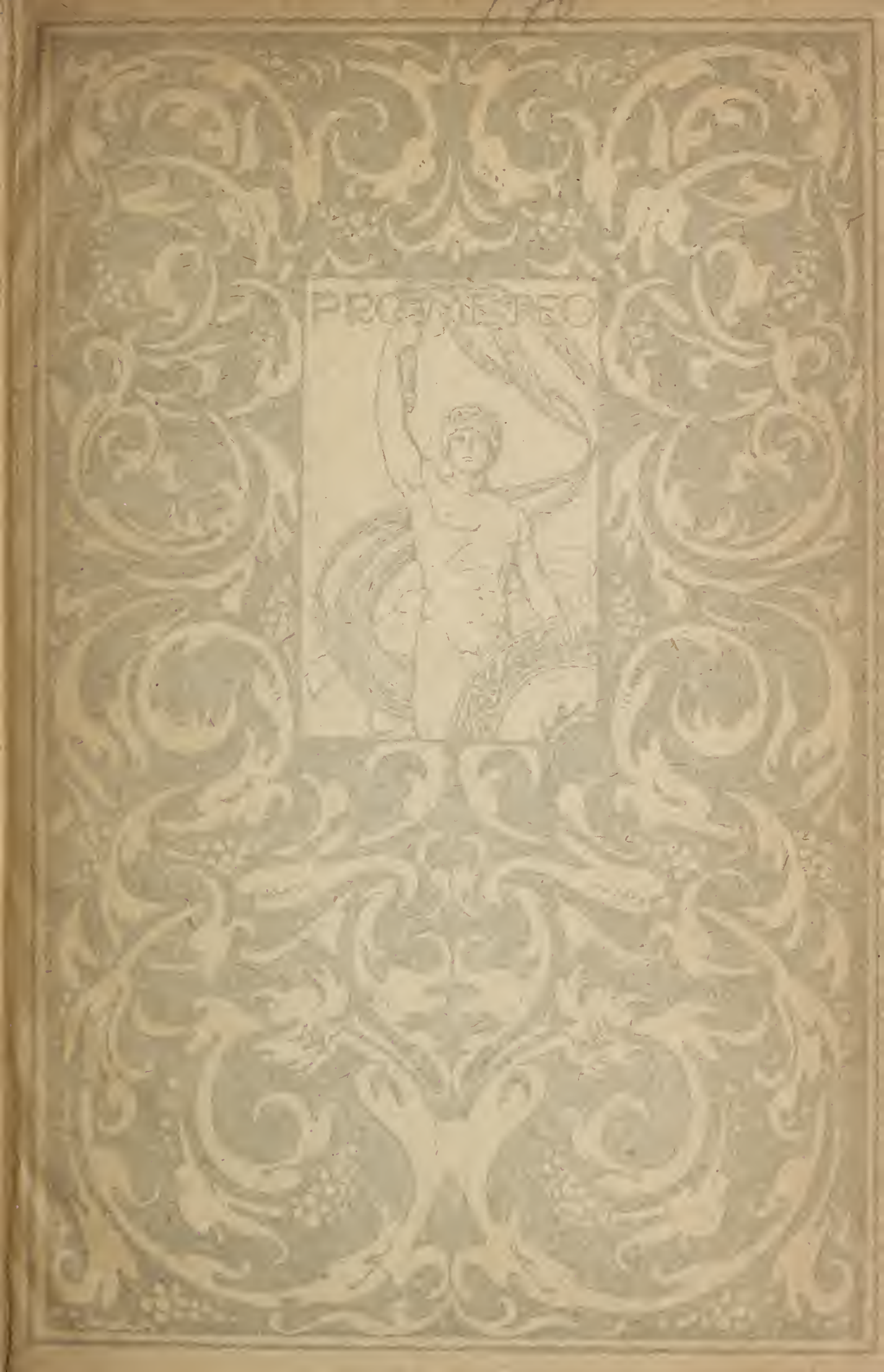
VIDA Y DOCTRINA DE SÓCRATES


PROMETEO

JENOFONTE

VIDA Y DOCTRINAS DE SÓCRATES

-PROMETEO=VALENCIA-

-RIGOBERTO SOLER-

SCB
#17,227

LIBROS CÉLEBRES
ESPAÑOLES
Y EXTRANJEROS

Director literario: V. Blasco Ibáñez

EN ESTA COLECCIÓN

HOMERO: *Iliada.*—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Gómez de la Mata.—2 t.

HOMERO: *Odisea.*—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de N. Hernández Luquero.—2 tomos.

ESQUILO: *Tragedias.*—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de E. Díez-Canedo.—Un tomo.

EURÍPIDES: *Obras completas.*—Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Gómez de la Mata.—4 tomos.

JENOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates.*—Versión española y nota preliminar de J. Deleito y Piñuela. 1 t.

ARISTÓFANES: *Comedias.*—Versión española de R. Martínez Lafuente.—3 t.

Tomo I.—Lysistrata. Los acarnienses. Las nubes.—Tomo II.—Los caballeros. La paz. Las avispas. Pluto.—Tomo III.—Las tesmóforas. Las aves. La asamblea de las mujeres. Las ranas.

El libro de las mil noches y una noche.—Traducción directa y literal del árabe por el Dr. J. C. Mardrus. Versión española de V. Blasco Ibáñez. Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.

Tomo I.—Historias del rey Schahriar y su hermano el rey Schazaman, del mercader y el efrit, del pescador y el efrit, del mandadero y las tres doncellas y de la mujer despedazada, de las tres manzanas y del negro Rihán.

Tomo II.—Historias del visir Nureddin y de su hermano y de Hassán Badreddin y del jorobado, el sastre, el corredor nazareno, el intendente y el médico judío.

Tomo III.—Historias de Dulce-Amiga y de Ghanem Ben-Ayub y de su hermana.

Tomo IV.—Historia del rey Omar Al-Nemán y de sus dos maravillosos hijos.

Tomo V.—Fin de la historia del rey Omar Al-Nemán...

Tomo VI.—Historias de los animales y de las aves, de Alí Ben-Bekar y la bella Schamsennahar y de Kamaralzamán y la princesa Budur.

Tomo VII.—Historias de Feliz-Bello y Feliz-Bella, de Grano-de-Belleza y de la docta Simpatía.

Tomo VIII.—Aventuras del poeta Abu-Nowas. Historias de Sindbad el marino y de la bella Zumurrud.

Tomo IX.—Historias de las seis jóvenes de distintos colores, de la ciudad de bronce, de Ibn Al-Mansur, de Wardán el carnicero y de la princesa subterránea.

Tomo X.—El falso califa. Historias de Rosa-en-el-cáliz, del caballo de ébano y de los artificios de Dalila la Taimada.

Tomo XI.—Historias de Juder el pescador y de Abu-Kir y Abu-Sir.

Tomo XII.—Anécdotas morales del jardín encantado. Historias de Abdalah de la Tierra y de Abdalah del Mar, del joven amarillo y de Flor-de-Granada y de Sonrisa-de-Luna. La velada de invierno. El Felah de Egipto y sus hijos blancos.

Tomo XIII.—Historia de Califa y del califa. Aventuras de Hassán Al-Bassri.

Tomo XIV.—El diván de las gentes alegres y despreocupadas. Historia del dormido despierto. Los amores de Zein Al-Mawassif. Historias del joven holgazán y del joven Nur y de la franca heroica.

Tomo XV.—Consejos de la Generosidad y de la Experiencia. Historias del espejo de las vírgenes y de Aladino y la lámpara mágica.

Tomo XVI.—La parábola de la verdadera ciencia. Farizada la de sonrisa de rosa. Historias de Kamar y de la pierna de carnero. Las llaves del destino.

Tomo XVII.—El diván de los fáciles donaires y de la alegre sabiduría. Historias de la princesa Nuernnahar y de la bella gennia y de Sarta-de-perlas.

Tomo XVIII.—Las dos vidas del sultán Mahmud. El tesoro sin fondo. El adulterino simpático. Palabras bajo las noventa y nueve cabezas cortadas. La malicia de las esposas.

Tomo XIX.—Historia de Alí Babá y de los cuarenta ladrones. Los encuentros de Al-Rachid en el puente de Bagdad. Historia de la princesa Suleika.

Tomo XX.—Los ocios encantadores de la adolescencia desocupada. Historia del libro mágico.

Tomo XXI.—Historia espléndida del príncipe Diamante. El maestro de las divisas y de las risas. Historia de Obra Maestra de los Corazones.

Tomo XXII.—Historias de Baibars, de la rosa marina y la joven de China y del pastel hilado con miel de abejas.

Tomo XXIII.—Los tragaluces del Saber y de la Historia. El fin de Giafar. Historia del príncipe Jazmín y de la princesa Almendra. Conclusión.

SHAKESPEARE: *Obras completas.*—Doce tomos (véase detalle pág. 4).

LA VIDA Y LAS DOCTRINAS DE SÓCRATES.

OBRAS COMPLETAS DE SHAKESPEARE

Tomo I.—William Shakespeare, por *Victor Hugo*.—Hamlet, príncipe de Dinamarca.—Los dos hidalgos de Verona.

» II.—Otelo, el moro de Venecia.—Medida por medida.—Cuento de invierno.

» III.—Romeo y Julieta.—Bien está lo que bien acaba.—Comedia de equivocaciones.

» IV.—El mercader de Venecia.—Penas de amor perdidas.—Cimbelino.

» V.—Macbeth.—Troilo y Crésida.—Enrique VIII ó Todo es verdad.

» VI.—El rey Lear.—Coriolano.—Como gustéis.

» VII.—La fiera domada.—La duodécima noche.—Mucho ruido para nada.

» VIII.—El sueño de una noche de verano.—La tempestad.—Las alegres comadres de Windsor.

» IX.—Julio César.—Antonio y Cleopatra.—Timón de Atenas.

» X.—El rey Juan.—La vida y la muerte del rey Ricardo II.—La tragedia de Ricardo III.

» XI.—La primera parte de Enrique IV.—La segunda parte de Enrique IV.—El rey Enrique V.

» XII.—La primera parte del rey Enrique VI.—La segunda parte del rey Enrique VI.—La tercera parte del rey Enrique VI.

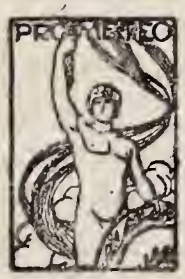
JENOFONTE

LA VIDA Y LAS DOCTRINAS DE SÓCRATES

VERSIÓN CASTELLANA Y NOTA PRELIMINAR DE

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA

CATEDRÁTICO DE HISTORIA ANTIGUA Y MEDIA
EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA



PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 35.—VALENCIA

Es propiedad. Derechos exclusivos de traducción al español.

NOTA PRELIMINAR

De la gran trinidad de historiadores clásicos griegos, Jenofonte es cronológicamente el último; pero no cede en mérito y trascendencia á sus dos predecesores. Sin la grandeza genesíaca de Herodoto (creador del género y *padre de la Historia*), sin la elevación y profundidad filosófica de Tucídides (más que narrador, escultor de la guerra del Peloponeso y sus hombres), Jenofonte es más humano y confidencial, de cultura y aptitudes más enciclopédicas, de más fácil y amena pluma, de espíritu más afín al lector de nuestro tiempo.

Polígrafo explorador de las más opuestas zonas de la vida, fué filósofo, historiador, escritor militar y deportivo, precursor de la Economía y de la novela pedagógica. Su *Ciropedia* es madre de *Las aventuras de Telémaco* y abuela del *Emilio* de Rousseau.

Sus libros de Historia sólo cuentan, por lo común, lo que vieron sus ojos; pero tuvo la suerte de ver cosas admirables, tanto en el mundo de la acción como en el mundo del pensamiento, y supo contarlas con sencillez, exactitud y buen estilo.

En *Las Helénicas* continuó á Tucídides, haciéndonos conocer las postrimerías de la guerra entre Atenas y Es-

parta, tumba de la grandeza griega. Testigo curioso y luego director circunstancial de la célebre y penosa *retirada de los diez mil,* logró inmortalizarla en la *Anábasis,* la más conocida y popular de sus obras; como después, en el *Elogio de Agesilao,* hizo perdurar el recuerdo de la expedición arriesgadísima que este príncipe, su gran amigo y protector, realizó en su compañía al corazón del Asia. Ambas aventuras, personificación de la audacia griega en su secular antagonismo con el Oriente, son el preludio de la epopeya de Alejandro.

Pero más gloria que como cronista y copartícipe de descomunales hazañas militares, corresponde á Jenofonte por alcanzarle algunos rayos de la luz que irradió sobre toda la civilización griega, y aun sobre toda la antigüedad, aquel varón justo y sabio que, sin atribuirse jamás misión providencial y divina, sólo con la fuerza de su ciclópea inteligencia y de su corazón, abierto al amor inagotable por la Humanidad, supo torcer el cauce que hasta él seguía el pensamiento, y proclamar en germen todos los grandes principios de cuya savia espiritual vive aún el mundo: hemos nombrado á Sócrates.

Sócrates, según frase de Cicerón, «hizo descender la filosofía de los cielos á la tierra»; porque puso la moral sobre la teogonía, hizo del conocimiento de nuestro yo el punto de partida del conocer, y del hombre el centro de la vida, como hijo selecto y representativo de aquella raza esencialmente antropomórfica, que hasta cuando quiso exaltar por la religión y el arte lo más digno de adoración, tuvo que darle forma humana.

Sócrates fué por antonomasia el *maestro* de todos los filósofos, educadores y políticos que han existido después de él, no sólo antiguos, sino modernos y aun actuales. De su lumbre surgieron y vivieron infinitas escuelas divergentes entre sí. Su vida y su muerte son la mejor y más conmovedora lección de civismo que ha recibido el mundo.

Sócrates es toda la filosofía griega (desenvuelta después en su mayor apogeo por Platón y Aristóteles). Y la filosofía griega es toda la filosofía antigua, y toda la del Renacimiento, base de las demás doctrinas posteriores.

Suprimid á Sócrates, tronco robusto de todo el pensamiento de la antigüedad, y será imposible comprender sus exuberantes ramificaciones.

Pero Sócrates, como Budha, Cristo, Mahoma y casi todos los grandes reformadores antiguos, no escribió nada. Dedicados á la misión augusta y profética de crear las grandes enseñanzas que pretendían redimir á la Humanidad, no tuvieron tiempo para escribirlas, y dejaron ese cuidado á sus discípulos.

Con Sócrates realizaron tal menester Jenofonte y Platón; pero á éste, la fuerza y personalidad de su genio le obligaron á desnaturalizar á veces la filosofía socrática. «Me hace decir cosas que no pensé en mi vida», exclamaba Sócrates refiriéndose á él. No así Jenofonte, que, más humilde é impersonal, sólo aspiró á ser el espejo donde se proyectasen ante la admiración de la posteridad aquella vida y aquella doctrina por él veneradas.

Como filósofo personal, claro es que supera en muchos codos Platón á Jenofonte. En cambio, como expositor verídico de filosofía, lleva éste mucha ventaja al autor de *La República*.

Suprimid á Jenofonte, y Sócrates quedará, si no olvidado, incomprendido.

Sabido es que, durante la guerra del Peloponeso, Sócrates salvó la vida de Jenofonte en la batalla de Delium. Este recompensó el favor salvando ante la posteridad la memoria de Sócrates.

Un día callejeaba el viejo filósofo por Atenas; tropezó con un desconocido mancebo, que le cautivó por su hermosura y su aire de modestia. Atajóle el paso con su bastón, y le abordó preguntándole «dónde podría comprar las cosas necesarias para la vida». «En el mercado», respondió el joven. «¿Y dónde puede aprenderse á ser hombre de bien?» Jenofonte (pues él era el interpelado) vaciló sin hallar respuesta. «Pues sígueme y lo aprenderás», concluyó Sócrates.

Desde entonces fué aquél su discípulo predilecto y entusiasta; le acompañó hasta el terrible instante de beber la cicuta, con el fervor de un devoto ante un santo; estuvo siempre pendiente de sus labios, ungidos por

el perfume de la verdad y el bien; y recogió sus palabras con el cuidado, la exactitud y la unción del que practica un rito.

El transcribió fielmente la vida inmaculada del padre de la filosofía, sus diálogos de ironía sutil, honda intención didáctica y dialéctica insuperable, sus continuas excitaciones á la práctica de la virtud y la justicia, y, sobre todo, el ejemplo de su muerte sublime y serena, en sacrificio voluntario al cumplimiento del deber, y sin cesar, hasta que lanzó el postrer suspiro, de adoctrinar y confortar á sus discípulos, llorosos ante la inminencia de su pérdida, inspirándoles fe en los grandes ideales humanos.

Y en verdad que, al trazar Jenofonte esa página íntima y biográfica de historia ateniense, hizo labor mucho más interesante, trascendental é imperecedera que al referir el desastre de Egos Pótamos ó la arriesgada travesía de los aventureros griegos por cien mil leguas de países asiáticos hostiles.

Creo, pues, que las *obras socráticas* son lo más exquisito en el haber intelectual de Jenofonte; y estas obras socráticas constituyen el presente volumen. Son ellas las *Memorias sobre Sócrates,* la *Apología de Sócrates* y *El banquete.*

En las *Memorias* (más conocidas por *Los memorables* ó *Dichos memorables de Sócrates*) se da á conocer la vida del maestro, entreverándola con aquellas sus admirables enseñanzas, que él esparcía á manos llenas por todas partes: en la plaza pública, en el mercado, bajo la sombra de los pórticos, en las discusiones candentes y aceradas con los sofistas, en los consejos y lecciones á los discípulos que hacían profesión de tales, en la conversación suelta y fortuita con cualquier desconocido, elegante ó rudo, poderoso ó menestral humilde, hasta con los pobres esclavos ó las míseras rameras, objeto de general menosprecio.

La *Apología de Sócrates* relata circunstancialmente los postreros instantes del gran filósofo, y los coloquios últimos con que ilustró y alentó á sus filiales adeptos.

El banquete es el animado diálogo de Sócrates con

sus discípulos, donde se condensa la doctrina socrática sobre la belleza, el amor y otros conceptos ideales.

Reunidas, pues, las tres obras, forman el más fidedigno testimonio que sobre Sócrates poseemos, y creo que pueden y deben ocupar un puesto de honor en una Biblioteca como ésta, donde figuran los genios más excelsos que han alumbrado el obscuro y tortuoso camino de la Humanidad.

La presente versión castellana va dirigida, no á una *élite* de profesionales que apetezcan filigranas literarias y refinamientos de crítica histórica y filológica, de exégesis y erudición bibliográfica. Es obra popular de divulgación de cultura, dirigida al gran público. Aspira sólo á ser clara y correcta, limpia y exacta. El lector verá si tal propósito está conseguido.

José Deleito y Piñuela

Memorias sobre Sócrates

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

MUCHAS veces me han admirado los argumentos que emplearon los acusadores de Sócrates para persuadir, por fin, á los atenienses de que era criminal de Estado y merecía morir. ¿Cuál era su acusación? «Sócrates es culpable, pues no cree en los dioses que reverencia la República, é introduce divinidades nuevas; es culpable, porque corrompe á la juventud.»

¡No reverenciaba á los dioses del Estado! ¿Y qué prueba daban de esta primera imputación, si él sacrificaba abiertamente, ya en el interior de su casa, ya en los altares públicos? ¿Se ocultaba cuando

recurria á la adivinación? Todo el mundo repetía, tomándolo de él, que un genio le inspiraba; he ahí, sin duda, por qué le han acusado de introducir nuevos dioses.

Sin embargo, no introdujo más novedades que los que creen en la adivinación, consultan el vuelo de los pájaros, las palabras fortuitas, los presagios y las entrañas de las víctimas. Piensan, no que los pájaros, no que aquellos á quienes encuentran saben lo que les importa saber, sino que los dioses se comunican con ellos por estos signos de su voluntad; ese era también el pensamiento de aquel gran hombre.

El vulgo, es cierto, dice que los pájaros y los encuentros que tiene le llevan á lo que le es útil ó le separan de lo que le es perjudicial. Respecto á Sócrates, hablaba como pensaba: decía que un ser superior le inspiraba; y según estas inspiraciones, aconsejaba á sus amigos que hiciesen tal cosa ó que evitasen tal otra. Los unos se complacieron de haberle creído; los otros se arrepintieron de no haber seguido sus consejos.

Se confesará que no quería pasar en el espíritu de sus discípulos ni por un imbécil ni por un impostor. Pero hubiera merecido este doble reproche si en lo que anunciaba haberle sido revelado se le hubiese hallado convicto de mentira; está claro, pues, que si predecía el porvenir es porque creía decir la verdad. Pero en esta persuasión, ¿en quién colocaba su confianza, si no era en la divinidad? Y si confiaba en los dioses, ¿cómo creía que no existían?

He aquí también la conducta que observaba con sus amigos: los comprometía á hacer lo mejor posible las cosas indispensables; en cuanto á aquellas cuyo resultado es inseguro, los enviaba á consultar

á los oráculos; decía que para administrar bien los Estados y las familias se necesita de la adivinación. Es verdad que la arquitectura, la metalurgia, la agricultura, la ciencia del gobierno, la teoría de estas mismas ciencias, el cálculo, la economía, el arte militar, todos estos conocimientos pueden adquirirse y dependen de nuestra elección. Pero también, añadía, lo que tienen éstos de más importante se lo reservan los dioses: los hombres no ven allí sino tinieblas.

En efecto, ¿el que planta bien un huerto, sabe que recogerá sus frutos? ¿El arquitecto que da á su edificio hermosas proporciones, nos dirá quién ha de habitarle? ¿Aquel general de ejército, sabe si le conviene mandar? ¿Este hombre de Estado, si le es fácil gobernar? ¿Ese joven que se casa con una mujer hermosa para gustar la felicidad á su lado, si no le causará penas? ¿Este otro que se alió á las más poderosas familias del Estado, si no le harán desterrar un día?

Sócrates llamaba insensatos á los que se imaginaban que ninguna providencia presidía á estas cosas, que dependían todas de la prudencia humana; pero no hallaba menos disparatado ir á consultar á los oráculos sobre cuestiones que los dioses nos han puesto en condiciones de resolver por nuestras propias luces; como si se les preguntara si deben confiar su carro á un cochero hábil ó torpe, y su barco á un buen ó á un mal piloto. Tachaba de impiedad la manía de interrogar á los dioses sobre lo que se puede conocer fácilmente, ya por el cálculo, ya empleando para ello la medida ó el peso. «Aprendamos—decía—lo que los dioses nos han concedido saber, pero recurramos al arte adivinatorio para instruirnos en lo que nos han ocultado; ellos se comunican con los que favorecen.»

Puede asegurarse que la vida entera de Sócrates era pública. Por la mañana iba á paseo y á los gimnasios; se mostraba en la plaza á las horas en que el pueblo se dirigía allí en masa, y pasaba el resto del día donde había de hallar á las más numerosas reuniones. Hablaba allí á menudo, y quien quería podía escucharle.

¿Se le ha visto hacer nunca, se le ha oído decir nunca nada impío, nada criminal? Lejos de disertar, como tantos otros, sobre toda la Naturaleza, lejos de investigar el origen de lo que los sofistas llaman el mundo, y las causas necesarias que han dado origen á los cuerpos celestes, demostraba la locura de los que se entregan á tales especulaciones; examinaba si se ocupaban en semejantes materias con la persuasión de que habían agotado los conocimientos humanos, ó si creían prudente descuidar lo que está al alcance de los hombres, para profundizar los secretos de los dioses.

Asombrábase de que no viesen cuán imposible es al hombre penetrar estos misterios, puesto que quienes se alaban de hablar mejor de los mismos, lejos de estar de acuerdo entre sí, se asemejan á los locos. En efecto, entre los locos, unos no temen lo que es temible, otros temen lo que no es de temer: del mismo modo, entre estos filósofos, los unos creen que no hay vergüenza en decirlo todo y en hacerlo todo en público; los otros, que no hace falta siquiera mostrarse humano; otros no respetan ni templos, ni altares, ni nada de lo que es sagrado; otros, finalmente, reverencian á las piedras, á los árboles y hasta á los animales qne encuentran. En sus investigaciones inquietas sobre la Naturaleza, los unos se figuran que no existe mas que una substancia; los otros, que hay substancias hasta el infinito; éste, que todo está en un movimiento perpetuo;

aquél, que nada se mueve; éstos, que todo nace y perece; aquéllos, que nada se engendra, que nada se destruye.

«Los que aprenden un oficio, decía también, esperan ejercerle después para su uso ó para el de las personas que quieren obligar: ¿creen del mismo modo los escrutadores de la Divinidad que, cuando conozcan bien las causas de todo lo que es, harán á su gusto y según sus necesidades los vientos, la lluvia, las estaciones ú otras cosas análogas, ó sin alabarse de tanto poder les basta saber cómo se hace todo eso?»

Así hablaba de los que se apuran por estas vanas especulaciones. En cuanto á él, buscando sin cesar lo que está al alcance del hombre, examinaba lo que es piadoso ó impío, lo que es honrado ó vergonzoso, lo que es justo ó injusto; en qué consisten la prudencia y la locura, el valor y la pusilanimidad; lo que es un Estado y un hombre de Estado, lo que es el gobierno y cómo se manejan sus riendas. Finalmente, discurría sobre todos los conocimientos que constituyen al hombre virtuoso, y sin los cuales pensaba que se merecía justamente el nombre de esclavo.

Que se hayan engañado sus jueces sobre sus pensamientos secretos, eso no es chocante; pero que no hayan prestado ninguna atención á lo que todo el mundo sabía, ¿á quién no sorprenderá? Elevado á la categoría de senador, juró, en calidad de tal, no juzgar sino conforme á las leyes. Elegido después epístata y apremiado por el pueblo á condenar á muerte y á comprender en un solo é igual juicio á Erasínides, Thrasilo y otros siete generales, no quiso poner á votación el decreto propuesto por Calístenes. El pueblo se irritó, los grandes amenazaron, pero él prefirió permanecer fiel al

juramento, antes que cometer una injusticia para complacer á la multitud y calmar su cólera.

Efectivamente, no tenía sobre la Providencia las ideas del vulgo, que cree que varias cosas son conocidas de los dioses, y otras no: pensaba que los dioses saben todo lo que decimos, lo que hacemos, lo que meditamos en silencio; que están por todas partes, que hacen, en toda ocasión, conocer su voluntad á los mortales. Me asombro, pues, de que se haya creído que tenía sobre la Divinidad opiniones condenables, él, que nunca había dicho ni hecho nada impío; él, por el contrario, cuyos discursos y acciones verdaderamente religiosos eran tales, que el hombre que obrara y hablara según su ejemplo adquiriría la reputación de piedad más grande y la mejor merecida.

CAPITULO II

Lo que me asombra también es que algunas personas hayan creído que Sócrates corrompía á la juventud; Sócrates, el más sobrio y el más casto de los hombres, el que soportaba el frío, el calor, las más rudas fatigas; que se había creado un hábito tal de moderación, que hallaba fácilmente lo necesario en la más humilde fortuna. ¿Cómo, pues, con semejantes costumbres, hubiera dirigido á los demás á la impiedad, al desprecio de las leyes, á la gula, al libertinaje? ¿Cómo les hubiera hecho incapaces de soportar las fatigas? ¿No desarraigó, por el contrario, estos vicios de sus corazones, imprimiendo

en ellos el amor á la virtud, dándoles la esperanza de hacerse un día hombres virtuosos, si se vigilaban á sí mismos? No se vanagloriaba de enseñar la sabiduría; pero su virtud bien conocida hacía esperar á los que le trataban que, imitándole, llegarían á parecérsele.

No olvidaba los cuidados que exige de nosotros la Naturaleza, y no alababa esta negligencia en los demás. Censuraba que se comiera con exceso y que se hiciesen después violentos ejercicios; pero aprobaba un ejercicio moderado á continuación de una comida frugal. «Este régimen, decía, da la salud, y no perjudica á las facultades del alma.» En sus vestidos, en su calzado, en toda su manera de vivir, estaba muy lejos de la delicadeza y de la ostentación. No se le reprochará tampoco haber inspirado la avaricia á sus amigos, pues, al mismo tiempo que los curaba de las demás pasiones, los formaba en el desinterés, no recibiendo de ellos ningún honorario por sus lecciones. Pensaba que quienes obraban así amaban verdaderamente la libertad: «Hacerse pagar por las conversaciones, decía, es hacerse esclavo, puesto que se impone la obligación de conversar con aquellos de los cuales se recibe un salario.» Se asombraba también de que un profesor de moral exigiese dinero, y que, lejos de ver en la adquisición de un amigo la mayor de las recompensas, estuviese agitado por el temor de que un hombre hecho, honrado y virtuoso no tuviese el mayor agradecimiento para el más grande de los beneficios.

Sócrates no se había lisonjeado nunca en presencia de nadie de semejante recompensa, pero esperaba que los que hubieran abrazado sus principios le serían eternamente adictos, y que se amarían siempre entre sí. ¡Y un hombre semejante iba

á corromper á la juventud! ¡El estudio de la virtud es, pues, un medio de corrupción!

«¡Por Zeus, dice su acusador, enseñaba á despreciar las leyes recibidas!» Era locura, decía Sócrates, que un haba decidiese de la elección de los jefes de la República, mientras que no se sacaba á la suerte ni á un piloto, ni á un arquitecto, ni á un flautista, ni á otros artistas semejantes, cuyos defectos son menos peligrosos que los de los magistrados. Por tales discursos, si ha de creerse á su acusador, excitaba el espíritu de los jóvenes, les inspiraba el desprecio de las leyes, los hacía violentos. En cuanto á mí, pienso que los que hacen su estudio de la sabiduría, y se creen capaces de ilustrar á sus conciudadanos sobre sus verdaderos intereses, no son en modo alguno violentos; saben que la violencia engendra los odios y todas las desgracias, mientras que la persuasión inspira la benevolencia, sin ser nunca peligrosa. El hombre á quien obligas te odia, pensando que le privas de alguna ventaja; el hombre á quien persuades te ama, y cree que te obliga á ti. No es el sabio, es el poderoso desprovisto de luces, quien recurre á la violencia. El que se atreve á emplear la fuerza no tiene bastante con un pequeño número de brazos; no le hace falta ninguno á quien sabe persuadir; él solo se cree bastante fuerte: además, nunca semejantes hombres han ensangrentado sus manos. ¿Quién preferiría matar á su semejante, mejor que hacérsele útil por la persuasión?

«Pero Critias y Alcibíades, continua el acusador, estuvieron unidos á Sócrates, y causaron el mayor daño á su patria: Critias fué el más insaciable y el más iracundo de los treinta tiranos; y la democracia no tiene hombre más violento, más libertino, más insolente que Alcibíades.»

Estoy lejos de emprender la apología del mal que hicieron á su patria; referiré solamente el género de relación que tuvieron con Sócrates. Eran, ciertamente, los dos hombres más ambiciosos de Atenas: querían gobernar y hacer hablar de ellos. Sabían que Sócrates vivía contento con poco, que dominaba todas sus pasiones, que con el talento de la palabra inclinaba á voluntad suya el espíritu de los que conversaban con él. ¿Se dirá que los hombres de su carácter, según el conocimiento que tenían de Sócrates, solicitaban su conversación para vivir como él, para imitar su templanza, ó porque creían que su trato les daría la costumbre de la palabra y la de los negocios? Por lo que hace á mí, creo que si Dios les hubiera dado la elección de vivir siempre como veían que vivía Sócrates, ó de morir, hubiesen preferido la muerte.

Esto es lo que les ha probado su conducta. En cuanto creyeron saber más que quienes aprovechaban al mismo tiempo sus conversaciones, dejaron allí á Sócrates para lanzarse á los negocios, explicando así el motivo de su relación.

Se me objetará tal vez que Sócrates no había de enseñar la política á sus amigos, sino después de haberlos enseñado á gobernarse á sí propios. No contradigo esta objeción; pero veo que todos los maestros se ofrecen como ejemplo de todo lo que enseñan, que unen á la práctica la ayuda de la palabra; y sé que Sócrates mostraba en sí mismo á sus amigos el modelo del hombre virtuoso, y que añadía á sus ejemplos las más hermosas lecciones sobre los deberes de los hombres y sobre la virtud. Sé también que Alcibíades y Critias se condujeron prudentemente mientras que le trataron; no porque temiesen que los castigase, sino porque juzgaban entonces que era bueno vivir así.

La mayor parte de las gentes que presumen de filosofar sostendrán, quizá, que el hombre justo no se hace jamás injusto, ni el hombre modesto insolente, y que, en todo lo referente á principios, el hombre instruído no puede convertirse en ignorante. Yo no soy de esta opinión; pues veo que, para quienes se abandonan, los ejercicios del alma se hacen tan imposibles como los ejercicios del cuerpo. En efecto, no pueden ni hacer lo que deben, ni abstenerse de lo que les está prohibido: por eso los mismos padres, seguros del buen natural de sus hijos, no dejan de alejarlos de las sociedades peligrosas, persuadidos de que éstas destruyen las inclinaciones loables, mientras que el trato de las sociedades honradas es un útil ejercicio de virtud. Un poeta da testimonio de esta verdad:

Las gentes de bien te enseñarán buenas cosas; pero si tratas á los malos, perderás hasta tu propia razón.

Otro dice también:

Un hombre de bien es á veces bueno, y á veces malo.

Es una gran verdad. Veo que por la falta de ejercicio se olvidan incluso los versos, á pesar de la ayuda de su medida: el descuido hace olvidar del mismo modo los más sabios preceptos. Pero cuando se olvidan los preceptos que llevan á la virtud, se pierden hasta las ideas que nos la hacían querida, y una vez borrada la huella de estas ideas, no es chocante que se olvide la virtud misma.

Noto también que el hombre que se entrega al vino, ó aquel á quien ciega el amor, tiene menos fuerza para observar sus deberes y para prohibirse lo que debe evitar. Varios, antes de amar, sabían economizar su fortuna: subyugados por el amor, no saben hacerlo ya; comienzan por disipar sus bienes,

y se entregan después á ganancias vergonzosas, que poco antes los hubiesen hecho enrojecer.

¿Qué impide, pues, que un hombre, primero moderado, no lo sea ya; que quien ha podido ser justo en una época no tenga fuerza para ello en otra? Todas las virtudes, en mi opinión, la templanza sobre todo, se adquieren por el ejercicio. En cuanto se han apoderado del alma las voluptuosidades, la obligan á evitar toda continencia y á satisfacer lo más pronto á los sentidos.

Mientras que Alcibíades y Critias permanecieron cerca de Sócrates, pudieron con tal ayuda combatir y vencer sus pasiones; pero en cuanto le abandonaron, Critias se retiró á la Tesalia, donde vivió con hombres que preferían entregarse á sus desarreglos que observar la justicia. Alcibíades, perseguido, á causa de su belleza, por una multitud de mujeres de la más alta categoría, abandonándose á hábiles aduladores que conocían todo su crédito en la República y en las potencias aliadas, honrado por el pueblo y no encontrando á nadie que le discutiese el primer lugar, se olvidó de sí mismo, semejante á esos atletas que se descuidan porque obtienen una victoria demasiado fácil en los combates gímnicos.

Después de todo lo que les ha sucedido, engreídos además por su nobleza, deslumbrados por su fortuna, aturdidos por su poder, enervados por viles complacientes, corrompidos por todas estas circunstancias reunidas, alejados desde hacía mucho tiempo de Sócrates, ¿es chocante que su orgullo no haya conocido ya límites? El acusador imputa á Sócrates los defectos de estos dos discípulos; ¡y no le cree digno de ningún elogio por haberlos contenido cuando eran jóvenes, y probablemente tan desarreglados como intratables!

No se tiene la misma injusticia en las demás profesiones. Un tocador de flauta ó de cítara, ó cualquier otro maestro que ha formado hábiles discípulos, ¿merece reproches si estos mismos discípulos le abandonan y se vuelven ignorantes bajo la dirección de otro maestro? Un padre ve á su hijo conducirse bien en la sociedad de tal amigo, y hacerse vicioso con tal otro: ¿acusa al primer amigo? Por el contrario, ¿no hace tanto más voluntariamente su elogio, cuanto que reconoce que su hijo no se ha pervertido sino en sus últimas relaciones? Los padres mismos no son acusados de las faltas que cometen aquellos de sus hijos á quienes tienen siempre cerca de sí, si les dan buenos ejemplos. Así es como se debía juzgar á Sócrates. ¿Ha hecho el mal? Decid que fué un malvado. Pero si cultivó siempre la sabiduría, ¡qué injusticia es acumular sobre él los defectos que le fueron extraños!

Censuradle, sin embargo, si, absteniéndose del vicio, le alababa en los demás. Pero, ¿no reprendía á Critias, que amaba perdidamente á Euthydemo? ¡Cuántas veces le representó que era indigno de un hombre libre, que no convenía á un hombre de honor mendigar cerca de un amante cuya estimación se quiere ganar, solicitarle con las mayores súplicas, para obtener lo que no puede llamarse un favor! Critias no se rendía; no renunciaba á sus gustos perversos. Sócrates, ante varias personas, é incluso ante Euthydemo, le comparó á uno de los animales inmundos.

Por eso Critias se convirtió en el enemigo jurado de Sócrates. Nombrado uno de los Treinta, y creado nomoteta con Caricles, se acordó de la afrenta, é hizo una ley que prohibía enseñar el arte de la palabra. Así atacaba á Sócrates; no teniendo ninguna querella con él, le cargaba con el reproche

que se dirige comúnmente á los filósofos; le calumniaba ante la opinión de la multitud. Yo no he oído nunca á Sócrates hablar como sofista, ni he encontrado á nadie que le haya oído enseñar una doctrina sofística: pero el rasgo siguiente prueba que era Sócrates el alcanzado por la ley.

Los treinta tiranos habían hecho morir á un gran número de ciudadanos de los más distinguidos, y habían obligado á otros á secundar sus injusticias. «Me causaría asombro, dice un día Sócrates, que el guardián de un rebaño que degollase á una parte de él é hiciese enflaquecer á la otra, no quisiera confesarse mal pastor; pero sería más extraño todavía que un hombre que, hallándose á la cabeza de sus conciudadanos, destruyese á una parte de ellos y corrompiera al resto, no se avergonzase de su conducta y no se confesara mal magistrado.» Esta frase fué comentada. Critias y Caricles llamaron á Sócrates, le mostraron la ley, y le prohibieron tener conversaciones con la juventud.

Sócrates les preguntó si le estaba permitido hacerles preguntas sobre lo que había de obscuro para él en esta prohibición: «Estoy dispuesto á someterme á las leyes; pero, á fin de no violarlas por ignorancia, quisiera saber claramente por vosotros mismos si prohibís el arte de la palabra porque creéis que enseña á decir bien las cosas, ó á decirlas mal. En el primer caso, se debe, pues, en lo sucesivo, abstenerse de hablar bien; en el segundo, está claro que es preciso procurar hablar mejor.» Entonces respondió Caricles, encolerizándose: «Puesto que no nos entiendes, Sócrates, te prohibimos, lo que es más fácil de comprender, conversar nunca con los jóvenes.»

«Para que se vea claramente, dice Sócrates, si me separo de lo que me está prescrito, indicadme

hasta qué edad están los hombres en la juventud. —Lo están mientras que no se les permite entrar en el Senado, porque no han adquirido todavía la prudencia; así, no hables á los jóvenes menores de treinta años.—Pero si quiero comprar alguna cosa de un comerciante que tenga menos de treinta años, podré decirle: ¿Cuánto vale eso?—Se te permite esa pregunta; pero tú tienes costumbre de hacerlas sobre muchas cosas que sabes bien, y eso es lo que te está prohibido.—De ese modo, no respondería á un joven que me dijese: ¿Dónde vive Caricles? ¿Dónde está Critias?—Puedes responder á eso, le dijo Caricles.—Pero acuérdate, Sócrates, continuó Critias, de dejar en reposo á los zapateros, fabricantes de metales y demás artesanos; además, creo que están muy cansados de verse mezclados en todas tus conversaciones.—¿Será también necesario, sin duda, respondió Sócrates, que yo renuncie á las consecuencias que sacaba de sus profesiones, relativamente á la justicia, á la piedad, á todas las virtudes?—¡Sí, por Zeus!, replicó Caricles. Deja también á tus vaqueros, sin los cuales podrías hallar menoscabo en tu ganado.» Esta frase hizo conocer bastante que la comparación del pastor, narrada con harta fidelidad, era la causa de su odio contra Sócrates.

Se acaba de decir qué relación existía entre Sócrates y Critias, y cuáles eran sus sentimientos mutuos. Añadió que no se puede ser educado bien por un hombre que desagrada. Pero, mientras que Critias y Alcibíades vivieron con Sócrates, le consideraron, no porque les agradara, sino porque sus miras se dirigían hacia el gobierno: en el tiempo mismo en que le trataban, no se acercaban con gusto sino á los que tenían las riendas del Estado.

Se dice que Alcibíades, antes de los veinte años de edad, tuvo con Pericles, su tutor, el primer ciu-

dadano de la República, esta conversación sobre las leyes: «Dime, Pericles, ¿podrías enseñarme lo que es la ley?—Seguramente, respondió Pericles. —En nombre de los dioses, enséñamelo. Yo oigo alabar á algunas personas porque observan religiosamente las leyes; y creo que no se merece este elogio sin saber lo que es la ley.—No es difícil, Alcibíades, satisfacerte. La ley es todo lo que el pueblo reunido ha revestido con su sanción, todo lo que ha ordenado hacer ó no hacer.—¿Y qué ordena hacer? ¿el bien ó el mal?—El bien, sin duda, joven: ¿quieres que ordene el mal?—Pero, si no es el pueblo; si, como en la oligarquía, son un pequeño número de ciudadanos los que se reunen y prescriben lo que se debe hacer, ¿cómo se llama eso? —Desde que la porción de ciudadanos que gobierna ordena alguna cosa, esta orden es una ley.—Pero si un tirano usurpa el poder y prescribe al pueblo lo que debe hacer, ¿es esto también una ley?—Sí, puesto que emana del que manda.—Pero, ¿cuándo se han verificado la violencia y la derogación de las leyes? ¿No es cuando el poderoso, olvidando la persuasión, obliga al débil á hacer lo que le place? —Así lo creo.—De ese modo, el tirano que obliga á los ciudadanos á seguir sus caprichos, ¿es, pues, enemigo de las leyes?—Sí, me he equivocado al llamar leyes á las órdenes de un tirano que no emplea la persuasión.—Pero cuando un reducido número de ciudadanos, revestido del soberano poder, prescribe su voluntad á la multitud sin obtener su voto, ¿llamaremos á eso violencia ó no?—De cualquier parte que proceda la orden, esté escrita ó no lo esté, mientras no esté fundada sino en la fuerza, me parece más un acto de violencia que una ley.—Y lo que la multitud que manda prescribe á los ricos sin obtener su voto, ¿será, pues, violencia y no ley?

—Muy cierto, Alcibíades. Cuando yo tenía tu edad, estaba fuerte en estas dificultades; gustaba de sutilizar, de sofisticar, como tú haces ahora.—¡Que no te haya hablado yo, Pericles, en ese tiempo en que te excedías á ti mismo!»

En cuanto Alcibíades y Critias creyeron aventajar á los ciudadanos que tenían entonces las riendas del Estado, no vieron más á Sócrates; se entregaron á los asuntos públicos, que eran su principal objeto al buscar á un sabio á quien no querían, y con el que no se encontraban nunca sin soportar vivos reproches. Pero fijémonos en sus demás discípulos: Criton, Querofonte, Querécrates, Hermócrates, Simmias, Cebes, Fedon y otros, que le trataban, no para hacerse elocuentes en el ágora ó en las asambleas, sino para hacerse hombres virtuosos, para aprender sus deberes respecto á sus padres, sus criados, sus amigos, su patria y sus conciudadanos. Jamás ninguno de ellos, ni en su juventud, ni en edad más avanzada, hizo el mal ni fué sospechoso de hacerle.

Pero Sócrates, dice su acusador, destruía en los niños el respeto filial, persuadiéndoles de que los haría más hábiles que sus padres; les decía á menudo que la ley permite atar á un padre cuando se le puede hallar convicto de locura; fundado en el argumento de que el hombre instruído tiene derecho para encadenar al ignorante. Acusación falsa. Sócrates creía, por el contrario, que el sabio que cargase al ignorante de cadenas merecería ser encadenado él mismo por el primero que supiese más que él. También examinaba con frecuencia la diferencia que se encuentra entre la ignorancia y la locura. «Es preciso, decía, encadenar á los insensatos furiosos, por su interés y el de sus amigos; en cuanto á los que carecen de los conocimientos ne-

cesarios, las gentes ilustradas tienen sobre ellos un hermoso derecho, el de instruirlos.»

Sócrates, prosigue el acusador, enseñaba á despreciar, no solamente á los padres, sino también á los demás parientes, diciéndoles que, en el caso de proceso ó de enfermedad, se hallan socorros, no en los padres, sino en los abogados y los médicos; sostenía también que los amigos no eran buenos para nada si no eran útiles; que nadie, finalmente, merecía nuestros homenajes sino los que saben lo que nos importa saber y pueden enseñarlo. Y como persuadía á esta juventud de que él mismo era muy hábil y el más en condiciones de formar sabios, creía ella que todos los hombres no eran nada, comparados con él.

Confieso que, al hablar de los padres, de los parientes, de los amigos, empleaba las expresiones que se le reprocha. «Hay prisa, decía también, por llevarse los cuerpos de las personas, aun las más queridas, en cuanto los ha abandonado el alma, en quien únicamente reside la inteligencia. El hombre, añadía, no tiene nada, mientras vive, más querido que su cuerpo; quita de él, sin embargo, ó da á que le quiten, lo que no necesita usar; se corta las uñas, el pelo, las callosidades; se entrega á los médicos para que le apliquen el hierro y el fuego; y, después que le han causado los más vivos dolores, cree justo pagarles un salario y confesarles agradecimiento. Del mismo modo se arroja la saliva lejos de la boca, porque incomoda más bien que es útil.» Ciertamente que decía eso; pero no enseñaba que fuese necesario enterrar á los padres vivos, ni hacerse cortar uno mismo en pedazos; probaba solamente que lo que no tiene utilidad debe despreciarse. Comprometía á sus amigos á hacerse hábiles y útiles, con el fin de que, si deseaban la

estimación de su padre, de su hermano ó de cualquier otro pariente, lejos de languidecer en la indolencia, descansando en los lazos del parentesco, se esforzasen, por el contrario, en ser útiles á las personas cuya estimación ambicionaban.

El acusador le imputaba también haber elegido en los mejores poetas los trozos más peligrosos y, con el auxilio de estas autoridades, haber predicado el crimen y la violencia. Este verso de Hesiodo, por ejemplo:

No es la acción, es la inactividad lo que nos cubre de ver-
[güenza.

Sócrates, según él, lo explicaba como si el poeta hubiera ordenado no abstenerse de ninguna acción injusta ó deshonrosa, y permitírselo todo por el interés.

Después de haber establecido que es útil y honrado trabajar, perjudicial y vergonzoso permanecer inactivo, añade este sabio: «Los que hacen el bien trabajan, en efecto, y merecen elogios; pero jugar á los dados, no entregarse sino á ocupaciones condenables y perjudiciales, eso es vivir en la inacción, y en este sentido, ¿no es cierto que

no es la acción, es la inactividad lo que nos cubre de ver-
[güenza?

El acusador dice también que Sócrates repetía á menudo estos versos de Homero (1):

Cuando encontraba (2) á algún rey ó algún jefe, procuraba retenerle con dulces palabras: «Ilustre guerrero, no es propio de ti temblar como un cobarde; siéntate y haz sentar al pueblo.» Pero si encontraba á algún hombre del pueblo vociferando, le golpeaba con su cetro y le reprendía en estos térmi-

(1) *Ilíada*, canto II, verso 188.
(2) Ulises.

nos: «Miserable, siéntate en silencio, y escucha las palabras de los que valen más que tú; no tienes fuerza ni valor y no has figurado para nada ni en los combates ni en los consejos.»

que los interpretaba como si el poeta hubiese aprobado que se maltratase á los ciudadanos pobres y á los plebeyos. Sócrates se hubiera guardado bien de hablar así; de otro modo, hubiese creído que necesitaba maltratarse á sí mismo. Quería, por tanto, decir que los que no son buenos ni para la acción ni para el consejo, los que no sirven ni en el interior de la República ni en los ejércitos, los que, en caso de necesidad, no defienden los intereses del pueblo; que tales hombres, sobre todo si unen la audacia á la inutilidad, deben ser fuertemente reprimidos, incluso aunque tuviesen grandes riquezas.

Es cierto que Sócrates era amigo del pueblo y filántropo. Este gran hombre tenía muchos discípulos atenienses y extranjeros; nunca recibió de ellos ninguna recompensa por el tiempo que les dedicó: comunicaba igualmente á todos lo que poseía. Algunos recibieron poco, pero lo recibieron gratis y lo vendieron caro á otros; pues no siendo como él amigos del pueblo, negaban sus lecciones á quien no podía pagarlas.

Sócrates ha ilustrado, sin duda, nuestra República mucho más que aquel Licas, tan célebre por su hospitalidad. Licas tenía su mesa abierta á los extranjeros que la curiosidad atraía en Esparta á las gimnopedias; pero nuestro sabio, consagrando toda su vida á comunicar sus riquezas, esparció el mayor de los beneficios sobre todo los que quisieron compartirlos. Devolvía mejores á los que acudían á él.

Por eso, con una conducta semejante, me parece que merecía honores públicos, más bien que la muerte. Examinemos las leyes y nos convencere-

mos de ello. Según las leyes, hay pena de muerte contra los que se sorprende robando vestidos, cortando bolsas, agujereando paredes, vendiendo hombres libres ó esclavos á otro y saqueando templos. ¿Quién se pareció nunca menos que Sócrates á ninguno de estos culpables? ¿Ha excitado sediciones ú ocasionado derrotas? ¿se ha manchado con alguna traición ó con algún otro crimen? ¿ha despojado á nadie de sus bienes? ¿ha lanzado á nadie en enojosos asuntos? ¿ha sido siquiera sospechoso de ninguno de estos crímenes?

¿De qué se ha podido, pues, acusarle? ¿De no adorar á los dioses, así como se formuló en el acta de acusación? Pero es evidente que no hubo nadie más religioso que él. ¿De corromper á la juventud? Otro reproche del acusador. Está probado que destruía las pasiones funestas de sus discípulos, que les hacía amar la virtud, esta hermosa, esta majestuosa divinidad por la que florecen los Estados y las familias. Portándose así, ¿cómo no se le concederán grandes honores?

CAPITULO III

Voy á escribir, tanto como mi memoria me lo permita, todo el bien que á mi parecer hizo á sus discípulos, ya dándoles lecciones de viva voz, ya mostrándoles su ejemplo. ¿Cuál era su conducta en lo relativo al servicio de los dioses? ¿Cómo hablaba? Como la Pithia misma responde á los que van á interrogarla sobre los sacrificios que quieren ofrecer, sobre los honores que han de hacer á los ma-

nes de sus antecesores, sobre todos los demás actos religiosos: «Conformaos con las leyes de vuestro país, responde la sacerdotisa; de ese modo probaréis vuestra piedad respecto á los dioses.» Esto es lo que Sócrates observaba y lo que recomendaba á los demás; llamaba minuciosos é insensatos á los que obraban de otra manera. Sus plegarias eran sencillas: pedía á los dioses que le concediesen lo que es bueno, persuadido de que ellos conocen bien nuestras verdaderas ventajas. Pedir á los dioses oro, plata, el poder supremo, era, según él, tan indiscreto como interrogarlos sobre el resultado de un juego de dados, de un combate, ó de otras cosas tan inseguras.

Al ofrecer las modestas primicias de lo poco que poseía, creía no hacer menos que esos ricos que, con grandes bienes, ofrecen grandes y numerosas víctimas. Decía que sería indigno de los dioses preferir las grandes víctimas á las pequeñas, porque entonces los dones de los malos les serían más gratos que los de los hombres virtuosos; que si esto era así, la vida no sería un presente. Persuadido de que los homenajes rendidos por la piedad agradan más á los dioses, gustaba de citar este verso:

Ofreced á los inmortales sacrificios según vuestros medios.

Añadía que el precepto que nos ordena consultar nuestros medios debía ser la regla de nuestra conducta con nuestros amigos, con nuestros huéspedes, y en todas las acciones de la vida. Cuando creía que los dioses se comunicaban con él, ninguna potencia humana le hubiera determinado á resistir á esta inspiración: antes se le hubiera hecho preferir, para guía de un viaje, un ciego ó cualquiera que no hubiese sabido el camino, que un hombre

perspicaz y buen conocedor de la ruta. Acusaba de locura á los que obraban contra la inspiración divina por el temor de las burlas de los hombres; pues toda la prudencia humana le parecía despreciable, comparada con esta inspiración.

Había acostumbrado á su cuerpo y á su espíritu á un régimen tal, que cualquiera que lo adoptase viviría exento de inquietud y de peligro, sin tener necesidad de gran gasto. Tal era su sobriedad, que sería imposible trabajar lo bastante poco para no ganar aquello con que él se contentaba: no tomaba alimento, sino el que podía tomar con placer; y cuando se ponía á comer, el apetito le servía de condimento; toda bebida le era grata, porque no bebía sin tener sed.

Si era invitado á un festín, y no se negaba á ir á él, hallaba fácil lo que parecía tan difícil á tantos otros, no entregarse á ningún exceso. Exhortaba á los que no podían seguir su ejemplo á no tocar á los manjares que excitan aún á comer cuando ya no se tiene hambre, á los licores que comprometen á beber cuando la sed ha pasado: decía que estos excesos eran funestos al estómago, á la cabeza y al espíritu. «Sin duda era con semejantes viandas, añadía, con las que Circe cambiaba á los hombres en puercos: si Ulises se había sustraído á la metamorfosis, no era sino por los consejos de Hermes, y porque fué lo bastante sobrio para abstenerse de gustarlas.» De este modo mezclaba en esta materia lo chistoso con lo serio.

Conociendo las consecuencias funestas del amor, exhortaba á huir cuidadosamente de las personas hermosas. «No es fácil, decía, permanecer prudente familiarizándose con ellas.» Habiendo advertido que Critóbulo, hijo de Critón, había robado un beso al hijo de Alcibíades, que era hermoso, dirigió este

discurso á Jenofonte, en presencia del mismo Critóbulo: «Dime, Jenofonte, ¿no has considerado hasta aquí á Critóbulo más bien como un joven prudente y reflexivo que como un temerario, dispuesto á sumergirse con la cabeza baja en el peligro?—Seguramente.—Pues bien, considérale ahora como el más audaz, el más fogoso de los hombres, capaz de precipitarse sobre el hierro, de lanzarse á las llamas.—¿Y qué le has visto tú hacer, pues, para que tengas esa idea de él?—¡No ha tenido el atrevimiento de abrazar al hijo de Alcibíades, al que no iguala nadie en gracia ni en belleza!—¡Oh!, si esa es su gran temeridad, podría yo también convertirme en temerario.—¡Desgraciado! ¿prevés lo que te sucedería después de haber tomado un beso en una boca hermosa? ¿Piensas que de libre te harías en un momento esclavo? ¿que te comprometerías en grandes gastos para adquirir peligrosas voluptuosidades? ¿que estarías en la impotencia para hacer el bien y obligado á entregarte á cuidados indignos incluso de un insensato?—¡Por Heracles! das al beso un terrible poder.—¿Te asombras de eso? ¿No sabes que la araña que se llama *falange* no es mayor que medio óbolo, y que, solamente tocando el labio, causa dolores mortales y priva de la razón?—Lo sé; es porque, al picar en las carnes, inocula en ellas el veneno.—¡Insensato! ¿no sabes que una persona bella, al dar un beso, hiere con un invisible veneno? ¿que este terrible animal, poseedor de la belleza, es mucho más terrible todavía que la falange? Esta hiere cuando toca; pero el otro, sin tocar, y sólo por el aspecto, lanza aún desde muy lejos un no sé qué que nos arroja en el delirio. Si se da el nombre de arqueros á los amores, es tal vez porque la belleza hiere de lejos. Así, Jenofonte, te aconsejo, cuando veas una persona

bella, que huyas, apartando la vista; y á tí, Critóbulo, te exhorto á viajar un año entero: todo ese tiempo apenas basta para curar tu herida.»

El único amor que permitía á los corazones demasiado débiles era el que el alma no aprobaría sin una necesidad imperiosa, y que no causaría, por tanto, tormento, cuando la naturaleza le inspiraba. Respecto á sí, se había armado contra la belleza, hasta el punto de que se alejaba de ella más fácilmente que los demás se alejan de la fealdad. Con tales ideas sobre el amor y la buena comida, creía, con pocos gastos, gustar tanto placer como los que se atormentan mucho para gozar.

CAPITULO IV

Se ha dicho, se ha escrito, por conjetura, que Sócrates tenía el mayor talento para excitar á los hombres á la virtud, pero que no tenía el de conducirlos muy lejos. Sin embargo, si se quiere reflexionar bien, ya sobre los razonamientos que empleaba para combatir á los presuntuosos que se alababan de saberlo todo, ya sobre lo que decía diariamente á los que le trataban, se juzgará si era capaz de hacer mejores á los que conversaban con él.

Referiré primero la conversación que un día, en mi presencia, tuvo sobre la Divinidad con Aristodemo, sobrenombrado el Pequeño. Sabía que Aristodemo, sin ser ateo, no sacrificaba, sin embargo; que no recurría á la adivinación; que se burlaba de los que observaban estas prácticas religiosas.

«Responde, Aristodemo, le dijo: ¿hay algunos hombres cuyo talento admiras?—Sin duda.—Nómbralos.—Admiro, sobre todo, á Homero en la poesía épica; á Melanípides en el ditirambo; á Sófocles en la tragedia; á Policleto en la estatuaria, y á Zeuxis en la pintura.—Pero, ¿qué artistas encuentras más admirables, los que hacen figuras desprovistas de razón y de movimiento, ó los que producen seres animados y dotados de la facultad de pensar y de obrar?—Los que crean seres animados, si estos seres son la obra de una inteligencia y no del azar.—De las obras cuyo destino no se reconoce, y de aquellas cuya utilidad se percibe manifiestamente, ¿cuáles consideras como la creación de una inteligencia ó como producto del azar?—Es razonable atribuir á una inteligencia las obras que tienen un fin de utilidad.»

«¿No te parece, pues, que quien ha hecho á los hombres desde el principio les ha dado órganos porque les son útiles, los ojos para ver los objetos visibles, las orejas para oír los sonidos? ¿De qué nos servirían los olores, si no tuviésemos las ventanas de la nariz? ¿Qué idea tendríamos de lo que es dulce, de lo que es agrio, de lo que halaga agradablemente al paladar, si la lengua no residiera en él como árbitro? ¿No es una maravilla de la Providencia que nuestros ojos, órgano débil, estén provistos de párpados, que, como dos puertas, se abren cuando es necesario, y se cierran durante el sueño; que estos párpados estén provistos de pestañas, las cuales, semejantes á cribas, los defienden contra el furor de los vientos; que las cejas se adelanten en forma de techo encima de los ojos, para impedir que el sudor los incomode cayendo de la frente; que el oído reciba todos los sonidos sin llenarse nunca; que en todos los animales los dientes anteriores

sean cortantes y los molares propios para triturar los alimentos recibidos de los incisivos? ¿Qué diré de la boca, que, destinada á recibir lo que excita el apetito del animal, está colocada cerca de los ojos y de las ventanas de la nariz? Como las deyecciones inspiran desagrado, ¿no están alejados por eso sus conductos, y puestos todo lo lejos posible de nuestros más delicados órganos? Estas obras hechas con tal orden, ¿dudas si son el producto del azar ó el fruto de una inteligencia?»

«Comprendo bien que, considerándolas desde este punto de vista, hay que reconocer la obra de un obrero sabio animado de un tierno amor para sus creaciones.—Y si añadimos que ha impreso en los padres el deseo de reproducirse; en las madres el más tierno deseo de criar; en todos los animales el más grande amor á la vida, el mayor temor á la muerte, ¿desconoceremos los cuidados de un obrero que quería que los animales existiesen? ¿no crees que existe en ti mismo una inteligencia? Y considerando que tu cuerpo no es sino una débil porción de esta vasta extensión de tierra, que sólo contiene una gota de este gran montón de agua, sólo una pequeña parte de los vastos elementos, ¿piensas que no existe fuera de ti nada inteligente? Crees haber tenido la felicidad de arrebatar para ti solo toda la inteligencia; ¿y tantas cosas magníficas, innumerables, tan bien ordenadas, te parecen la obra de un ciego azar?—Sí, pues finalmente no veo á los creadores, como conozco á los artífices de lo que está sobre la tierra.—No ves tampoco tu alma, que es la soberana de tu cuerpo: según tu razonamiento, di, pues, también que lo haces todo por azar, y nada con inteligencia.—Sócrates, yo no desprecio á la Divinidad; la creo solamente con demasiada grandeza para que tenga necesidad de mi culto.—Cuan-

to más se digna poner magnificencia en sus beneficios, más te conviene reverenciarla.—Persuádete de que yo no olvidaría á los dioses, si creyese que se interesaban por los hombres.—¡Qué! ¿juzgas á los dioses indiferentes, ellos que primeramente han creado solo al hombre derecho entre todos los animales, ventaja preciosa para ver á lo lejos, para mirar por encima de nuestras cabezas, para prevenir los peligros; ellos que nos han concedido la vista, el oído, el gusto; ellos que después han ligado á los demás animales de la tierra, y les han dado pies solamente para cambiar de sitio, mientras que al hombre le han concedido además manos, que le procuran lo que le hace más feliz que el bruto? Todos los animales tienen una lengua; pero sólo con la nuestra, por sus diversos movimientos combinados con los de los labios, articulamos sonidos y nos comunicamos recíprocamente nuestras voluntades. ¿Hablaré de los placeres del amor, limitados para los animales á una estación del año, mientras que nosotros podemos gustarlos en todo tiempo, hasta en la vejez? Dios no ha limitado sus cuidados á la conformación de nuestros cuerpos, sino, lo que es mucho más importante, nos ha dado el alma más perfecta. Después del hombre, ¿cuál es el animal cuya alma conoce la existencia de los dioses, autores de tantas bellezas y maravillas? ¿Qué otro animal adora á la Divinidad? ¿Qué otro, por la fuerza de su espíritu, sabe prevenir el hambre, la sed, el frío y el calor, curar las enfermedades, aumentar sus fuerzas por el ejercicio, aumentar sus conocimientos por el trabajo, acordarse de lo que ha oído, de lo que ha visto, de lo que ha sabido? ¿No está claro que los hombres viven como dioses entre los demás animales, que les son superiores por la conformación de su cuerpo y por las facultades de su alma?

»El animal que tuviese la forma del buey y la inteligencia del hombre, no podría ejecutar sus deseos. Concédele manos, privándole de inteligencia, y no será menos limitado. ¿Reunes esos dones tan preciosos, y no crees que los dioses se interesan por ti? ¿Y qué es preciso, pues, que hagan para convencerte de ello?—Que me envíen, como dices que hacen, consejeros para enseñarme lo que debo hacer y lo que debo evitar.—Pero cuando responden á los atenienses que los consultan, ¿no es contigo con quien hablan? ¿No te hablan cuando por prodigios manifiestan sus designios á los griegos y á todos los mortales? ¿no exceptúan sino á ti? ¿eres, pues, el único á quien olvidan?

»¿Piensas que los dioses hubieran persuadido á los hombres de que pueden recompensarlos ó castigarlos, si no hubiesen tenido poder para ello, y que los hombres hubieran estado tanto tiempo engañados sin reconocer su error? ¿No ves que lo que hay más sabio y más antiguo sobre la tierra, las repúblicas y las naciones, son también las más piadosas, y que la edad que tiene más sabiduría es también la más religiosa?

»Buen Aristodemo, sabe que tu espíritu, mientras esté unido á tu cuerpo, le gobierna á su gusto. Hay que creer, por tanto, también que la sabiduría, que vive en todo lo que existe, gobierna á este gran todo como le place. ¡Qué! ¡tu vista puede extenderse hasta varios estadios, y la mirada de Dios no podrá abrazarlo todo! ¡Tu espíritu puede al mismo tiempo ocuparse en sucesos de Atenas, de Egipto y de Sicilia, y el espíritu de Dios no podrá pensar en todo al mismo tiempo!

»Prestando cuidados á los hombres, aprendes á conocer si son susceptibles de agradecimiento; complaciéndoles, si están dispuestos á complacerte

á su vez; consultándolos, si tienen prudencia. Reverencia, pues, á los dioses; comprenderás entonces si quieren ilustrarte sobre lo que han ocultado á nuestra débil razón; entonces reconocerás cuál es la grandeza del Ser supremo, que lo ve todo con una sola mirada, que lo oye todo, que está por todas partes, que dirige al mismo tiempo todos sus cuidados sobre todas las partes del universo.»

Al hablar así Sócrates, me parece que comprometía á sus discípulos á no hacer nada impío, injusto ni vergonzoso, no solamente en presencia de los hombres, sino incluso en la soledad, puesto que les persuadía de que ninguna de sus acciones podía escapar á los dioses.

CAPITULO V

Si la templanza es una hermosa y útil adquisición para el hombre, veamos si Sócrates la hacía amar. He aquí uno de sus discursos sobre esta materia.

«Amigos míos, decía, si nos sobreviniese una guerra y quisiésemos elegir un jefe capaz de defendernos contra nuestros enemigos y de someterlos á nuestro dominio, ¿elegiríamos al que considerásemos esclavo de su vientre, aficionado al vino ó al amor, incapaz de resistir á la fatiga ó al sueño? ¿Y cómo esperaríamos de un hombre semejante nuestra salvación ó la derrota de nuestros enemigos?

»Supongamos también que, llegados á nuestra

última hora, deseamos un hombre que eduque á nuestro hijo, que vele por el honor de nuestras hijas, que conserve nuestra fortuna. ¿Es al hombre inmoderado al que creeremos digno de nuestra confianza? ¿Entregaremos á un esclavo intemperante la inspección de nuestros rebaños, de nuestras despensas, de nuestros trabajos campestres? ¿Aceptaríamos como regalo á un criado semejante, ni aun en calidad de proveedor? Pues bien; ¡rechazaríamos á un esclavo intemperante, y no tememos parecernos á él!

»El avaro, quitando á los demás su fortuna, cree que se enriquece; pero el libertino perjudica sin ningún provecho para sí; hace mal á los demás, pero se lo hace mucho más á sí mismo, si el mayor de los males es arruinar uno su casa, su cuerpo y su espíritu.

»¿Quién se complacería en la sociedad de un hombre que prefiriese á sus amigos el vino y la buena comida, y á la compañía de sus iguales la de las mujeres prostituídas? Todo hombre que sabe que la templanza es la base de la virtud, ¿no debe, pues, esforzarse en embellecer con ella su alma? ¿Cómo, sin ella, se podrá conocer el bien ni ocuparse en él dignamente? El esclavo de la voluptuosidad, ¿no está en el estado más degradante para el cuerpo y para el alma? ¡Sí, lo juro por Here! Todo hombre libre debe hacer votos para no tener un esclavo semejante, y éste debe rogar al cielo que le dé amos virtuosos: es el único medio de salvarle de sí mismo.»

Si preconizaba así la templanza en sus discursos, la observaba todavía más en su conducta. Teniendo un lenguaje semejante, no sólo se había hecho superior á los placeres de los sentidos, sino también á los que procura la fortuna. Reci-

bir dinero del primero que llega, era, según él, darse un amo, someterse á la más vergonzosa de las servidumbres.

CAPITULO VI

Me reprocharía pasar en silencio la conversación que tuvo con el sofista Antifón. Este Antifón trataba de quitar á Sócrates sus discípulos. Fué un día á verle, y le habló así:

«Yo creía, Sócrates, que los que profesan la filosofía debían ser más felices; pero me parece que sacas de la sabiduría un partido enteramente contrario. De la manera como vives, un esclavo alimentado como tú, no permanecería en casa de su amo. Los manjares más groseros, las más viles bebidas te contentan. Es poco estar cubierto con un mal manto, que te sirve en invierno lo mismo que en estío; no tienes ni calzado ni túnica. Además, rehusas el dinero; y es bueno procurárselo; hace vivir con más placer y decencia. En todas las profesiones, los discípulos siguen el ejemplo del maestro; si los que te tratan se te asemejan, cree que enseñas el arte de hacerse desgraciado.»

«Antifón, respondió Sócrates, me parece que supones que vivo muy tristemente, y, estoy seguro de ello, preferirías morir á vivir como yo. Ve, pues, lo que encuentras tan duro en mi manera de vivir. Primero, los que reciben dinero están obligados á cumplir la condición bajo la cual obtienen un sa-

lario. Por lo que á mí se refiere, como no recibo nada, no estoy obligado á conversar con gentes que me desagradan. Desprecias mis alimentos; ¿son menos sanos que los tuyos, menos nutritivos, más difíciles de hallar, más escasos y más caros, ó bien los manjares que para ti condimentan son más agradables á tu paladar que los que yo me procuro? ¿Ignoras que con un buen apetito no hay necesidad de condimento, y que quien bebe con gusto no piensa siquiera en las bebidas que no tiene?

»En cuanto á los vestidos, sabes que se cambian para prevenirse del calor y del frío, que se lleva calzado por el temor de que se hieran los pies al caminar. ¿Me has visto nunca retenido en casa por el frío, ó, durante el calor, disputando la sombra á alguien, ó finalmente, no pudiendo ir donde quisiera porque tuviese los pies heridos? Tú lo sabes: aquellos que tienen un cuerpo naturalmente débil se hacen superiores en los ejercicios á los cuales se entregan; los soportan mejor que los que, nacidos más robustos, han sido negligentes; ¿y crees que después de haber habituado mi cuerpo á soportar las privaciones y las fatigas, no las resistiré más fácilmente que tú, que no te has ocupado nunca en este cuidado? ¿Por qué no soy esclavo de la buena comida, del sueño, de la voluptuosidad? ¡Ah! Es que conozco otros placeres más dulces, que, lejos de limitarse al momento, prometen goces continuos. Sabes que no se emprende alegremente una empresa de la cual no se espera ningún éxito, pero que se entrega uno con alegría á la navegación, á la agricultura, á cualquier trabajo, cuando se cree triunfar en él. ¿Existe, á tu juicio, una voluptuosidad comparable á la de esperar que se hará uno mismo más estimable y que

tendrá amigos más virtuosos? ¡Dulce esperanza de todos los instantes de mi vida!

»Si se necesita servir á los amigos ó á la patria, ¿quién tendrá más tiempo, el que vive como yo, ó el que lleva esa vida en donde colocas la felicidad? ¿Cuál será mejor soldado, el que no pueda prescindir de una mesa suntuosa, ó el que se contente con lo que halle? ¿Quién sostendrá con más constancia un puesto, el que quiere buscar manjares con grandes gastos, ó el que vive feliz con los alimentos más sencillos?

»Las delicias, la magnificencia, eso es lo que llamas felicidad: en cuanto á mí, creo que si no pertenece mas que á Dios no tener necesidad de nada, es acercarse á la Divinidad tener sólo necesidad de poco; y como nada existe más perfecto que Dios, lo que se acerca á él más, toca también más de cerca á la perfección.»

Otra vez Antifón dijo á Sócrates: «Te creo un hombre justo, pero no un sabio, y tú mismo pareces convencido de ello. No recibes dinero por tus lecciones; sin embargo, no darías, no venderías siquiera por menos de su valor tu manto, tu casa, ni nada de lo que posees. Si pusieses un precio á tus lecciones, es claro que exigirías un salario. Que seas un hombre de bien, te lo concedo, puesto que no engañas á nadie por codicia; pero no pretendas ser sabio, puesto que no sabes nada que merezca ser pagado.»

He aquí lo que Sócrates le respondió: «Antifón, es cosa corriente entre nosotros que puede hacerse un uso honrado ó vergonzoso de la sabiduría, lo mismo que de la belleza. Se llama licencioso á cualquiera que vende su belleza á quien quiere pagarla; pero se considera como honrado procurarse un amigo en quien sólo se quiere el mérito y la virtud. Lo

mismo sucede con la sabiduría: se llama sofistas ó prostituídos á los que la venden por dinero contante; pero si el sabio descubre á un joven de carácter excelente, si le instruye, si hace de él un amigo, pensamos que cumple los deberes de un honrado y respetable ciudadano.

»Que otros gusten de buenos perros, de hermosos caballos, de lindos pájaros; mi placer es procurarme amigos estimables. Si sé alguna cosa útil, les doy parte de ella; los presento á todos los que creo en condiciones de ayudarlos en el camino de la virtud. Busco, recorro con ellos esos tesoros preciosos que los antiguos nos han dejado en sus escritos; si encontramos alguna cosa buena, la recogemos, y creemos realizar un gran provecho, si en estas lecturas, hechas en común, nos somos recíprocamente útiles.» Cuando yo le oía hablar así me parecía que era un mortal dichoso y que conducía á la virtud á los que le escuchaban.

Otra vez, preguntándole Antifón por qué, vanagloriándose de formar hombres de Estado, no se mezclaba en la política que tan bien conocía: «¿Y de qué manera, repuso Sócrates, puedo servir mejor al Estado? ¿Es no consagrándole mas que mi persona, ó trabajando para darle un sujeto capaz de dirigir los asuntos?»

CAPITULO VII

Veamos ahora si Sócrates, al desviar á sus discípulos de la vanidad, no los llevaba á cultivar la virtud. «Ser hombre de bien, no tratar de parecerlo, es el camino más hermoso para llegar á la gloria.» He aquí cómo probaba esta verdad.

«Supongamos, decía, un hombre que quiera pasar por buen tocador de flauta sin serlo en efecto: ¿qué será preciso que haga? Que imite á los buenos tocadores de flauta en todo lo que constituye el exterior de su arte. Tienen excelentes instrumentos, llevan tras sí á mucha gente; pues los imitará en eso: numerosos encomiadores celebran sus talentos; se procurará, pues, gran número de encomiadores. Pero que nunca trate de tocar la flauta, ó desde el primer momento queda cubierto de ridículo y convicto de ignorancia y presunción. Y si gasta mucho, si no gana nada, si pierde reputación, ¿no vivirá miserablemente y expuesto sin provecho á la burla?

»Otro quiere pasar por buen general ó por hábil piloto, y no lo es: imaginemos lo que le sucederá. Si desea la reputación de un hombre hábil en esta materia, y no persuade de que lo es, es desgraciado; si persuade de ello, es más desgraciado aún. Propuesto para el mando de un ejército ó para la dirección de un barco, perderá á las gentes que quisiera salvar y renunciará vergonzosamente á su cargo.»

Sócrates demostraba que no hay nada más peligroso para un hombre que pasar por más rico,

más fuerte, más valeroso de lo que es en efecto. Se le imponen obligaciones que exceden de sus fuerzas, y como no puede hacer aquello de que se le creía capaz, no se tiene para él ninguna indulgencia.

Llamaba insigne impostor, no al bribón que realiza engaños y saca de ellos dinero ú otras cosas, sino al fatuo sin mérito, que engaña á sus conciudadanos manifestándose como un hábil político. Me parece que semejantes discursos eran muy propios para desviar á sus discípulos de la vanidad.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

Creo también que, por semejantes lecciones, alentaba á sus discípulos á prevenirse contra los excesos del vino y de la buena comida, á resistir al amor, al sueño, al frío, al calor, á la fatiga.

Sabía que uno de ellos vivía con demasiada molicie. «Aristipo, le dijo, si se te confiasen dos jóvenes para educarlos, el uno destinado á mandar un día, el otro á permanecer en la vida privada, ¿cómo los formarías? ¿Opinas que comencemos por los primeros elementos, por la alimentación?—La alimentación me parece el primer elemento, pues nadie viviría si no estuviese alimentado.—Es, pues, probable que pidieran los dos de comer á las horas de la comida.—Muy probable.—¿A cuál acostumbraremos á entregarse á una ocupación apremiante más bien que á satisfacer su apetito?—Al que eduquemos para mandar, con el fin de que los asuntos no sufran en sus manos.—¿Será, pues, necesario

también que sepa resistir á la necesidad de la sed? —Seguramente.

—¿Y á cuál de los dos enseñaremos á vencer el sueño, con el fin de que se acostumbre á acostarse tarde, á levantarse temprano y á velar si lo necesita?—También al mismo.—¿A cuál formaremos para combatir el amor, por miedo á que sus placeres le desvíen de los asuntos de que esté encargado?—También al mismo.—¿Y á no temer el trabajo, á soportarle con gusto?—Al que ha de mandar.—Y si hay un arte que enseña á triunfar sobre los adversarios, ¿á quién convendrá enseñarle? —¡Por Zeus! Al que se destina al gobierno. Sin este arte, el resto le sería inútil.

—¿Crees, pues, que un hombre así educado sería más difícilmente sorprendido por sus enemigos que lo son los animales más astutos? Unos, aunque tímidos, atraídos por la gula, se dejan llevar por su avidez hasta el cebo, y son cogidos; se engaña á los otros con cierta bebida.—Nada es más cierto. —Otros, como las codornices y las perdices, á la voz de una hembra, seducidos por el deseo y la esperanza, no ven ya el peligro, y caen en las redes. —Continúo de acuerdo en todo eso.

—¿Pero no encuentras vergonzoso que el hombre sea cogido en los mismos lazos que los más estúpidos animales? Así corren los adúlteros á encerrarse ellos mismos en la cámara nupcial, aunque saben que su crimen los expone al rigor de las leyes, que se les forma emboscadas, y que no pueden ser sorprendidos sin verse entregados al oprobio. A pesar de todos los castigos y de la vergüenza que les esperan, á pesar de todo lo que pudiera arrancarlos á una pasión criminal, se lanzan con la cabeza baja en el peligro. ¿No es este el proceder de un verdadero frenético?—Convengo en ello.

—Sabes, continuó Sócrates, que los más necesarios y los más grandes negocios de la vida, como los de la guerra y la agricultura y otros no menos importantes, se hacen al aire libre. ¿No consideras, pues, como un gran descuido, que tantos hombres no se ejerciten en soportar el frío y el calor? —No podría negarlo.—¿Te parece, por tanto, que el que quiere mandar debe habituarse á todas estas incomodidades?—Sí.—Pero, al llamar á los primeros cargos del Estado á esos hombres morigerados y laboriosos, ¿colocaremos, por consiguiente, á los demás en la clase de los que no deben siquiera pensar en dedicarse al gobierno?—Estoy en eso de acuerdo contigo.—¡Pues bien! Puesto que conoces el puesto de cada uno, ¿has examinado alguna vez el que te pertenece justamente?—Yo, dijo Aristipo, no me coloco en manera alguna en la clase de los que quieren gobernar. Cuando es tan difícil proveer á las propias necesidades, no hay nadie, sino un loco, á mi parecer, que se encargue de proveer también á las de sus conciudadanos. Privarse de tantas cosas que se desean, para verse á la cabeza de un pueblo que os somete á juicio si no contentáis todos sus caprichos, ¿no es el colmo de la demencia? Pues, en definitiva, el pueblo pretende servirse de sus magistrados como yo me sirvo de mis esclavos. Quiero que mis servidores me suministren en abundancia lo que me es necesario, y que no toquen á nada, y el pueblo piensa que sus magistrados le procuren todo en abundancia, sin que puedan tocar á ello. Búscame gentes que gusten de verse recargadas de asuntos y darlos á los demás; esas son las que yo formaría, las que yo educaría para el mando. En cuanto á mí, me coloco en la clase que no quiere sino llevar una vida fácil y dulce.

—¿Quieres que examinemos, dijo Sócrates, cuá-

les viven más agradablemente, los que gobiernan ó los que son gobernados?—Con mucho gusto. —Comencemos por los pueblos que conocemos. En Asia, los persas mandan: los sirios, los frigios y los lidios les están sometidos; en Europa, los escitas tienen el poder y conservan á los meotas bajo el yugo; en Libia, los cartagineses dominan y obligan á los libios á reconocer su dominio. ¿Cuáles de estos pueblos crees más felices? O mejor, sin salir de Grecia, donde estás ahora, ¿hallas más digno de envidia el destino de los pueblos que mandan, ó la suerte de los pueblos que obedecen?—Yo no me pongo tampoco en la categoría de los esclavos; pero creo que existe un camino medio, por el cual procuro marchar sin mandar ni obedecer: este camino está á través de la libertad que conduce á la dicha.

—Pero, replicó Sócrates, si tu camino medio, que no conduce ni al mando ni á la esclavitud, te alejase también de toda sociedad humana, tal vez dirías algo razonable. Y, ¿cómo vivir en sociedad sin mandar ni obedecer, sin ceder voluntariamente ante los que mandan? Sabes, sin duda, que los poderosos arrancan lágrimas á los débiles, que los hacen sus esclavos, ya oprimiéndolos á todos juntos, ya abrumándolos uno por uno. ¿No los vemos destruir la cosecha ó el árbol del desgraciado que sembró ó plantó? Al débil que quiere sustraerse á su poder, ¡cómo le asedían por todas partes, hasta que le han obligado á preferir las cadenas á un combate desigual! Y entre los particulares, ¿no ves al más robusto y al más atrevido servir al hombre tímido y sin fuerza, y devorar su substancia?

—Por eso, á fin de que no me suceda tal desgracia, extranjero por todas partes, no me adhiero á ningún gobierno.—En verdad que esa es una astucia admirable; pues desde la muerte de Sinnis, de

Sciron y de Procusto, no se maltrata ya á los extranjeros. Sin embargo, ahora también, los jefes de los diversos gobiernos tienen leyes para ponerse al abrigo de la injusticia: no contentos con tener parientes, se crean amigos, á los que socorren; rodean á las ciudades de fortificaciones; reunen armas para rechazar cualquier insulto; se procuran alianzas en el exterior; pero á pesar de todo eso, no están exentos de vejaciones. Y tú, que no tienes ninguno de estos recursos, que pasas mucho tiempo en los caminos, donde se cometen tantos crímenes; tú, siempre el último en cualquier ciudad á que llegas; tú finalmente, que por eso mismo eres uno de aquellos á quienes atacan con preferencia los ladrones de profesión, ¡te crees al abrigo del insulto porque eres extranjero! ¿Tu seguridad procede de que los gobiernos te dan pasaportes para entrar y salir, ó de que sabes que ningún amo puede sacar partido de un esclavo que se te asemeje? ¿pues quién querría á un ser que se niega absolutamente al trabajo y que gusta de vivir suntuosamente?

»Pero examinemos juntos cómo tratan los amos á semejantes criados. ¿No corrigen por un austero régimen su inclinación á la molicie? ¿No los impiden huir, cargándolos de hierros; robar, cerrando los hogares donde pudieran cometer latrocinios? ¿No dominan su pereza á latigazos? Y tú mismo, ¿qué haces cuando ves á uno de tus esclavos tal como le pinto?—Agoto sobre él todos los géneros de castigos hasta que le haya obligado á servirme bien. Pero, Sócrates, los que están destinados á la soberanía, que consideras como la felicidad suprema, ¿en qué se diferencian de los que sufren por necesidad, cuando han de padecer también el hambre, la sed, el frío, largas vigilias y mil males, en fin? Que me desgarren los azotes, con ó sin mi con-

sentimiento; que yo me atormente el cuerpo, ó que me le atormenten en contra mía, ¿dónde está la diferencia? Yo no veo sino un loco en el hombre que se condena por sí mismo á sufrir.—¡Cómo! Aristipo, ¡no notas esta diferencia entre los sufrimientos forzados y los sacrificios voluntarios: que el que sufre de buen grado el hambre ó la sed, bebe ó come cuando le place, mientras que no está en el poder de quien las sufre por obligación hacerlas cesar cuando quiere! Además, el que sufre voluntariamente está consolado por la esperanza, como el cazador soporta alegremente la fatiga por la expectativa de una buena presa. El cazador no recibe sino una recompensa muy escasa por sus trabajos; pero los sabios que trabajan para procurarse amigos virtuosos, para vencer á sus enemigos, para fortificar su espíritu y su cuerpo, para administrar bien su casa, para hacer dichosos á sus amigos y para servir bien á su patria, ¿no deben soportar sus trabajos con placer, y vivir contentos, tan satisfechos de sí mismos como alabados y admirados de los otros?

»Además, las ocupaciones ociosas y los placeres que no se hacen desear, no pueden, como dicen los maestros de gimnástica, ni dar al cuerpo una buena constitución, ni menos adornar al espíritu con ningún conocimiento estimable; pero los ejercicios que exigen paciencia nos conducen á grandes cosas, como han hecho notar hombres célebres. Hesíodo dice *(los Trabajos y los Días)*:

Nada más fácil de abrazar que el vicio; pues habita muy cerca de nosotros, y el camino que lleva á él está unido. Pero los dioses inmortales han colocado el sudor delante de la virtud; y su camino es largo, arduo y primero escabroso. Mas, cuando se ha ganado su cumbre, se hace en seguida fácil, de penoso que era.

»Epicarmo da el mismo testimonio:

Los dioses nos venden todos los bienes al precio de nuestros trabajos.

»Dice también en otro lugar:

Malvado, no desees la voluptuosidad, no vayas á encontrar el dolor.

»El docto Pródico, en su obra sobre Heracles, que le han oído leer tantas personas, no habla de otra manera de la virtud. He aquí aproximadamente lo que dice, hasta donde mi memoria lo recuerda:

«Heracles, apenas salido de la infancia, entraba en esa edad en que los jóvenes, convertidos en dueños de sí mismos, anuncian si seguirán en el curso de la vida los senderos del vicio ó los de la virtud. Retirado en una tranquila soledad, descansaba, inseguro del camino que tomaría. Dos mujeres, de talla sobrehumana, se mostraron ante sus ojos. Una tenía aire decoroso y noble, gran limpieza, pudor en la mirada, la cabeza inclinada con modestia: tal era su adorno. Llevaba un vestido blanco. La otra, delicada y exuberante de robustez, había cuidado de acicalarse para aparecer más blanca y más encarnada. Procuraba realzar la altura de su talle por un erguimiento afectado; sus ojos se abrían con descaro; su vestido dejaba entrever sus bellas formas. Contemplábase á sí misma, y observaba al mismo tiempo si la miraban; á menudo, incluso se miraba en su sombra.

»Al acercarse á Heracles, la primera iba conservando la majestad de su paso; la otra, presurosa por evitar á su rival, corrió al encuentro de él. «Heracles, le dijo, te veo incierto en el camino que tomarás en el viaje de la vida. Si me eliges por

amiga, te llevaré por un camino fácil y alegre; no habrá placeres que no gustes, ni penas de las cuales no estés exento. Extraño á los combates y á los negocios, no tendrás más cuidado que buscar y descubrir los manjares delicados, las bebidas exquisitas, lo que más agrade á tus oídos y á tus ojos, lo que halague tus sentidos con más dulzura; ¡qué amores te encantarán más, cómo dormirás con más molicie, cómo obtendrás tantos goces sin el menor esfuerzo!

»¿Temes que lo que proporciona estos goces llegue á faltarte? Ten confianza; no te reduciré nunca á la necesidad de trabajar, ni de cuerpo, ni de espíritu, para que te los procures. Tú aprovecharás las labores de otro, toda ganancia te será legítima: los míos tienen derecho á tener en todas partes ventajas.»

»Heracles, después de haberla escuchado, la preguntó su nombre. «Mis amigos, respondió, me llaman la Felicidad; mis enemigos me injurian bajo el nombre de Voluptuosidad.»

»Entonces, la otra mujer, acercándose: «Yo también, Heracles, le dijo, vengo hacia ti. Conozco á los autores de tus días; he notado tu feliz natural en los ejercicios de tu infancia. Espero, pues, que si tomas el camino que conduce á mí, te señalarás por grandes acciones; irradiará en mí el resplandor de tu gloria y de tu felicidad.

»Por otra parte, no te engañaré con los preámbulos de la Voluptuosidad; te mostraré las cosas tales como los dioses mismos las han querido. Lo hermoso, lo honrado, no lo conceden ellos sino á costa de un trabajo asiduo. ¿Quieres que te sean propicios? Reverénciales. ¿Que tus amigos te quieran? Encadénalos por beneficios. ¿Que un país te honre? Hazte útil. ¿Que la Grecia entera admire tu virtud?

Esfuérzate en hacer el bien á toda Grecia. ¿Que la tierra te prodigue sus frutos? Cultívala. ¿Crees que el cuidado de los rebaños te ofrece medios de fortuna? Da todos tus cuidados á los rebaños. Si suspiras por la gloria de los combates, si quieres hacer á tus amigos libres y sujetar á tus enemigos, estudia el arte de los combates bajo hábiles maestros, y ejercítate en ponerle en práctica. ¿Deseas la fuerza del cuerpo? Somete tu cuerpo á la razón, fatígale por los trabajos y los sudores.»

»Aquí, dice Pródico, la Voluptuosidad le interrumpió. «¿Piensas tú, Heracles, qué largo y difícil camino te propone esta mujer para llegar al placer? Yo te llevaré á la felicidad por un sendero agradable y corto.»

«Desgraciada, le dijo la Virtud, ¿cuáles son los bienes que posees? ¿qué placeres conoces, tú que no quieres hacer nada por ellos, que no esperas nunca á que te avisen para gustarlos; tú que experimentas la hartura antes de sentir la necesidad, bebiendo siempre antes de tener sed y comiendo sin experimentar el apetito? Para hacer una buena comida reunes cocineros; para beber con placer compras con grandes gastos vinos exquisitos, y en el verano corres á buscar la nieve que ha de refrescarlos. Para ti el sueño no tendría dulzura, si el arte no te procurase, no solamente mantas y lechos delicados, sino también alfombras, donde poner los pies de tus lechos; pues deseas el sueño, no para procurarte descanso, sino porque no tienes nada que hacer. En el amor, previenes la necesidad, provocas á la naturaleza por toda suerte de artificios; los hombres sirven para tus placeres como las mujeres; pues obras con tus amigos así: en la noche los deshonras, y los sumerges en el sueño durante la parte más útil del día. Tú eres inmortal, y los

dioses te rechazan, los hombres honrados te desprecian. ¿El son adulador de la alabanza ha sonado nunca en tus oídos? Tus ojos no han gozado nunca del más dulce de los espectáculos, puesto que no han visto nunca una buena acción que hayas hecho. ¿Quién creería en tus palabras? ¿Quién te socorrería en caso de necesidad? ¿Qué hombre de buen sentido se atrevería á tomar parte en tus fiestas? Los que las siguen, débiles en su primavera, acaban por arrastrar una vejez insensata. Ociosos y esplendentes de robustez en sus hermosos años, condenados á atravesar laboriosamente una vejez triste, avergonzados de lo que han hecho, sucumbiendo bajo el peso de lo que hacen, han corrido en la juventud de placeres en placeres, difiriendo las penas para la última estación de la vida.

»En cuanto á mí, admitida entre los dioses, trato á los mortales virtuosos. Nada hermoso se hace sin mí, ni en el cielo ni en la tierra. Soy singularmente honrada por los dioses, y sobre todo por los hombres, que me deben estos homenajes, puesto que el artesano laborioso ve en mí su compañera querida; el buen padre de familia, la guardiana fiel de su casa; el servidor, su benévola protectora. Yo concurro á las obras de la paz; defiendo constantemente al guerrero; comparto las dulces emociones de la amistad. Mis amigos hacen sin ningún condimento agradables comidas, porque esperan el hambre y la sed. El sueño les es más dulce que á esos hombres que no trabajan: se despiertan sin pena, y no sacrifican nunca los negocios al descanso. Jóvenes, tienen el placer de ser alabados por los ancianos; viejos, gozan de los respetos de la juventud. Se acuerdan con alegría de sus antiguas acciones; realizan con gusto lo que les resta que hacer. Por mí sola son amados de los

dioses, queridos de sus amigos, honrados de sus conciudadanos. Y cuando el término fatal llega, lejos de descender, olvidados y sin honor, á la mansión de los muertos, sus nombres florecen de edad en edad hasta la posteridad más remota. ¡Hijo de héroe, ¡oh Heracles! tú puedes, por ilustres obras, adquirir la felicidad suprema!»

»Tal es, aproximadamente, según Pródico, la lección que daba la Virtud al joven Heracles. Pero embelleció sus pensamientos con una dicción más noble. Sea ello lo que fuere, Aristipo, medita estas lecciones, hechas de generosos esfuerzos, y prepara tu conducta para el porvenir.»

CAPITULO II

Habiendo notado un día Sócrates que Lamprocles, el mayor de sus hijos, quería mal á su madre: «Respóndeme, hijo mío, le dijo; ¿sabes que hay hombres á los que se llama ingratos?—Seguramente. —¿Y sabes qué acciones les han hecho merecer este título?—¿Puedo ignorarlo? Se llama ingratos á los que han recibido beneficios, pueden demostrar su agradecimiento, y no lo hacen.—¿Y no crees que se puede colocar á los ingratos entre los hombres injustos?—Lo creo.—Es injusto reducir los amigos á servidumbre, y justo reducir á ella los enemigos: ¿has considerado si es siquiera injusto no tener agradecimiento para los amigos y justo no tenerle para los enemigos?—Sí, he pensado en ello; es, creo, una injusticia no esforzarse en responder á los be-

neficios de un amigo, é incluso á los de un enemigo. —Si esto es así, la ingratitud es, pues, una injusticia odiosa.» Lamprocles convino en ello. «Y la injusticia será tanto más irritante cuanto más grandes hayan sido los servicios prestados.» Convino en ello también.

«¡Ah!, volvió á decir Sócrates. ¿Encontraremos seres más colmados de beneficios que lo están los hijos por los autores de sus días, á quienes deben la existencia, el espectáculo de tantas maravillas, el goce de tantos bienes como los dioses han repartido á los mortales; bienes que son de tan gran precio á nuestros ojos, que nuestro mayor temor es perderlos? Por eso las repúblicas han establecido la pena de muerte contra los crímenes atroces: no han encontrado otra pena más capaz de contener á los malos.

»Sin duda no piensas que los hombres se casan únicamente por los placeres del amor, que hay tantos medios para satisfacer; examinan, además, qué mujeres les darán hermosos hijos, y á éstas unen su destino. El esposo alimenta á su esposa, que debe hacerle padre. Reune para sus hijos, aun antes de su nacimiento, las cosas que cree deben serles útiles en la vida, y todas las más que puede: la mujer, por su parte, lleva con trabajo el peso que expone su vida; alimenta al niño con su propia substancia, le da á luz con crueles dolores, le lacta y le proporciona sus cuidados, sin que ningún beneficio recibido ligue á la madre al niño, y sin que el niño conozca todavía á la que le prodiga su ternura. No puede siquiera aquél hacer conocer sus necesidades; pero ella trata de adivinar lo que le conviene, lo que puede agradarle; le alimenta mucho tiempo, de día y de noche; se atormenta sin prever qué agradecimiento recibirá por sus traba-

jos. El alimento no basta: en cuanto la edad parece permitir á los niños recibir alguna instrucción, los padres les enseñan lo que saben y lo que podrá serles útil un día; y para las partes de la ciencia en que conocen á alguno más capaz, le envían á sus hijos á recibir sus lecciones, y no sienten ni gastos ni cuidados para hacerlos los mejores posibles.

—Quiero, respondió el joven, que mi madre haya hecho todo eso, y aun mucho más todavía; pero nadie puede sufrir su mal humor.—¿No hallas la cólera de una bestia más insoportable que la de una madre?—No de una madre como esa. —¿Te ha mordido ó dado alguna patada, como suelen hacer las bestias?—Dice cosas tan duras, que no se quisieran oir ni aun á costa de lo más querido del mundo.—Y tú, ¡cuántos disgustos insoportables la has causado durante tu infancia, ya por tus gritos, ya por tus acciones; cuántas penas durante el día y la noche; cuántas aflicciones en tus enfermedades!—Pero, por lo menos, no he dicho ni he hecho nunca nada por lo que ella tenga que sonrojarse.—¡Ah! ¿has de hallar más difícil oir lo que te dice ella, que lo es á los comediantes escucharse recíprocamente, cuando, en los papeles trágicos, llegan á las más sangrientas injurias? Como no piensan que quien los acusa lo hace para recriminarlos, ni que quien los amenaza tenga el proyecto de hacerles daño, muestran paciencia; ¡y tú, que sabes que tu madre, diga lo que diga, lejos de quererte mal, no desea á nadie tanto bien como á ti, la miras con malos ojos! ¿Piensas, pues, que tu madre sea tu enemiga?—No, ciertamente.

—¡Cómo! Una madre que te ama, que en tus enfermedades hace todo cuanto puede para devolverte la salud, que cuida de que nada te falte, que

en sus plegarias pide para ti los beneficios de los dioses, y que les hace ofrendas, ¡pretendes que es una mala madre! Si no puedes soportar á una madre semejante, ¿te es, entonces, insoportable la felicidad? Dime, ¿crees que sea preciso prestar cuidados á cualquiera, ó bien, entra en tu plan no agradar á nadie, no seguir á nadie, no obedecer á nadie, ni á un general, ni á un magistrado?—Creo que es necesaria la sumisión.—¿Querrás, sin duda, agradar á tu vecino, para que te encienda el fuego en caso de necesidad, para que te preste algunos servicios, para que te socorra con una diligencia amistosa si te sobreviene alguna desgracia?—Eso es cierto.—¿Es indiferente tener por amigos ó por enemigos á los compañeros de viaje, de navegación ó á otros cualesquiera? ¿No crees que sea necesario trabajar para merecer su benevolencia?—Lo creo.

—¡Cómo! ¡tendrías consideraciones para esas gentes, y no crees debérselas á una madre que te ama con tal ternura! ¿Ignoras que la República olvida todas las demás clases de ingratitud, que no interviene contra este vicio, y deja impune al mal corazón que recibe beneficios sin demostrar su agradecimiento; pero que castiga al ciudadano que no honra á sus padres, que le excluye del arcontado, persuadida de que un sacrificio ofrecido por manos impías desagradaría á los dioses, y de que ninguna acción de un hombre semejante puede ser justa ni honrada? En las pruebas relativas al arcontado, se investiga incluso si los candidatos han honrado los manes de sus padres. Si eres prudente, hijo mío, rogarás á los dioses que te perdonen las ofensas hacia tu madre. Teme que te nieguen sus favores viéndote ingrato; teme que los hombres conozcan tu desprecio por los autores de tus días; te rechazarían todos; quedarías sin amigos y en un abandono

universal; pues, si fueses sospechoso de ingratitud hacia tus padres, ¿quién te creería capaz de pagar con agradecimiento un beneficio?»

CAPITULO III

Se dió cuenta Sócrates de que dos hermanos, Queréfonte y Querécrates, vivían en mala armonía. Se hallaba con el último, y le dijo: «Escucha, Querécrates, ¿serías de esas gentes que prefieren las riquezas á los hermanos, y que no comprenden que un hermano puede defendernos, mientras que las riquezas necesitan ser defendidas; que, además, sólo la Naturaleza da hermanos, mientras que la industria multiplica las riquezas? Sería muy extraño que un hermano no se quejase de no reunir sobre su cabeza las fortunas de todos sus conciudadanos, y que se creyese perjudicado por no gozar de todos los bienes de su hermano. ¡Cómo! ¡Podría decirse á sí mismo que es preferible gozar sin peligro de una propiedad suficiente, que poseer solo y siempre tembloroso todas las fortunas reunidas de sus conciudadanos, y no juzgaría lo mismo de la unión fraternal!

»Si se tienen medios, se compran esclavos para ser ayudado en los trabajos; se hacen amigos para tener un apoyo, ¡y se olvida á los hermanos! Como si se hallasen amigos entre ciudadanos y no entre hermanos. Sin embargo, ¡qué mejor título para la amistad que haber nacido de la misma sangre, que haber sido educados juntos, puesto que existe una

ternura natural hasta entre los animales alimentados con la misma leche!

»Además, cuando un ciudadano tiene por apoyo la amistad de sus hermanos, se le demuestran más consideraciones que si estuviera privado de ella; se teme más ofenderle.—Sócrates, si no hubiera graves motivos de desunión, sería necesario soportar al hermano y no alejarse ligeramente de él. En efecto, como dices, es un gran bien un hermano que se muestra tal como debe ser; pero cuando falta á todos sus deberes y es todo lo contrario de lo que se debe esperar de él, ¿se intentará lo imposible?—Pero, Querécrates, ¿tu hermano desagrada á todo el mundo como á ti? ¿No hay personas que le alaban?—Sócrates, lo que me le hace odioso es que sabe agradar á los demás, y que, cuando me encuentra, no dice nada, no hace nada sino para disgustarme.

—Un caballo, dijo Sócrates, derriba al jinete torpe que trata de montarle; si se tienen motivos para quejarse de un hermano, ¿no es porque no se sabe acomodarse á su carácter?—¿Cómo merecería yo este reproche, si sé responder á los agasajos que se me hacen, á los servicios que se me prestan? ¿Pero puedo mostrar benevolencia á un hombre que, en sus acciones y sus discursos, se propone disgustarme? No lo intentaría siquiera.—Eso que dices me asombra, Querécrates. Si tuvieses un perro, fiel guardián de tus rebaños, que acariciase á los pastores y que gruñese en cuanto te acercases á él, ¿no es verdad que en lugar de encolerizarte procurarías amansarle por caricias? ¡Y tú no harás nada para conciliarte con tu hermano, tú que piensas que un hermano es un gran bien, cuando se porta como debe, tú que confiesas que sabes decir cosas honradas y prestar servicios!

—Temo, respondió Querécrates, no ser bastante hábil para llevarle á su deber.—Pero me parece que no tienes necesidad para eso ni de artificio ni de medios extraordinarios. Emplea los que conoces; y seguramente te lo ganarás, y te estimará.—Enséñame, pues: ¿has notado que sin advertirlo conozca yo algún filtro amoroso?—Dime, si quisieras que uno de tus amigos te invitase para la comida cuando sacrificara, ¿qué harías?—Está claro que al primer sacrificio comenzaría por invitarle á él.—Y si quisieses comprometerle á cuidar de tus negocios en tu ausencia, ¿qué harías?—Si se ausentase, yo sería el primero en encargarme de los suyos. —¿Y si quisieses que un extranjero te diera hospitalidad cuando viajases por su país?—No dejaría de ofrecerle mi casa cuando viniera á Atenas; y si yo deseara que despachara mis negocios cuando fuera á su país, sería necesario que le hubiese dado el ejemplo ocupándome en los suyos.

—¡Cómo! ¡Conoces todos los recursos que existen, y hacías misterio de ellos! ¿Titubeas, pues, por una mala vergüenza, en abordar á tu hermano? Creo, sin embargo, infinitamente glorioso ser el primero en hacer mal á los enemigos del Estado y bien á sus amigos. Si hubiese juzgado á Querefonte más propio que á ti para comenzar esta aproximación, hubiese procurado persuadirle para que te abordase; pero creo el éxito seguro si eres tú quien hace las insinuaciones.

—En verdad, Sócrates, el consejo que me das es indigno de ti. Quieres que yo comience, ¡yo, el más joven! Es al primogénito á quien pertenece este honor en todos los pueblos.—¡Cómo! ¿No toca en todos los sitios al más joven ceder el paso al primogénito, levantarse para recibirle, darle el lecho más blando, dejarle hablar el primero? No dudes, honrado jo-

ven; trata de dulcificar á tu hermano, y pronto se entregará: ¡ve cuán grande y noble tiene el alma! Si se atraen las almas pequeñas con presentes, se someten las almas generosas manifestándolas la amistad.

—¿Y si hago lo que dices y no se vuelve por eso mejor?—¿Qué arriesgas? Mostrar que eres un bueno, un tierno hermano, y que él no es sino un mal corazón, indigno de ternura. Pero no, no se mostrará indigno de ella. Apenas vea que le provocas á ese combate, se esforzará por vencerte en generosidad. Tal como estáis ahora, creo ver á las dos manos, que los dioses han hecho para ayudarse entre sí, olvidar su destino y tratar de molestarse una á la otra; ó á los dos pies, que la Providencia ha formado para prestarse auxilio, ponerse obstáculos recíprocamente. ¿No es el colmo de la demencia y de la desgracia desviar en detrimento nuestro lo que estaba hecho para nuestra ventaja? Me parece que el cielo, al formar dos hermanos, ha consultado mucho más sus intereses mutuos que los de los pies, las manos y los ojos, creándolos dobles: pues las manos no pueden coger á la vez dos cosas alejadas más de una toesa una de otra; los pies no pueden separarse una toesa; los ojos, que parecen descubrir desde tan lejos, no pueden ver á la vez por delante y por detrás los objetos, ni siquiera los más cercanos. Pero coloca á una gran distancia uno de otro á dos hermanos que se aman, y se prestarán servicios mutuos.»

CAPITULO IV

Yo he oído también hablar á Sócrates de la amistad; y creo que se puede sacar un gran provecho de lo que decia, para aprender la manera de crearse amigos y de vivir con ellos. «Oigo repetir siempre, decia, que un amigo fiel y virtuoso es la más excelente de todas las posesiones; y veo que la mayoría de los hombres piensa en otra cosa muy distinta que en crearse amigos. Tienen interés en adquirir casas, tierras, esclavos, rebaños, muebles; y cuando los poseen, procuran conservarlos: pero si se trata de un amigo, que confiesan es un gran bien, no se toman trabajo por adquirirlo ni por conservarlo.

Cuando los amigos y los esclavos están enfermos, se acude al médico y á las medicinas para los esclavos, mientras que á los amigos se los abandona. Si un esclavo muere, el amo se lamenta de ello; ¡qué pérdida ha tenido! Mas expira uno de sus amigos, y parece no haber perdido nada. No hay ninguna parte de sus bienes que descuide ni deje de visitar; mas si sus amigos reclaman sus cuidados, los abandona. Conoce muy bien todas sus riquezas, por numerosas que sean. En cuanto á sus amigos, aunque tenga pocos, no solamente ignora su número, sino que también, si se le ruega que los nombre, se embrolla en el cálculo: tal es el caso que les hace.

»Y sin embargo, si se compara un buen amigo á cualquier otro bien, ¿no parecerá preferible? Un caballo, una pareja de jumentos, ¿son tan útiles? ¿Existe un esclavo tan afecto, tan adicto á nuestra

persona como un buen amigo? ¿Existe, en fin, un bien cualquiera tan generalmente ventajoso? Un buen amigo sustituye á su amigo en lo que le necesita, ya en la dirección de sus asuntos particulares, ya en los asuntos del Estado. Si quieres hacer algo, este amigo te secunda; si estás en un trance difícil, te socorre ó con su dinero ó con sus diligencias: de acuerdo contigo, emplea la fuerza ó la persuasión. En la felicidad, aumenta tu alegría; te conforta en el abatimiento. Ninguno de los servicios inapreciables que nos hacen nuestros pies, nuestras manos, nuestros ojos ó nuestras orejas, va más allá de las fuerzas de un amigo benévolo. Lo que no has hecho por tu propio interés, lo que no has visto ni oído, tu amigo lo ha visto, lo ha hecho en tu lugar. Cultivas árboles para obtener sus frutos; ¡y descuidas con una culpable indolencia el vergel más fértil, el de la amistad!»

CAPITULO V

Recuerdo también una de sus conversaciones, que me parece muy adecuada para comprometer á los que le escuchaban á hacer un examen de sí mismos, para saber hasta qué punto merecían la estimación de sus amigos.

Sabedor de que uno de sus oyentes abandonaba á un amigo en la indigencia, dirigió la palabra á Antístenes, en presencia de aquel indigno amigo y de otras varias personas: «Antístenes, ¿se puede poner un precio á los amigos como se le pone á los

esclavos? Entre los esclavos, uno no vale la mitad de una mina, otro vale dos minas, otro cinco, otro diez. Se asegura incluso que Nicias, hijo de Nicerates, ha dado hasta un talento por un esclavo capaz de dirigir las obras de sus minas de plata. Examinemos, pues, si hay una tarifa sobre los amigos como sobre los esclavos.—Así lo creo, dijo Antístenes; pues hay amigo al que yo valuaría en más de dos minas, alguno por el que no gastaría media mina, tal otro por el cual daría diez minas, y alguno, finalmente, al que preferiría sobre todas las riquezas y sobre todas las rentas.

—Siendo eso así, repuso Sócrates, cada uno haría bien en examinarse á sí mismo, en investigar cuánto puede valer á los ojos de un amigo y en trabajar por ser de bastante valor para no ser olvidado. Todos los días oigo decir á uno: mi amigo me ha traicionado; á otro: un hombre á quien creía adicto me ha sacrificado por una mina. Reflexionando sobre todas estas quejas, me pregunto si, cuando se hace por un mal amigo más de lo que vale, es oportuno deshacerse de él, como se vende un mal esclavo al precio que se puede. En cuanto á los buenos servidores, yo no veo que se los venda, como no se deshace uno de los verdaderos amigos.»

CAPITULO VI

Si no me engaño, enseñaba también la manera de probar á los amigos. He aquí su conversación sobre este punto: «Dime, Critóbulo, si se quisiera un buen amigo, ¿cómo se adquiriría? ¿No se busca-

ría, ante todo, un hombre que supiese resistir á la buena comida, á la embriaguez, á la voluptuosidad, al sueño y á la pereza, puesto que un ser dominado por estos vicios no puede hacer nada útil ni para sí mismo ni para un amigo?—Es cierto.—¿Piensas, pues, que se debe uno alejar de un hombre al que dominan tales pasiones?—Sí.—Y aquel que gusta del despilfarro sin poder sostenerle, que necesita todos los días de la bolsa de sus amigos, que recibe siempre, sin estar en condiciones de devolver, y que se ofende cuando se niegan á prestarle, ¿no te parece una carga?—Sí.—Ahí tienes, pues, también un hombre de quien es preciso apartarse.—Seguramente.—¿Y si encontrásemos uno que supiese atesorar bienes, pero que, codiciando siempre nuevas riquezas, estuviese por eso mismo poco seguro en negocios, y le gustara mucho recibir y nada devolver?—Me parece que ese amigo sería peor que el primero.

—¿Y el que, siempre ávido de riquezas, hace de la ganancia su único estudio?—Sería necesario dejarle, pues sería inútil para el que le empleara. —¿Y el chismoso que quiere crear á sus amigos una multitud de enemigos?—Huyamos de él.—¿Y el hombre que no tiene ninguno de estos defectos, pero que gusta mucho de que se le complazca, sin tomarse el trabajo de demostrar su agradecimiento? —Ese sería también un amigo muy inútil.—Pero, ¿á quién elegiremos, pues?—Al que sea lo contrario de las gentes que acabamos de diseñar: enemigo de la molicie y de la sensualidad, fiel á su juramento, seguro en negocios, incapaz de ceder en generosidad, útil por eso mismo á los que tuviesen que tratar con él.—Pero, ¿cómo conocerle antes de probarle?—Cuando se quiere juzgar de un escultor, no se repara en sus discursos; pero cuando se ve á

uno que ha hecho ya bellas estatuas, se cree que hará también otras tan bellas.—Quieres decir que un hombre que se ha portado bien con sus primeros amigos da á los nuevos la esperanza de que no quedarán menos satisfechos de él.—Del mismo modo, un jinete al que yo hubiese visto hábil para domar unos caballos me parecería capaz de domar otros.—Bien está; pero, ¿cómo trabar amistad con el hombre que hallamos dígno de nuestra elección? —Primero, será preciso ver si los dioses nos aconsejan hacerle nuestro amigo.—Pero, supuesto que los dioses no nos sean contrarios, ¿cómo perseguir una presa tan preciosa?—No será á la carrera, como las liebres, ni con redes, como los pájaros, ni por la fuerza, como á un esclavo; pues los malos tratos los harían más bien enemigos que amigos.—¿Cómo hay, por tanto, que atraérsele?—Dicen que hay encantamentos que hacen amar á quienes los conocen, que existen filtros capaces de captarse los corazones que se quiere conquistar.—¿Dónde aprender estos secretos?—Has leído en Homero las palabras que las sirenas dirigieron á Ulises. He aquí su principio:

Acércate, ilustre Ulises, honor de los griegos.

—Pero, Sócrates, ¿por las mismas palabras encantaban y retenían á todos los demás navegantes?—No, no las dirigían sino á los corazones enamorados de la virtud.

—Dices, si no me engaño, que es necesario encantar al oyente por palabras tales que no crea que uno se mofa de él. Se haría odioso é insoportable para un hombre que sabe que es feo, pequeño y débil, el alabarle de ser hermoso, de gran talla y de una complexión robusta. ¿Pero conoces,

además, otros encantamentos?—No; pero he oído decir que Pericles conocía muchos, y los empleaba para hacerse amar de la República.—Y Temístocles, ¿cómo se había ganado los corazones?—Hizo grandes servicios: esos fueron sus encantamentos. —Es decir, que para adquirir verdaderos amigos hay que ser hombre de bien y hacer buenas acciones.—¿Creerías, pues, que siendo perverso pudiera uno procurarse amigos virtuosos?—¿Por qué no? Conozco malos retóricos que se han relacionado con oradores célebres, y gentes inhábiles en el oficio de la guerra que viven en la familiaridad de nuestros mejores generales.—Pero, ¿conoces, pues de eso se trata, gentes que, no siendo buenas para nada, se creen amigos útiles?—No, en verdad; pero si es imposible al malo ganar el corazón de las personas de bien, dime si basta ser honrado y virtuoso para hacerse amigo de los que lo son.

—Sin duda, Critóbulo, lo que te desconcierta es ver todos los días á gentes que hacen el bien, que se abstienen de las acciones vergonzosas, lejos de amarse, levantarse unas contra otras y tratarse más indignamente que lo harían los últimos hombres.—Y no es sólo entre los particulares donde reinan estas disensiones; las repúblicas mismas, que tienen la mayor estima por la virtud y horror por el vicio, se hacen á menudo la guerra mutuamente. Cuanto más pienso en ello, más desespero de encontrar amigos. Los malos no pueden amarse entre sí. Los ingratos, los corazones fríos, los avaros, los traidores, los libertinos, ¿serían dignos de la amistad? La Naturaleza los ha formado para odiarse. Has indicado muy bien que pueden pretender todavía menos la amistad de las personas de bien. Hacen el mal; ¿cómo han de agradar á los

que le odian? Pero si estos mismos que cultivan la virtud se disputan los primeros puestos, si se profesan mutuamente envidia, si se odian, ¿dónde buscar amigos? ¿dónde encontrar la benevolencia y la fidelidad?

—Nuestra cuestión, Critóbulo, se considera bajo varios aspectos. La Naturaleza ha puesto en los hombres los principios de la amistad y de la disensión: de la amistad, pues necesitan unos de otros, son sensibles á la piedad, encuentran su ventaja en ayudarse entre sí, y los socorros que reciben excitan su sensibilidad: de la disensión, pues teniendo todos las mismas ideas de los bienes y de los placeres, se combaten para procurárselos. La diversidad de opiniones los arma á unos contra otros; la cólera, las querellas, no les dejan paz; el furor de enriquecerse los divide; la envidia atiza el odio.

»Sin embargo, la amistad, deslizándose al través de todos estos obstáculos, reune á los corazones honrados por un motivo de virtud; éstos prefieren poseer en paz una fortuna limitada, que combatir para tenerlo todo. Cuando tienen hambre ó sed, comparten sin pena lo que tienen con los demás. Aunque la belleza los encanta, se arman contra sí mismos para no afligir á los que deben respetar. Moderados en sus deseos, si toman su parte de lo que les pertenece legítimamente, es para ayudarse entre sí con generosidad. Apaciguan las diferencias sin perjudicar á nadie; y por su utilidad recíproca, impiden á la cólera incurrir en excesos que causarían largos arrepentimientos. Extinguen enteramente la envidia, ya ofreciendo sus bienes á los amigos, ya considerando la fortuna de sus amigos como la suya.

»¿Por qué, pues, los hombres virtuosos no se sirven mutuamente, en lugar de perjudicarse en el

ejercicio de las magistraturas? Sin duda, que quienes no aspiran á los honores y á los cargos sino para enriquecerse, para oprimir impunemente y llevar una vida voluptuosa, no pueden ser sino injustos, malvados, insociables. Pero el que quiere elevarse para ponerse por encima de la injusticia, para socorrer á sus amigos y para servir á su patria, ¿por qué razón no podria estar de acuerdo con un ciudadano que se le asemeja? Unido con hombres virtuosos, ¿será por eso menos útil á sus amigos? Si tiene virtuosos cooperadores, ¿servirá por eso menos á su país? Es cierto que si en los juegos gímnicos estuviera permitido á los mejores combatientes reunirse contra los débiles, vencerían en todos los combates y obtendrían todos los premios. Tales ligas están prohibidas; mientras que en los negocios de Estado, donde dominan los más virtuosos, no está impedido unirse con quien se quiere para hacer el bien general. ¿Cómo no se comprendería, por tanto, la importancia de buscar amigos honrados y de tenerlos por asociados y por cooperadores, más bien que por antagonistas?

»Además, está claro que en toda disensión se necesitan defensores, y en mayor número si se contiende contra hombres de mérito: no es menos evidente que hay que comprar su adhesión á fuerza de beneficios. Pero ¿no es preferible hacer bien á los buenos en menor número que á los malos más numerosos, ya que éstos necesitan más bienhechores que las gentes honradas?

»Anímate, pues, Critóbulo; esfuérzate en ser virtuoso, y persigue la amistad de las personas honradas. Tal vez no te fuera yo inútil en esta especie de caza, porque no soy torpe en amor. Ataco vivamente á aquellos por quien tengo inclinación; quiero á los que me aman y me desean como yo los

amo y los deseo; que soliciten ellos mi sociedad, como yo solicito la suya. Veo que mi indicación no te será inútil para crearte amigos; no me ocultes entonces tus inclinaciones. Como he estudiado para agradar á los que me agradan, creo no carecer de experiencia en el arte de ganar á los hombres.

—Hace mucho tiempo, respondió Critóbulo, que tengo deseos de aprender este arte, sobre todo si me basta para atacar á los que poseen la bellesa del cuerpo, como á los que tienen las virtudes del alma.

—Pero, Critóbulo, no pertenece á mi arte hacer violencia para cautivar la belleza. Estoy persuadido de que los hombres huían de Scylá porque usaba de fuerza, mientras que se detenían ante el canto de las sirenas, que, sin obligar á nadie, hacían oir de lejos sus acentos mágicos.—Sócrates, yo no usaré de violencia. Así, enséñame los medios propios que conozcas para ganar amigos.—No abrazarás más.—Te lo aseguro, Sócrates, á menos que se trate de personas bellas.—Critóbulo, caes al instante mismo en un error. Las personas bellas no sufren esas libertades, pero las feas las permiten con gusto; saben que no se les atribuye sino la belleza del alma.—Pues bien, no abrazaré afectuosamente mas que á los buenos. Enséñame, por tanto, sin temor, el arte de ganar amigos.

—Cuando quieras ser amigo de alguno, me permitirás decirle que eres su admirador y que quieres ser su amigo.—Con gusto, pues no conozco hombre que quiera mal al que le alaba.—Y si añado que admirándole te le atraes también, ¿no te hallarás ofendido?—Yo mismo me siento con inclinación por quien me parece tener afecto hacia mi.—Me permitirás, pues, hablar así á aquellos cuya amistad deseas. Y si me dejas también la libertad de decir

que no olvidas á tus amigos; que tu gran placer es tenerlos buenos; que sus buenas acciones te hacen estremecer de alegría como si fueran las tuyas; que su prosperidad constituye tu gozo y tu propia felicidad; que para contribuir á ella haces esfuerzos constantes; que, finalmente, estás convencido de que la virtud de un hombre está en castigar á sus enemigos y en vencer á sus amigos en beneficios; empleando ese lenguaje, creo que te ayudaré mucho á crearte buenos amigos.—Pero, ¿por qué hablar así, como si no pudieses decir de mí todo lo que quieras?—No, en verdad, si he de creer á Aspasia. Ella pretendía que las mujeres hábiles para combinar matrimonios hacían servicio cuando los elogios que tributaban eran merecidos; pero que no servían en caso contrario, porque dos esposos engañados se odian, y detestan al mismo tiempo á la persona que los ha unido. Convencido de esto, tengo razón para creer que no me es lícito mentir alabándote.

—Un sabio como tú no puede ayudarme á encontrar amigos, sino en tanto que me crea digno de tenerlos; y si me juzga indigno de ello, no querrá mentir por mi interés.

—¿Y piensas que te serviría más dándote falsas alabanzas que exhortándote á hacer esfuerzos para adquirir buenas cualidades? Si lo dudas, reflexiona sobre lo que voy á decirte. Para ponerte en relación con un piloto, si yo le hiciera creer que entiendes bien su oficio, y por mi palabra te confiase su embarcación, no conociendo nada de las maniobras, ¿no temerías perecer con la embarcación? Supón que yo fuese bastante buen mentiroso para persuadir á la República de que se entregase á ti porque eras gran general, hábil en política ó en la administración de la justicia, ¿no te representas

todos los males que experimentarías con ello? Si yo engañase á un particular y le decidiese á confiarte su casa como á un perfecto administrador, ¿qué ganarías en la prueba? Causar perjuicio y cubrirte de ridículo.

»Sí, Critóbulo, el medio más corto, el más seguro, el más glorioso de pasar por hombre de bien, es trabajar para serlo. Considera lo que en el mundo se llaman virtudes, y verás que se fortifican por el estudio y el ejercicio. Nuestro deber es buscarlas. Si piensas de otro modo, no dudes en decírmelo. —Me avergonzaría de oponer algo á tus sentimientos: no alegaría nada honrado, nada verdadero.»

CAPITULO VII

Cuando los amigos de Sócrates se hallaban apurados por ignorancia, procuraba él sacarlos de ésta por sus consejos: si la pobreza era la causa de su angustia, los enseñaba á prestarse socorros mutuos. Voy á referir lo que sé sobre este particular.

Veía á Aristarco triste: «Me parece, le dijo, que tienes pena; ese es un peso que se debe compartir con los amigos: tal vez nosotros te podamos consolar.—Estoy en un gran apuro, Sócrates, desde las últimas agitaciones que han obligado á muchos ciudadanos á refugiarse en el Pireo; mis hermanas, mis sobrinas, mis primas abandonadas, han venido todas á caer sobre mí, de manera que hay en mi casa catorce personas libres. No sacamos nada, ni de nuestras tierras, que están en poder de los ene-

migos, ni de nuestras casas, puesto que la ciudad está desierta. Nadie quiere comprar muebles: dinero no se presta ya. Sería, creo yo, más fácil encontrarlo en las calles, que tomarlo prestado. Es muy triste, Sócrates, ver á la familia perecer de miseria: no se puede alimentar á tanta gente en estas circunstancias.»

Sócrates, después de haberle escuchado bien, repuso: «Pero, ¿cómo se comprende entonces que Ceramon, que da de comer á tantas personas, tenga bastante para las necesidades de todas y las suyas propias, y que haga incluso suficientes economías para enriquecerse, mientras que tú temes perecer de necesidad porque tienes varias personas á quienes sustentar?—Es que él alimenta á esclavos, y yo á personas libres.—¿Estimas más á esas personas libres que tienes en tu casa, ó á los esclavos de Ceramon?—Desde luego, á las personas libres que tengo en mi casa.—¿No es, pues, vergonzoso que Ceramon se procure la comodidad con hombres viles, y que tú estés en la miseria con personas mucho más dignas de consideración?—Pero él se carga de obreros, y yo de parientas educadas noblemente.

—¿Los obreros no son hombres que saben hacer cosas útiles?—Sin duda.—¿No es útil la harina? —Seguramente.—¿Y el pan?—Lo mismo.—¿Y los mantos de los hombres y de las mujeres, las túnicas, las clámides (1) y las exómides? (2).—Todo eso es muy útil.—¿Y tus parientas no saben hacer nada de todo eso?—Creo todo lo contrario.—Para no hablar sino de una sola de estas industrias, del cuidado de hacer la harina, ¿ignoras que Nausicydes no solamente se alimenta él y sus esclavos, sino

(1) Especie de casaca.
(2) Manto de lana fina y preciosa.

que también sostiene rebaños de puercos y de bueyes, y hace ahorros bastante grandes para subvenir á menudo á las necesidades del Estado? ¿que Cirebo, que hace pan, mantiene á toda su familia y vive muy contento? Demeas de Collito vive de las clámides y Menon de los clanidiones (1) que fabrica; y que la mayoría de los habitantes de Megara se alimenta trabajando en exómides.—Convengo en ello: es que compran bárbaros, á los que obligan al trabajo, lo cual no podría censurarse, mientras que yo empleo á personas libres, mis parientas.—Y porque son libres y parientas tuyas, ¿piensas que no deben hacer otra cosa sino comer y dormir?

»Entre las personas libres, ¿cuáles te parecen más afortunadas, las que viven en esta ociosidad ó las que se ocupan en las cosas útiles que saben? ¿Te parece que la pereza y la ociosidad ayudan mucho á aprender lo que conviene saber, á retener lo que se ha aprendido, á mantener la salud, á fortificar el cuerpo, á procurarse la comodidad y á conservarla, y que el trabajo y la aplicación no sean buenos para nada? ¿Han aprendido tus parientas todo lo que dices que saben como cosas inútiles para la vida y de las cuales no querían hacer ningún uso, ó como cosas á las cuales habían de dedicarse y de las que sacarían partido? ¿A quiénes llamaremos sabios? ¿á los perezosos ó á los hombres ocupados en objetos útiles? ¿Cuáles son los más justos? ¿los que trabajan ó los que sueñan cruzados de brazos en los medios de subsistir? En este momento, estoy seguro de ello, no quieres á tus parientas, porque comprendes que te arruinan; y ellas no te quieren, porque te ven agobiado por ellas. Es de temer que pronto la frialdad se cambie

(1) Especie de túnicas sin mangas.

en odio, y que el recuerdo de los beneficios pasados se debilite. Pero si trabajan ante tu vista, las amarás, viendo que te son útiles; ellas te querrán porque reconocerán que te agradan. Y recordaréis con más placer vuestros servicios mutuos; este recuerdo se unirá al agradecimiento, y os convertiréis en mejores amigos y mejores parientes.

»Si se tratara de acciones vergonzosas, habría que preferir la muerte; pero lo que saben hacer tus parientas es lo que conviene mejor á su sexo, y lo que se sabe se ejecuta con facilidad, prontitud y placer. No tardes en hacerlas una proposición que no les será menos útil que á ti mismo, y que recibirán sin duda con alegría.—En verdad, Sócrates, me das un excelente consejo. Hasta ahora no me atrevía á tomar dinero, porque sabía que, no teniendo ya que recibir más en lo sucesivo, no estaría en condiciones de devolverlo: creo poder tomar prestado ahora para comenzar los trabajos.» Desde este momento se hallaron los fondos y fué comprada la lana: ellas comían trabajando; acabado el trabajo, cenaban. La tristeza cedió el puesto á la alegría, la sospecha á la confianza. Amaron á Aristarco como á su protector; él las amaba también: le eran útiles.

Finalmente, volvió á ver á Sócrates, y le contó alegremente esta revolución. «No hay nadie mas que yo, añadía, que sea reprendido en la casa, porque como sin hacer nada.—¿No les cuentas la fábula del perro? En la época en que hablaban las bestias, una oveja dijo á su amo: Encuentro muy extraño que á nosotras que producimos lana, corderos y quesos no nos des nunca sino lo que arrancamos de la tierra, y que á tu perro, que no te reporta ningún provecho, le des parte del mismo pan que comes. El perro la escuchaba. ¡Qué gran injus-

ticia es esa, cuando soy yo quien os guarda, cuando sin mí seríais presa de los ladrones ó pasto de los lobos; cuando, si yo no hiciera de centinela á vuestro alrededor, el miedo os impediría hasta ir á pacer! Las ovejas, convencidas, encontraron bien que el perro fuese el preferido. Di del mismo modo á tus mujeres que eres para ellas el perro de la fábula, que eres tú quien las guarda, quien vela por ellas, y que por ti, puestas al abrigo de la injusticia, viven y trabajan seguras y con alegría.»

CAPITULO VIII

Sócrates encontró por casualidad á un antiguo camarada que no había visto hacía mucho tiempo: «¡Eh! ¿de dónde vienes, Euterio?—Al fin de la guerra viajé por el extranjero; ahora estoy aquí entre vosotros. Me quitaron todos los bienes que tenía al otro lado de las fronteras; mi padre no me ha dejado nada en el Atica: me veo obligado, ahora que estoy aquí, á trabajar para vivir. Creo que es preferible eso á pedir nada á nadie, sobre todo no teniendo ya nada que dar en prenda.—¿Y cuánto tiempo tendrás todavía bastante fuerza para trabajar en ganar tu vida?—No mucho tiempo, en verdad.—Sin embargo, cuando seas viejo, tendrás gastos que hacer, y nadie querrá emplearte en trabajos corporales.—Dices verdad.—Harás, pues, mejor en entregarte desde ahora á ocupaciones que pongan tu vejez al abrigo de la miseria: preséntate en casa de un rico que necesite administrador para vigilar

á sus obreros, hacer las cosechas, conservar lo que le pertenece; y presta servicios que se paguen con reciprocidad.—Pero esa es una servidumbre que soportaría con trabajo.—Los que están á la cabeza del Estado y dirigen sus asuntos, ¿son considerados entonces como esclavos? ¿No se les considera, por el contrario, como más libres que los demás hombres?—Yo no podría de ningún modo someterme á la censura de nadie.—Euterio, no es fácil imaginar algo que no pueda censurarse. Es difícil obrar tan bien que se esté exento de defectos; y aun cuando no se cometieren, es difícil no encontrar jueces ineptos. Y me asombraría mucho que en lo que te ocupa ahora estuvieras por encima de la crítica. Es necesario, pues, que evites á las gentes propicias á condenar, y que te juntes con los que juzgan sanamente; atenerte á lo que estás en condiciones de hacer, desconfiar de lo que es superior á tus fuerzas, poner todos tus cuidados, toda tu inteligencia en cumplir bien lo que hayas emprendido. Este es, creo yo, el medio de experimentar la menor cantidad de reproches, de hallar alivio á la miseria, de vivir holgadamente y sin temor, procurándote recursos para la vejez.»

CAPITULO IX

Critón decía un día á Sócrates que era muy difícil vivir en Atenas y velar uno por su fortuna. «Todos los días quieren formarme proceso, añadía; no es que tenga nadie que quejarse de mí; pero se sabe muy bien que prefiero dar dinero á tener cues-

tiones.—Dime, Critón, le respondió Sócrates, ¿alimentas perros para que alejen á los lobos de tus rebaños?—Sin duda, y me va muy bien con este gasto.—¿No deberías alimentar también á un hombre que tuviese poder y voluntad para dar caza á los que tratan de perjudicarte?—No dudaría, si no temiese que se volviera él mismo contra mí. —¡Cómo! ¿no ves que hay más placer y provecho en complacer á Critón que en crearse con él un enemigo? Sabe que no faltan aquí gentes que ambicionarían tu amistad.» Entre ellos descubrieron á Arquidemo, ciudadano elocuente, versado en los asuntos y pobre al mismo tiempo; pues no era hombre que pusiera á todo el mundo indistintamente á contribución; pero amaba la justicia, y le parecía muy fácil sacar dinero de los sicofantes.

Critón no recibía de sus casas de campo trigo, aceite, vino, lana ú otras provisiones semejantes sin enviarle parte de ellas. Todas las veces que sacrificaba le invitaba á la comida; no le olvidaba en ninguna de estas ocasiones. Arquidemo, viendo que le era ofrecida la casa de Critón, se adhirió por completo á su bienhechor. No tardó en descubrir que los enemigos de Critón eran gentes cubiertas de infamia y cargadas con el odio público. Citó á uno en justicia para hacerle condenar á un castigo corporal ó á una multa. El acusado, á quien su conciencia hacía muchos reproches, apelaba á todo para ser libertado; pero aquél no desistió hasta que el otro hubo dejado en paz á Critón y le dió además dinero. No fué éste el único servicio de ese género que hizo á su bienhechor. Cuando un pastor posee un buen perro, los demás pastores llevan sus rebaños cerca del suyo, á fin de que estén seguros bajo la misma defensa: los amigos de Critón le rogaron, pues, que los pusiese bajo la custodia

de Arquidemo. Este, por su parte, complacía con gusto á Critón, que vivía seguro, lo mismo que sus amigos; y si un enemigo le reprochaba que el interés le había hecho adulador de Critón, respondía: «Complacer á personas honradas que nos complacen, entrar en su amistad para declarar la guerra á los malos, ¿será eso una mala acción? Censura más bien á los que se esfuerzan en perjudicar á las personas honradas, de las cuales se declaran enemigos, y, uniéndose de preferencia con los malos, compran su amistad por culpables servicios.» Arquidemo fué considerado siempre después por los amigos de Critón, quien por su parte le incluía en el número de ellos.

CAPITULO X

Sócrates decía un día á su amigo Diodoro: «Si uno de tus esclavos huyese, ¿te incomodarías en volverle á encontrar?—Seguramente, y, prometiendo recompensa, excitaría á otros á secundarme en esta busca.—Y si uno de ellos cayese enfermo, ¿no llamarías á médicos para salvarle la vida?—Sin duda.

—Y si un hombre conocido tuyo, que podía serte mucho más útil que tus esclavos, estuviese amenazado con perecer de miseria, ¿juzgarías oportuno darle tu ayuda para conservarle? Sabes que Hermógenes no es un ingrato; se avergonzaría de recibir de ti ningún servicio sin servirte á su vez. Y un hombre que te serviría con afecto y buena voluntad, que no te abandonaría, que, en con-

diciones de secundar tus deseos, podría hasta prever por sí mismo y adivinar lo que te interesa; un hombre semejante, ¿no sería preferible á todos tus esclavos? Los buenos administradores nos prescriben comprar una mercancía preciosa, cuando la encontramos á bajo precio. Pues bien; en la época en que vivimos pueden procurarse á poca costa buenos amigos.

—Hablas perfectamente: di, pues, á Hermógenes que pase por mi casa.—En verdad, Diodoro, que no haré nada de eso. Creo que te corresponde á ti ir á buscarle, y que la cosa te interesa aún más particularmente que á él.» Diodoro fué, pues, á casa de Hérmógenes. Le costó poco hacerlo; y tuvo un amigo que no obraba ni hablaba sino para servirle y agradarle.

LIBRO TERCERO

CAPITULO I

Voy á referir cómo se hacia Sócrates útil á los que ambicionaban los cargos públicos, enseñándoles á no limitarse á conocimientos superficiales.

Dionysodoro, al llegar á Atenas, se anunciaba para dar lecciones en el arte militar. Sócrates señala á uno de sus oyentes, celoso de distinguirse por la gloria de las armas: «Joven, le dice, ¿no sería vergonzoso que el que quiere verse un día á la cabeza de los ejércitos descuidase los principios del arte de mandar, cuando puede instruírse en él? Merecería ser castigado severamente, todavía más que un desaprensivo que se pusiera á hacer estatuas sin conocer la estatuaria. En los peligros de la guerra, la suerte del Estado se confía al general; tanto sirve á la patria con su buena conducta, como la perjudica por sus faltas. ¿Cómo no sería justo castigar á un hombre que solicitase con empeño los

cargos militares sin ponerse en condiciones de cumplirlos?»

Este discurso comprometió al joven á ponerse bajo la dirección de Dionysodoro. Después de haber tomado sus lecciones, volvió á ver á Sócrates. «Amigos míos, dijo el sabio chanceándose, sabéis que Homero, al hablar de Agamenón, le llama venerable: ¿no encontráis á este joven más venerable que antes, ahora que sabe mandar los ejércitos? Pues el que sabe tocar la cítara es un tocador de cítara, aunque no la toque; cuando se conoce la medicina, no se deja de ser médico por no ejercer: así, este joven es desde ahora general de ejército, aunque nadie le lleve al mando, mientras que, falto de conocimientos, no se es ni general ni médico, aun con todos los votos del mundo entero en su favor.»

Luego, dirigiendo la palabra al joven: «Como podría suceder á cualquiera de nosotros ser taxiarca ó locago, á fin de que no estemos enteramente ignorantes en el arte militar, dime por dónde ha comenzado el maestro á enseñártele.—Las primeras lecciones han sido las mismas que las últimas; pues me ha enseñado la táctica y nada más.—Pero eso no es sino una escasa parte del arte militar. Es necesario también que un general se ocupe en los preparativos de la guerra; que provea á las necesidades del soldado; que tenga inventiva, sea laborioso, cuidadoso, paciente, y se halle dotado de una gran presencia de ánimo; que sea á la vez indulgente y severo, franco y astuto, hábil para sorprender y para mantenerse en guardia, pródigo y rapaz, liberal y avaro, comedido y emprendedor; finalmente, que tenga otras mil cualidades naturales y adquiridas, todas necesarias á un buen general.

»Existe también la gloria de saber formar las

tropas. En efecto, ¡qué diferencia entre un ejército bien formado y las tropas en desorden! Piedras, ladrillos, madera, tejas, lanzados confusamente acá y allá, no sirven de nada; pero si se emplean en los cimientos y en los techos los materiales que la humedad no puede ni pudrir ni disolver, como las piedras y las tejas, y se colocan en medio los ladrillos y las maderas, según las reglas de la arquitectura, se hace una cosa preciosa que se llama un edificio.—Eso que dices, interrumpió el joven, tiene mucha relación con el arte militar; pues se debe colocar en las primeras y en las últimas filas á las mejores tropas, y poner en el centro el desecho del ejército, que se halla así dirigido por los unos y empujado por los otros.—Muy bien, repuso Sócrates, si has aprendido á distinguir los buenos y los malos soldados. De otra manera, ¿para que te serviría tu ciencia? Supongamos que se te hubiera encargado de arreglar el dinero, de poner en los primeros y en los últimos rollos las piezas de buena ley, y en el centro las de vellón, ¿qué harías si no supieras distinguir la buena moneda y la falsa? —No me lo ha enseñado; corresponde á nosotros distinguir por cuenta propia los buenos y los malos soldados.—¿Por qué no examinaríamos los medios para no engañarnos?—Hagámoslo.—Si hubiera que tomar dinero, ¿no haríamos bien en colocar los primeros á los más codiciosos?—Creo que sí.—Donde es apremiante el peligro, ¿no se debe colocar á los amantes de la gloria?—Sí, puesto que para ser alabados sólo piden desafiar el peligro. Aquéllos no son difíciles de descubrir; se muestran por todas partes.

—Pero, ¿te ha enseñado á poner un ejército en orden, y, además, dónde y cómo hay que usar de las diversas maneras de formarlo?—De ningún modo.—Sin embargo, en mil circunstancias, no

conviene ni formar ni dirigir á las tropas en el mismo orden.—Te juro que no me ha explicado nada de eso.—Vuelve, pues, hacia él, é interrógale. Si es instruído y tiene alguna vergüenza, se sonrojará por haberte despedido con tan escasas lecciones, tomando tu dinero.

CAPITULO II

Encontró un día á un ciudadano que acababa de ser elegido general. «Homero, le dijo, llama á Agamenón el pastor de los pueblos; ¿no es porque, semejante á un pastor que vela por la salud de sus rebaños y por sus necesidades, el general debe cuidar la vida de sus soldados, procurarles municiones suficientes y cumplir el objeto que le hace tomar las armas? Pero no se toman sino para vencer y vivir más afortunado que los enemigos.

»¿Por qué Homero alaba también á Agamenón

de ser á la vez buen rey y valiente guerrero?

»Es indiscutible que era valiente guerrero, no sólo combatiendo con valor, sino comunicando su ardor á las tropas; buen rey, no procurándose á sí mismo los placeres de la vida, sino haciendo la felicidad de los que gobernaba. Se elige á un rey, no para que se ocupe en su prosperidad personal, sino para que haga dichosos á aquellos que le han elegido. Todos los pueblos combaten para llegar á la mayor felicidad, y si nombran generales, es para tener

guías que los conduzcan á ella. Es preciso, pues, que un general abra su camino á los que le han proclamado, y si triunfa, nada más glorioso; pero ¡qué más vergonzoso que lo contrario!»

De este modo, investigando cuál había de ser la virtud de un buen jefe, Sócrates daba de lado á todas sus demás obligaciones, y sólo le pedía que hiciese la felicidad del pueblo que mandaba.

CAPITULO III

No he olvidado la conversación que tuvo con un ciudadano que acababa de ser nombrado hiparco. «Joven, le dijo, ¿podrías hacerme saber por qué has ambicionado este cargo? No sería, sin duda, para marchar á la cabeza de los jinetes: ese es un honor del que gozan los arqueros á caballo; preceden hasta á los hiparcos.—Tienes razón.—No sería tampoco para hacerte conocer, pues no hay gentes más conocidas que los locos.—Eso que dices es también cierto.—¿Sería porque has creído poder ejecutar reformas útiles en la caballería, y hacer, á la cabeza de ese cuerpo, grandes servicios al Estado?—Seguramente.—Proyecto noble, si puedes cumplirlo. En resumen, ¿te han elegido para dirigir á los caballos y á los jinetes?—Precisamente.—Dinos pues, primero, cuáles son tus ideas para hacer á los caballos un buen servicio.—Eso no es de mi incumbencia: corresponde á cada jinete cuidarse de lo que le afecta.—Y si te llevan caballos que estén débiles, malos de pies y de piernas, ó tan delgados

que no puedan andar, ó tan fogosos que no permanezcan donde los hayas colocado, ó tan reacios que sea imposible incluso ponerlos en fila, ¿qué partido sacarás de esta caballería, ó cómo podrás, mandándola, servir á la República?—Tienes razón; procuraré en lo que pueda estar á la mira de los caballos.

—Y á los jinetes, ¿no tratarás de hacerlos más hábiles?—Seguramente.—Primero los formarás para saltar con más ligereza á caballo.—Eso es importante; pues si sufrieran una caída, se salvarían con más facilidad.—Y cuando se trate de llegar á las manos, ¿ordenarás á los enemigos que se reunan en la llanura donde tienes costumbre de maniobrar ó intentarás hacer tus ejercicios en todas las clases de terrenos donde puede encontrarse al enemigo?—Eso será, sin duda, mejor.—¿No les acostumbrarás también á arrojar el dardo á caballo? —Eso será todavía mejor.—¿Piensas, para aumentar su valor, en estimularlos, en provocarlos contra el enemigo?—Si he dejado de hacerlo hasta aquí, por lo menos pensaré en ello en lo sucesivo.

—¿Has reflexionado también sobre el medio de hacerse obedecer? Porque sin disciplina no tendrás ni buenos caballos ni valerosos jinetes.—Dices verdad; pero ¿cuál es el medio de someterlos á la obediencia?—Has podido notar que siempre se someten los hombres con gusto á aquellos que creen más hábiles; así, en las enfermedades, se obedece ciegamente al médico que se juzga más experimentado; en cosas de mar, al más célebre piloto; en cuestión de agricultura, á un agricultor renombrado.—Eso es cierto.—Es, pues, probable que para la dirección de la caballería se obedezca con preferencia al que se vea que reune los conocimientos necesarios. —Para ser obedecido, Sócrates, ¿me bastará demos-

trarles que los aventajo en talento?—Sí, si les pruebas también que de esta sumisión dependen su gloria y su conservación.—¿Y cómo demostrárselo? —Mucho más fácilmente, en verdad, que si hubiera que enseñarles que el mal es preferible al bien y más ventajoso.

—Según eso, pretendes que el hiparco debe, además, ejercitarse en el uso elocuente de la palabra. —¿Esperarías mandar en silencio? ¿No has notado que los mejores conocimientos recomendados por las leyes del país, los que nos dan reglas de conducta, nos han sido comunicados por la palabra? Si existe alguna otra ciencia digna de nuestra estima, la recibimos por la palabra: los mejores maestros emplean la palabra sobre todo, y los sabios, instruídos en las más importantes verdades, son al mismo tiempo los que hablan mejor.

»Cuando se forma un coro de músicos de Atenas, tal como el que se envía solemnemente á Delos, ¿notas que ningún país rivalice con él, que ninguna ciudad suministre tantos hombres hermosos?—Dices verdad.— Pero nuestros atenienses no triunfan tanto por la belleza de la voz ó por la fuerza y las hermosas proporciones del cuerpo, como por el amor á la gloria, que los excita á las grandes empresas. —Eso es también una verdad.—¿Y no crees que, si se cuidase de nuestra caballería, aventajaría á todas las demás por la elección y la conservación de las armas y de los caballos, por la precisión de las evoluciones, por la intrepidez en los peligros, siempre que estuviese persuadida de que esos son medios de obtener alabanzas y gloria?—Así lo pienso.—Pues bien, ¿á qué tardas? Compromete á tu tropa para que te honre sirviendo bien á la patria.—Por lo menos, lo intentaré.»

CAPITULO IV

Vió un día á Nicomaquides que salía de la asamblea electoral: «¡Hola! Nicomaquides, ¿qué generales acaban de darnos?—¡Ah, Sócrates! ¿no han cometido los atenienses la injusticia de olvidarme, ¡á mí, que he encanecido en el servicio como soldado, como locago, como taxiarca! ¡á mí, que he recibido tantas heridas! (al decir eso descubría su pecho al desnudo y mostraba las cicatrices), mientras que han elegido á Antístenes, él, que no ha servido nunca en calidad de hóplita, que no se ha distinguido nunca en la caballería, que no sabe sino amontonar dinero?

—¿No es una gran cosa que esté en condiciones de abastecer á sus soldados?—Un comerciante sabe hallar dinero; ¿se deduce de aquí que sea capaz de mandar los ejércitos?—Pero Antístenes ama el honor, cualidad necesaria á un general. ¿No ves que todas las veces que ha sido corego ha obtenido el premio?—Eso es cierto; pero Sócrates, ¿qué relación hay entre dirigir coros y mandar un ejército? —Mi querido Nicomaquides, Antístenes, que no sabe cantar, y que ignora la ciencia de los coros, ¿no ha tenido el talento de elegir los mejores músicos?—¿Y deduces de eso, Sócrates, que encontrará también oficiales que pondrán por él las tropas en orden de batalla, y soldados que combatirán?—Probablemente, si encuentra los guerreros más valientes, como ha encontrado los mejores músicos, tendrá ventaja, por lo menos en esta parte; y pienso

que preferirá gastar sus bienes para obtener sobre el enemigo una victoria que interesa á toda la República, mejor que para ganar en los combates de los coros un premio que no honra sino á su tribu.

—¿Dices, pues, Sócrates, que el mismo hombre que dirige bien los coros mandará bien los ejércitos?—Digo, por lo menos, que un hombre que, en todo lo que dirige, conoce cuanto es preciso, y que tiene el arte de procurárselo, triunfará, bien presida los coros, bien dirija una casa, bien gobierne un Estado, bien mande un ejército.—En verdad, Sócrates, yo no me esperaba oirte decir que los buenos administradores fuesen buenos generales.—Pues bien, investiguemos cuáles son los deberes de uno y de otro; veremos si son los mismos ó si se diferencian.—Muy bien.—¿No deben mantener los dos en la obediencia y la sumisión á los que gobiernan? —Seguramente.—¿No deben emplear los dos tan sólo á personas hábiles?—Sin duda.—Yo creo que deben los dos castigar á los malos y recompensar á los buenos.—Así lo reconozco.—¿No harán bien el uno y el otro en ganarse el cariño de aquellos á quienes mandan?—Sí.—¿No tienen interés en crearse amigos para ser socorridos en caso de necesidad? —El mayor interés.—¿No deben los dos guardar con vigilancia lo que les pertenece?—Eso es evidente.—Es necesario, por tanto, que sean igualmente exactos para cumplir sus deberes, y amigos del trabajo.

—En todo eso, lo confieso, las relaciones son sorprendentes; pero combatir no es el deber del uno y del otro.—¡Cómo! ¿no tienen los dos enemigos? —Sin duda.—¿No les es, por tanto, ventajoso vencerlos?—Pero, dejando eso aparte, ¿para qué servirá la ciencia económica cuando haya que combatir?—Entonces es cuando servirá más. Un buen

administrador que sabe que nada es más útil, más provechoso que vencer, y nada más perjudicial, más ruinoso que ser vencido, buscará con ardor y se procurará lo que contribuye á la victoria; examinará con cuidado lo que ocasionaría su derrota, y se guardará de ello. ¿Se ve en una posición que promete la victoria? Combatirá. Pero se guardará bien de empeñar la acción si no está preparado para ello.

»Nicomaquides, no desprecies á los buenos administradores. Sólo por el número se diferencian los negocios de un particular de los negocios públicos. Lo esencial es que los unos y los otros no se traten mas que por hombres; que son los mismos que rigen los asuntos del Estado y los de los particulares. Cuando se tienen las riendas del gobierno, no se emplean otros hombres sino aquellos de los cuales se sirven los padres de familia para sus asuntos particulares; y quienquiera que sabe emplearlos, triunfa en la economía como en la política, mientras que sin este talento no se cometen mas que faltas en la una y en la otra.»

CAPITULO V

Sócrates tuvo un día una conversación con el hijo del célebre Pericles. «Espero, le dijo, que, si mandas un día nuestros ejércitos, la República hará la guerra con más éxito y gloria, y que triunfará de sus enemigos.—Quisiera, respondió el joven Pericles, justificar tus esperanzas; pero no veo los

medios para ello.—¿Quieres, replicó Sócrates, que discurramos sobre ello?—Ciertamente que sí.

—¿Sabes que la población de Atenas no es menos numerosa que la de la Beocia?—Lo sé.—¿Dónde crees que pueden reclutarse tropas mejores, en el Atica ó en la Beocia?—También en este punto creo que lleva la ventaja Atenas.—¿En cuál de los dos pueblos ves reinar mejor la concordia?—En los atenienses; pues muchos beocios están mal dispuestos respecto á los de Tebas, que los oprimen; esto no lo veo en Atenas.—Pero los beocios son naturalmente agradecidos y amigos del honor; carácter que excita á los hombres á desafiar los peligros por la gloria y por la patria.—Los atenienses no se quedan atrás en estas cualidades.—Por lo menos, ninguna nación contaría un número mayor de hermosas acciones que hayan hecho ilustres á sus antepasados. Estos ejemplos elevan el alma, excitan á la virtud y enardecen el ánimo.

—Todo eso que dices es cierto, Sócrates, pero ves que desde la cuestión de Lebudia, donde hemos perdido mil hombres con Tolmides, y desde el fracaso de Hipócrates ante Delium, nuestra gloria se ha humillado ante los beocios; y el orgullo tebano nos ha desafiado de tal modo, que los beocios, que antes no se atrevían á resistirnos, ni aun en sus fronteras, sin el auxilio de Lacedemonia y del resto del Peloponeso, amenazan ahora con caer sobre el Atica con sus propias fuerzas. Nosotros, que asolábamos la Beocia cuando estaba sola, tememos ahora que los beocios devasten el Atica. —Lo sé; y eso mismo es lo que me persuade de que nuestra República obedecerá con más gusto á un buen general: pues si demasiada seguridad engendra la apatía, la indolencia y la indisciplina, el temor hace á los hombres más vigilantes, más sumi-

sos, más fieles al buen orden. Vemos la prueba de ello en los marineros: mientras que no temen nada, se entregan al desorden; pero cuando temen á la tempestad ó al enemigo, obedecen á la voz del que los manda y esperan sus órdenes en silencio; de esa manera es como se regulan los coros según los gestos y los movimientos del maestro de juegos.

—Suponiendo que los atenienses obedezcan, replicó Pericles, dime cómo se podría alentarlos, aguijonearlos por el recuerdo de la virtud, de la gloria, de la felicidad de sus antepasados.—Si quisiéramos que reivindicasen riquezas que estuvieran en otras manos, ¿no sería el mejor medio para excitarles á recuperarlas demostrarles que vienen de sus padres y que son su patrimonio? Queremos elevarlos por encima de los demás pueblos por la virtud; es preciso, por consiguiente, demostrarles que este primer puesto les pertenecía con mucha antigüedad, y que al reconquistarle eclipsarán por su sabiduría á todas las demás naciones.—¿Y cómo darles esta instrucción?—Recordándoles á esos antiguos y venerables antepasados, cuyas virtudes han oído celebrar ellos mismos.

—¿Queréis hablarles, dijo Pericles, de esa desavenencia de los dioses, de la cual fueron elegidos árbitros los atenienses, por motivo de su virtud, bajo el reinado de Cécrope? Hablo también del nacimiento y de la educación de Erecteo, y de la guerra que en su tiempo se verificó en todo el continente vecino, de la que sostuvieron contra los pueblos del Peloponeso en tiempo de los Heráclidas, y finalmente, de todas las demás guerras de la época de Teseo, en las cuales se mostraron los hombres más valientes de su siglo. Si quieres, recuérdales también lo que está más cerca de nosotros, las hazañas de sus descendientes. Represéntaselos, ya luchando sólo

con sus fuerzas contra el pueblo que, dominador de toda el Asia y de Europa hasta Macedonia, y heredero de un imperio floreciente y de grandes medios de prosperidad, se había hecho después célebre por brillantes hazañas; ya cubriéndose de gloria en tierra y en mar con el auxilio de los pueblos del Peloponeso, que gozaban entonces á su vez de tan alta reputación de valor.—Tienen, en efecto, esta elevada reputación.—Refiéreles también que, á pesar de tantas emigraciones por parte de los griegos, los atenienses han permanecido siempre en su país; que varios los han elegido por árbitros de sus diferencias, sometiéndose al juicio de los atenienses, y que los pueblos oprimidos han implorado su protección.

—Sócrates, me asombro de esta decadencia de nuestra República.—Por lo que hace á mí, Pericles, pienso que si los atenienses han degenerado, es porque, después de haber triunfado mucho sobre los demás pueblos, se han abandonado, semejantes á algunos atletas que, por haber obtenido con frecuencia la victoria, caen en la indolencia y se hacen inferiores á sus adversarios.—Y ahora, ¿qué es preciso que hagan para recobrar su antigua virtud?—Nada maravilloso, en mi opinión. Que estudien las costumbres de sus antepasados, que estén tan fuertemente ligados á ellas como sus padres; entonces no les cederán en virtud; si no, que imiten por lo menos á los pueblos que obtienen hoy la preeminencia; que tomen sus instituciones, que se acomoden á ellas, y no les serán ya inferiores. Con una gran emulación, los aventajarán todavía.—Es decir, Sócrates, que nuestra República está aún muy lejos de la virtud: y en efecto, ¿cuándo respetarán los atenienses la vejez, tomando el ejemplo de los espartanos, ellos que, empezando por sus propios

padres, desdeñan á los viejos? ¿Cuándo buscarán los ejercicios del cuerpo, ellos que, lejos de estimar una constitución robusta, se mofan de los que se esfuerzan en procurársela? ¿Cuándo obedecerán á sus magistrados, ellos, que se vanaglorian de despreciarlos? ¿Cuándo vivirán en la concordia, ellos, que, en lugar de reunirse para sus propios intereses, se perjudican, y tienen más envidia á sus propios conciudadanos que á los demás hombres; ellos, á los que se ve divididos en las asambleas públicas y particulares; ellos, que se promueven cada día nuevos procesos y prefieren los provechos que obtienen de los mismos á los que se procurarían ayudándose mutuamente? Al mismo tiempo que les es extraña la patria, se disputan sus cargos y buscan con la mayor premura los medios que conducen á ellos. De ahí la ignorancia, la malignidad, las cábalas, los odios. Por eso temo que el Estado caiga en desgracias que no tendrá fuerza para soportar.

—No, Pericles, no creas incurable la enfermedad de los atenienses. ¿No ves el buen orden que reina entre nuestros remeros, cuán sometidos están los combatientes á sus jefes en los juegos gímnicos, y cómo en los coros obedecen al maestro que los dirige?—Sí, me asombro de que tales gentes reconozcan jefes, mientras que los hóplitas y los caballeros, que parecen ocupar las primeras jerarquías entre los ciudadanos, son tan indisciplinados.—¿Y el senado del areópago no está compuesto de personajes de un mérito reconocido?—Sin duda.—¿Conoces un tribunal que juzgue y cumpla sus demás funciones con más dignidad, escrúpulo, gravedad y justicia? —No les reprocho nada.—No hay que desesperar, por tanto, de los atenienses como de un pueblo incapaz de dirección.—Pero sobre todo en la guerra, donde se necesita templanza, orden y disci-

plina, es donde no demuestran ninguna de estas virtudes.

—Tal vez, Pericles, quienes los dirigen no entienden nada de eso. Ves que nadie se propone dirigir á los tocadores de cítara, á los cantores, á los bailarines, á los luchadores, á los pancraciastas, sin haber adquirido competencia para ello; todos cuantos los dirigen pueden nombrar el maestro cuyas lecciones han tomado: pero la mayor parte de los generales lo son de repente. No creo que tú merezcas este reproche; y seguramente podrás decir tanto el tiempo en que has comenzado á instruirte en el arte militar, como aquel en que has comenzado á ejercitarte en la lucha. No contento con conservar los principios que te ha dado tu padre, has recogido luces de todas las fuentes posibles. No dudo tampoco que medites con frecuencia, por miedo á que se te escape alguno de los conocimientos útiles á un general de ejército. Si notas que te faltan, buscas á las personas instruídas; no economizas presentes ni beneficios para aprender de ellas lo que ignoras y atraerte á los hombres que te secunden.
—Te adivino, Sócrates; no me hablas así por creer que me tomo todos los cuidados necesarios, sino que por este rodeo hábil me enseñas que es debido tenerlos antes de pretender el mando.

—Convengo en ello contigo, Pericles. Pero, ¿has visto que en nuestras fronteras se extienden altas montañas que confinan con la Beocia, dejando acceso á nuestro territorio por desfiladeros estrechos y escarpados, y que el centro de nuestras tierras está rodeado de montes inaccesibles?—Seguramente.—¿Has oído decir que los misios y los pisidios ocupan en Persia plazas fortificadas, y que, armados á la ligera, hacen mucho daño con sus incursiones al país del gran rey, y viven libres?

—He oído hablar de ello.—¿No piensas, por tanto, que si los atenienses se apoderasen de las montañas que los separan de la Beocia, si enviasen allí una juventud ágil y ligeramente armada, harían mucho daño á sus enemigos y formarían un poderoso baluarte á sus conciudadanos?—Reconozco la utilidad de todos esos proyectos.—Puesto que te agradan, buen joven, procura ponerlos en ejecución. Si triunfa uno solo, tú recibirás la gloria de él y el Estado el provecho; si fracasa, no causarás daño á tu país ni te avergonzarás de ti mismo.»

CAPITULO VI

Glaucon, hijo de Aristón, no tenía aún veinte años cuando trató de hablar en la asamblea del pueblo; no aspiraba á nada menos que al gobierno del Estado; le separaban de la tribuna, se mofaban de él; pero ni parientes ni amigos ni nadie podía curarle de su locura. Sócrates, que le tenía afecto por causa de Platón y de Carmides, hijo de Glaucon, fué el único que consiguió hacerle más prudente. Encontrándole un día, acabó por hacerse escuchar de él, hablándole así:

«¿Deseas, Glaucon, gobernar la República?—Sí, Sócrates.—De todos los proyectos humanos, es sin duda el más hermoso; si le realizas, no tendrás anhelos que no puedas satisfacer; complacerás á tus amigos, elevarás tu propia casa, aumentarás el poder de tu patria; serás conocido primero en Atenas, después en toda la Grecia, quizá incluso, como

Temístocles, hasta en los países bárbaros; y en cualquier parte que estés, todas las miradas se dirigirán sobre tí.» Estas palabras engreían á Glaucon, y le detenían dulcemente cerca de Sócrates, que continuó en estos términos: «Es indiscutible que si quieres honras, Glaucon, tienes que servir al Estado. —Seguramente.—En nombre de los dioses, no tengas para mí secretos: dime cuál es el primer servicio que harás al Estado.»

Glaucon se callaba, buscando en sí mismo por dónde comenzaría. «Si quieres, le dijo Sócrates, hacer más floreciente la casa de uno de tus amigos, procurarás aumentar su fortuna: ¿no procurarás también aumentar las riquezas de la República? —Seguramente.—El medio de hacerla más rica, ¿no es aumentar sus rentas?—Está claro.—Dime de dónde se sacan ahora las rentas del Estado y á cuánto ascienden: no dudo que habrás hecho un estudio de ello, con el fin de suplir los productos que se hallasen demasiado escasos y sustituir los que falten. —Te juro que no había pensado en ello siquiera. —Ya que no has advertido eso, háblame de los gastos del Estado; pues sin duda tienes deseo de suprimir los que son inútiles.—No me he ocupado tampoco en eso.—Dejemos, pues, para otra época el proyecto de enriquecer á la patria; porque ¡cómo conseguirlo, si no se conocen ni sus rentas ni sus gastos!

—Pero, Sócrates, ¿no se puede también enriquecer á la República con los despojos de sus enemigos? —Muy cierto, siempre que se sea más poderoso que ellos; pues con fuerzas inferiores se perdería incluso lo que se tiene.—Dices verdad.—Así, el que forma el proyecto de emprender una guerra debe conocer bien las fuerzas de su nación y las de sus enemigos, á fin de que si juzga á su patria más fuerte, le aconseje la guerra; si más débil, la persuada del partido

de la circunspección.—Admirablemente.—Dime, pues, primero cuál es nuestra potencia de tierra y de mar y lo que pueden nuestros enemigos.—¡Por Zeus! no podría responder al momento.—Si tienes un estado por escrito de ello, enséñamele; tendré mucho gusto en verlo.—En verdad que no tengo nada escrito.—No nos apresuremos, pues, á deliberar sobre la guerra; no has examinado aún sus inmensos detalles, puesto que apenas comienzas á gobernar. Pero habrás pensado en la defensa del país; sabrás qué guarniciones son necesarias y cuáles no lo son; qué número de soldados es bastante en la una y no basta en la otra: reforzarás las guarniciones útiles y suprimirás las que no lo sean.—Por mí las suprimiría todas; pues, de la manera que defienden el país, le arruinan.—Pero si no estuviera guardado, ¿no comprendes que sería presa del primero que llegase? Además, ¿has ido á visitar las guarniciones? ¿cómo sabes, si no, que cumplen tan mal su deber?—Tengo dudas sobre ello.—Cuando tengamos más que conjeturas, y hayamos visto lo que hay, deliberaremos.—Sócrates, quizá ese es el partido más prudente.

—Sé, Glaucon, que no has visitado las minas de plata, y que de ese modo no puedes decir por qué producen menos que antes.—Es cierto que no he estado allí.—Se dice que el aire en ellas es malsano: será una excusa que se dé cuando se trate de deliberar sobre el asunto.—Sócrates, te burlas de mí.—Estoy seguro, por lo menos, de que has examinado cuidadosamente cuánto tiempo puede alimentar á la República el trigo que se recoge en el país, cuánto se consume más cada año, con el fin de que la escasez no te sorprenda y de que puedas, con tus conocimientos y tus consejos, socorrer y salvar á tus conciudadanos.

—Sócrates, me hablas ahí de una ardua cuestión, si he de entrar en semejantes detalles.—Sin embargo, no es uno siquiera capaz para gobernar su casa si no conoce sus necesidades y no se toma el trabajo de subvenir á ellas. Como nuestra ciudad contiene más de diez mil casas, y es difícil gobernarlas todas al mismo tiempo, ¿cómo no has intentado primero levantar la casa de tu tío? Esta reclama un apoyo. Después de este ensayo de tus fuerzas, hubieses tomado una carga mayor; pero si no puedes ayudar á un solo particular, ¿cómo podrás ser útil á todo un pueblo? ¿No está claro que quien no puede levantar un talento no debe intentar llevar una carga todavía más pesada?—Yo hubiera prestado grandes servicios á la casa de mi tío, si me hubiera querido escuchar.

—¡Cómo! ¡no puedes persuadir á tu tío, y crees que conseguirás persuadir á todos los atenienses y á tu tío con ellos! Ten cuidado, Glaucon, no sea que, al buscar la gloria, te atraigas la censura. ¿No ves cuán peligroso es emprender lo que no se sabe ó hablar de ello? Examina entre tus conocimientos qué papel representan en el mundo los que hablan y obran sin saber; ¿observas, pues, que se les dispensen más elogios que reproches y que exciten más la admiración que el desprecio? Piensa en los hombres sabios que saben lo que dicen y lo que hacen; y, si no me engaño, reconocerás que, en todas las circunstancias, aquellos á quienes se estima y se admira están en la clase de las personas instruídas, y que una mala reputación y el desprecio son los resultados de la ignorancia. Si aspiras á la gloria, si quieres ser admirado de tus conciudadanos, trabaja en instruirte antes de intentarlo; pues si entras en el gobierno con luces superiores á las del vulgo, no me asombraré de que obtengas fáciles éxitos.»

CAPITULO VII

Sócrates consideraba á Carmides, hijo de Glaucon, como un hombre de mérito, dotado de más talentos que ninguno de los ciudadanos que gobernaban entonces. Carmides no se atrevía ni á arengar al pueblo ni á mezclarse en los asuntos; Sócrates le habló en estos términos:

«Dime, Carmides, si alguno pudiera ganar coronas en los juegos públicos, adquirir gloria por sí mismo y dar un nuevo brillo á su patria, y, sin embargo, se negase á combatir, ¿qué pensarías de él? —Que sería un afeminado.—Y si un ciudadano versado en los negocios y capaz de aumentar el poder del Estado, adquiriendo gloria, dudase en servir á su país, ¿no se diría con razón que es un cobarde? —Tal vez; pero ¿á qué me haces esa pregunta?—Porque, poseyendo talento, temes los asuntos, aunque estés obligado á tomar parte en ellos como ciudadano.—¡Oh! ¿qué pruebas tienes de mi capacidad, para pensar así de mí?—Tus conversaciones con los magistrados: te comunican un asunto, y veo que les das buenos consejos; cometen faltas, y no se te escapan.

—Sócrates, ¡qué diferencia hay entre sostener conversaciones particulares y luchar contra una multitud!—Sin embargo, quien sabe aritmética calcula tan bien delante de la multitud como solo; y los músicos que en la soledad tocan mejor la cítara, ¿no triunfan en público sobre sus rivales?—¿Pero no ves que la vergüenza y el temor, tan naturales en

el hombre, nos apremian más en las asambleas del pueblo que en las sociedades particulares?

—Pues bien, voy á demostrarte que no son ni los más sabios de los ciudadanos ni los personajes más poderosos del Estado los que se hacen temer de ti, sino que te avergüenzas de hablar ante la parte más débil y menos ilustrada de la nación. ¿Te intimidarían los bataneros, zapateros, albañiles, obreros en metales, labradores, comerciantes al por menor, buhoneros, chalanes? Pues esa es la gente que compone la asamblea del pueblo. ¿No te pareces á un hábil atleta que se asustase del asalto de un ignorante? ¡Hablas con facilidad delante de los primeros ciudadanos, algunos de los cuales te desdeñan; obtienes éxito sobre muchos que hacen profesión de hablar en público, y temes la burla de una multitud que no se ha ocupado nunca en política, y que no te desprecia!

—¿Pero no ves, Sócrates, que en las asambleas del pueblo son objeto de burla á menudo los que hablan bien?—¿Y tus ciudadanos ilustres no se burlan nunca? ¡En verdad, me asombro de que tú, que rechazas tan bien sus burlas, no te crees ningún medio para abordar al populacho! ¡Oh, amigo mío! conócete mejor: no caigas en un defecto casi general. El vulgo escruta con mirada curiosa las cosas de otro, y no desciende nunca á sí mismo. No te descuides en este punto: emplea tu energía en conocerte, y si puedes prestar algún servicio á tu patria, no la abandones. El bien que ella reciba se extenderá, no solamente sobre los demás ciudadanos, sino también sobre tus amigos y sobre tí mismo.»

CAPITULO VIII

Aristipo tenía gran deseo de molestar á Sócrates, que antes le había reducido al silencio. Sócrates, queriendo ser útil á sus oyentes, respondió, no como hombre que se mantiene en guardia por temor á que se tergiversen sus palabras, sino como sabio que deseaba que sus discípulos se persuadieran y practicasen sus deberes.

Aristipo le preguntaba si conocía alguna cosa buena. Si Sócrates hubiese respondido que la bebida, el alimento, la riqueza, la salud, la fuerza, la intrepidez son un bien, él le hubiera demostrado que son algunas veces un mal. Pero Sócrates, considerando que cuando experimentamos alguna incomodidad deseamos su remedio, se lo indicó: «¿Me preguntas si sé alguna cosa buena para la fiebre? —No.—¿Para las enfermedades de los ojos?—Tampoco.—¿Para el hambre?—Menos todavía.—Si sabes de alguna cosa buena que no sea buena para nada, yo no la conozco ni tengo necesidad de conocerla.»

Aristipo le preguntó también si conocía alguna cosa bella. «Sí, y más de una, respondió Sócrates. —¿Tienen todas las cosas bellas una perfecta semejanza?—Las hay que, ciertamente, difieren entre sí. —¿Y cómo será bello lo que difiere de lo bello? —Un hermoso corredor se diferencia de un hermoso luchador. La belleza de un escudo, hecho para defender el cuerpo, difiere absolutamente de la de un venablo, que es hermoso cuando puede lanzarse con fuerza y velocidad.—Pero me respondes como

si te preguntase si conoces alguna cosa buena. —¿Admites diferencia entre lo bueno y lo bello? ¿No sabes que todo lo que es bello es bueno por la misma razón? La virtud no es buena en una ocasión ni bella en otra. El hombre que se llama bello bajo un cierto aspecto es bueno bajo este mismo aspecto, y las proporciones que constituyen la belleza de su cuerpo forman también su bondad. Todo lo que es útil es bueno y bello, relativamente al uso al cual se destina.—¿Es, por tanto, una cosa bella una canasta para poner la basura? —Seguramente, si está hecha como debe estarlo para poner en ella la basura, y un escudo de oro es una cosa fea cuando está mal hecho.—¿Dices, pues, que una misma cosa puede ser bella y fea al mismo tiempo?—No dudaré en decir que puede ser buena y mala. Lo que es bueno para el hambre es malo para la fiebre, y lo que es saludable para la fiebre es malo para el hambre. Un género de belleza para la carrera no convendría á la lucha; lo que es bello en la lucha sería feo en la carrera. Las cosas son bellas y buenas, por lo menos cuando se prestan al uso para el cual se las destina; son feas y malas cuando se oponen á él.»

Sócrates decía que la comodidad de una casa constituye su verdadera belleza, y esto era dar el mejor principio de construcción; pero he aquí cómo razonaba: «Cuando se quiere construir una casa, ¿no se debe estudiar para hacerla al mismo tiempo agradable y cómoda?» Estando reconocida esta proposición, añadía: «¿No es de desear que sea fresca durante el verano y caliente en invierno?» En este punto hubo también acuerdo. «Pues bien, continuaba, cuando las casas miran al Mediodía, el sol penetra en invierno en las habitaciones; y en verano, pasando por encima de nuestras cabezas y por

encima de los techos, procura sombra. Es necesario, por consecuencia, dar elevación á los edificios que están al Mediodía, para que las habitaciones reciban el sol en invierno, y tener muy bajas las que están expuestas al Norte, con el fin de que sean menos azotadas por vientos fríos. En una palabra, la más bella, la más agradable casa es la que suministra el mejor retiro en toda estación, y donde se guarda con más seguridad lo que se posee. En cuanto á las pinturas y demás adornos, más bien quitan placeres que los procuran.»

Observaba también que los lugares muy elevados y muy poco frecuentados convenían á los altares y á los templos. Es grato al rogar tener una luz pura, y acercarse á los templos sin haberse manchado.

CAPITULO IX

Se le preguntaba si el valor es una cualidad natural ó adquirida. «Existen, respondió, cuerpos más robustos y que resisten mejor que otros á la fatiga: del mismo modo, la Naturaleza se ha complacido, creo yo, en formar almas capaces de afrontar los peligros; pues veo hombres nacidos bajo las mismas leyes, educados en las mismas costumbres, diferenciarse mucho entre sí por el valor. Pero pienso que el valor puede fortificarse por la instrucción y por el ejercicio. Es claro que los escitas y los tracios no se atreverían á atacar á los lacedemonios con la pica y el escudo, y que los lacedemonios no querrían batirse ni contra los tracios con el escudo y

el venablo, ni contra los escitas con el arco. Observo que en todo se diferencian los hombres naturalmente unos de otros, y que el ejercicio los perfecciona mucho: lo que demuestra que los hombres más favorecidos, así como los más maltratados por la Naturaleza, deben instruirse y ejercitarse en las materias donde quieran crearse un nombre.»

No separaba el saber de la buena conducta; y consideraba como sabio y bien ordenado en sus costumbres al que conoce lo bueno y lo honrado para practicarlo, y el mal para huir de él. Se le preguntaba también si juzgaba instruídos á los que saben bien lo que se debe practicar, y hacen lo contrario. «No son menos ignorantes que desordenados, respondía; pues, á mi parecer, quienquiera que discierne, entre todas las acciones posibles, las que le son más ventajosas, no deja de realizarlas: cuando se hace el mal, no se es, pues, menos ignorante que culpable.»

Aseguraba que la justicia y las demás virtudes no eran sino una ciencia. «Las acciones justas y virtuosas, decía, son buenas y honradas: cuantos las conocen, las prefieren á todo. Si les falta esta ciencia, no pueden practicarlas; y si lo intentan, no cometen mas que faltas. Puesto que no se hace nada justo, hermoso ni bueno sino por la virtud, resulta que la justicia y todas las demás virtudes son una ciencia.»

Decía que la locura es contraria á la ciencia; sin embargo, no consideraba á la ignorancia como locura. «Pero no conocerse á sí mismo, é imaginarse saber lo que se ignora, es, decía, tocar de cerca la demencia. Entre el vulgo, añadía, no se es acusado de locura por engañarse en materias desconocidas á la mayoría de los hombres; pero se considera como locos á los que se engañan en cosas

conocidas de todo el mundo. Se llama insensato al qne se cree, ó tan grande que se incline al pasar bajo la puerta de la ciudad, ó tan fuerte que trate de coger las casas, ó emprenda cosas visiblemente imposibles; pero si sólo comete pequeñas faltas, no es considerado loco por el vulgo. Como éste da el nombre de amor á un afecto violento, da el nombre de locura á una fuerte demencia.»

Al considerar la naturaleza de la envidia, encontraba que es un sentimiento doloroso, no producido ni por las desgracias de los amigos ni por la prosperidad de los enemigos; que sólo son envidiosos los que se entristecen por la felicidad de sus amigos; y como algunas personas se asombraban de que causase aflicción la felicidad de un amigo á quien se amaba, les hacía observar que existen gentes singulares que, incapaces de abandonar á sus amigos en la desgracia y socorriéndolos en el infortunio, se entristecen por su prosperidad; pero que el sabio está exento de este defecto, propio tan sólo del alma de un necio.

Reflexionando sobre la ociosidad, decía que veía á la mayor parte de los hombres siempre en acción; que, en efecto, hasta los jugadores de dados y los bufones se ocupan en algo; pero que todas esas gentes estaban ociosas, puesto que podrían obrar mejor. Añadía al mismo tiempo que nadie tiene el gusto de dejar lo mejor para entregarse á lo peor; y que quien lo hace es culpable, puesto que no carece de ocupación.

«Los reyes y los jefes, decía también, no son los que llevan un cetro, los que la suerte y la elección de la multitud, la violencia ó el fraude han favorecido, sino los que saben mandar.»

Hacía patente que el deber de un soberano es mandar y el de los súbditos obedecer, y mostraba

después que en un barco es entregado el mando al más habil, y que todos le obedecen, sin exceptuar el dueño del barco; que, del mismo modo, en agricultura, el dueño de un campo sigue las indicaciones de su labrador, que así los enfermos obedecen al médico, y los que ejercitan el cuerpo, á los maestros de ejercicios; que, finalmente, en todo lo que exige industria, los hombres se gobiernan ellos mismos cuando se juzgan capaces de ello, y si no, obedecen á las personas hábiles que encuentran, y si éstas se hallan ausentes, las llaman para ponerse á sus órdenes y hacer lo que sea oportuno. Observaba que, en el arte de hilar, las mujeres mismas dirigen á los hombres, porque le conocen, y los hombres no entienden nada de él.

Si se le objetaba que un tirano puede no seguir los buenos consejos, argüía: «¡Oh! ¿cómo puede hacer eso, cuando siempre está preparado el castigo? Porque quien cierra el oído á un buen consejo comete una falta, seguida siempre de algún daño.» Si se le decía que el tirano es dueño de quitar la vida á un sabio: «¿Piensas, replicaba también, que, deshaciéndose de sus mejores apoyos, no será castigado, ó que sólo lo será ligeramente? ¿Encontrará su seguridad en tal conducta, ó apresurará más bien su ruina?»

«¿A qué debe aplicarse el hombre sobre todo?», se le preguntaba. «A hacer el bien.» Y como se le preguntase también si hay principios para hacer fortuna, respondía: «Las dos cosas no se parecen. Encontrar lo necesario sin buscarlo, es lo que yo llamo una buena fortuna; pero deber la felicidad á los cuidados y estudios propios, es lo que me parece una buena conducta; y digo de los que la tienen que hacen bien. Juzgo estimables y queridos de los dioses al labrador que trabaja bien la tierra, al médico

que practica bien el arte de curar, al hombre de Estado que debe á sus estudios buenos principios de gobierno. No hacer nada bien es no ser útil á los hombres ni agradable á los dioses.»

CAPITULO X

Si se encontraba con artesanos que anhelaban vivir de su profesión, su conversación no les era inútil. Fué un día á ver al joven pintor Parrasios. «La pintura, le dijo, ¿no es una representación de los objetos visibles? Imitas con colores los entrantes y los salientes, lo claro y lo obscuro, la blandura, la dureza, el pulimento, la frescura de la edad y su decrepitud.—Es cierto.—Y si quieres representar una belleza perfecta, como es difícil encontrar un solo hombre que no tenga ninguna imperfección, reunes á varios modelos, y tomas de cada uno lo que tiene de hermoso, para hacer con ello un todo completo.—Tal es mi procedimiento. —Pero, ¡cómo! Lo que hay más agradable en el modelo, lo que le gana la confianza y los corazones, lo que le hace desear, el carácter del alma, finalmente, ¿lo imitas, ó es inimitable?—¡Oh! ¿cómo imitar lo que no depende ni de la proporción, ni del color, ni de ninguna de las cosas que has detallado, y que, además, no se puede ver?—¿Pero no se distingue en las miradas tanto la amistad como el odio?—Así me parece.—Los ojos pueden, pues, pintar estas pasiones.—Ciertamente.—¿Hallas el mismo carácter de fisonomía en los que toman parte

en la felicidad ó en la desgracia de sus amigos, y en los que no se conmueven por ellas?—No, en verdad; pues el rostro que se muestra á los amigos dichosos es tan risueño, como triste es en su infortunio.—Esas son también pasiones que pueden representarse.—Es cierto.—Un aire de grandeza y de nobleza, un aire humilde y servil, la modestia, la prudencia, la insolencia, la rusticidad, todo eso se muestra en el rostro y en el gesto, en la acción y hasta en el reposo.—Dices verdad.—Nuevos caracteres que el arte puede expresar.—Sin duda.—¿Y qué crees que gusta más ver, el hombre cuyo exterior descubre un carácter dulce, dichoso, agradable, ó el que no ofrece sino inclinaciones odiosas, viles y perversas?—¡Por Zeus! Hay una gran diferencia entre uno y otro, Sócrates.»

Fué un día á casa de Clíton el estatuario, y conversó así con él: «Bien veo que no representas de la misma manera al atleta en la carrera, al luchador, al púgil y al pancraciasta; pero ¿cómo imprimes á tus estatuas el carácter de vida que encanta sobre todo á los espectadores?»

Como Cliton dudase y tardara en responder, le dijo Sócrates: «¿Es quizá poniendo de acuerdo tus estatuas con tus modelos vivos como las muestras más animadas?—Ese es todo mi secreto.—Según las diferentes posturas del cuerpo, algunas partes se elevan, mientras que otras se bajan; cuando éstas son apretadas, aquéllas se doblan; cuando las unas se ponen tensas, las otras se aflojan: ¿no es imitando eso como das al arte la semejanza de la verdad?—Precisamente.—¿No causa placer á los espectadores esta imitación de la acción de los cuerpos?—Así debe ser.—Es preciso, pues, expresar la amenaza en los ojos de los combatientes, la alegría en la mirada de los vencedores.—Seguramente.

—Es preciso también que la estatuaria exprese por las formas las acciones del alma.»

Un día entró en la tienda del armero Pistias, que le enseñó corazas bien hechas. «En verdad, le dijo, admiro el invento de esta armadura, que cubre el cuerpo en las partes donde necesita defensa, sin impedir á los brazos moverse. Pero dime, Pistias, ¿por qué vendes tus corazas más caras que los demás armeros, aunque no sean ni más fuertes ni mejores?—Es que las fabrico mejor proporcionadas. —¿Pruebas su proporción y las aprecias más por el peso, ó por la medida? Pues no das á todas ni el mismo peso ni el mismo tamaño, si es verdad, como pienso, que las haces adecuadas á todas las estaturas.—Es necesario, ciertamente, que puedan ajustarse; porque de otro modo, ¿de qué serviría una coraza?—Mas, ¿no hay cuerpos bien proporcionados y otros que no lo son?—Sin duda.—¿Cómo haces, pues, una coraza de buena proporción para un cuerpo mal proporcionado?—Ajustándola á la conformación de éste; en cuanto sienta bien, es de buena proporción.

—Si no me engaño, consideras á las proporciones, no en sí mismas, sino por relación á las personas; así, dirás que un escudo está bien proporcionado para el que debe servirse de él; lo mismo pasará con un manto ú otras cosas semejantes, por lo menos según tus palabras: quizá hay en este acomodamiento otra ventaja que no es de despreciar. —Enséñame sobre eso lo que sepas.—Una armadura que sienta bien fatiga menos con su peso, sin que por ello sea más ligera que la que sienta mal. Esta, ó pende demasiado sobre los hombros, ó comprime fuertemente alguna parte del cuerpo, y se hace por eso incómoda y difícil de llevar; la otra se reparte con un justo equilibrio sobre las clavículas, los hom-

bros, la espalda, el pecho y el estómago; diríase que no es un peso, sino un apéndice del cuerpo. —Acabas de decir lo que da, á mi parecer, un grandísimo precio á mis obras, aunque haya personas que compren con preferencia corazas cinceladas y doradas.—Pero si á causa de estos embellecimientos ajustan mal, ¿no se compra entonces una incomodidad bien cincelada y bien dorada? Finalmente, continuó Sócrates, como el cuerpo no está siempre inmóvil, pues unas veces se inclina y otras se endereza, ¿cómo servirán las corazas justas?—No podrán servir.—Dices, pues, que las corazas sientan bien, no cuando muestran todas las formas, sino cuando no incomodan.—Eres tú mismo quien lo dices, y lo entiendes á maravilla.»

CAPITULO XI

Había en Atenas una hermosa mujer llamada Teodota. Era de tal facilidad de costumbres, que se entregaba á quien la quería. Uno de los oyentes de Sócrates decía de ella que no había expresiones propias para pintar su belleza; que los pintores la tomaban por modelo, y que no les velaba nada de lo que la decencia permite mostrar.

«Es preciso visitarla, dijo Sócrates: será vano cuanto escuchemos. ¡Cómo formarnos idea de lo que está por encima de toda expresión!—Seguidme al instante, dijo el narrador.

Fueron, en efecto, á casa de Teodota; la hallaron con un pintor que hacía su estudio, y la obser-

varon con detención. Cuando el pintor cesó en su trabajo, les dijo Sócrates: «Amigos míos, ¿debemos más agradecimiento á Teodota por habernos mostrado sus encantos del que ella nos debe por haberla contemplado? Si ella ha ganado más al mostrarse á nosotros, es ella quien nos está obligada; pero nosotros la debemos mucho, si este hermoso espectáculo nos ha interesado más que á ella.» Habiendo hecho notar alguno que hablaba con exactitud, añadió él: «¿No es cierto que los elogios nuestros que recibe, los cuales nos complaceremos en publicar, no le serán inútiles, mientras que nosotros, á quienes han sido descubiertas tantas gracias, sólo obtendremos deseos y tormentos? En lo sucesivo, esclavos de Teodota, nos veremos forzados á reconocer su imperio.—Según eso, replicó la bella cortesana, me corresponde á mí daros las gracias por vuestra visita.»

Cuando Sócrates la vió después, soberbiamente adornada y cerca de ella á su madre, vestida de una manera poco común, numerosas esclavas bellas y ataviadas con primor, habitaciones adornadas con tanta riqueza como gusto, exclamó: «Dime, Teodota, ¿tendrás tierras?—No.—¿Tendrás, por lo menos, alguna casa de buena renta?—Tampoco.—¿Posees, pues, esclavos industriosos?—Ni uno solo.—¿Pero cómo atiendes á tus gastos?—Me creo un amigo, él se esfuerza en complacerme, y esa es mi renta.—¡En verdad, Teodota, es una hermosa riqueza! Una multitud de amigos es muy preferible á rebaños de ovejas, de bueyes y de cabras. Mas, para que un amigo vuele á ti como un mosquito, ¿cuentas con los favores de la fortuna, ó empleas algún artificio?—¿Cómo inventaré yo artificios?—Mucho más fácilmente que las arañas. Ves cómo ellas se procuran su subsistencia: tejen una

tela sutil, donde caen las moscas y se convierten en su presa.

—¿Me aconsejarías, pues, también tender redes para coger á mis amigos?—No conviene creer, respondió Sócrates, que debe irse sin arte á la más preciosa de todas las cazas, la de los amigos. Ve cuánta astucia se emplea para cazar á las liebres, presa tan común. El cazador sabe que las liebres pastan durante la noche: se procura perros que cazan en las tinieblas. Las liebres se alejan durante el día: se tienen otros perros que las olfatean y las detienen cuando vuelven de los pastos al albergue. La liebre es tan ágil que apenas la sigue la vista: se procuran perros ligeros que la alcanzan á la carrera. Algunas veces escapa también; pero se tienden redes en los senderos; cae allí y es cogida.—¿Qué medio emplearé yo, por tanto, dijo Teodota, para ir á la caza de amigos?—En lugar de perro, busca á alguno que siga la pista y descubra á los ricachones de temperamento enamorado, para empujarlos después á tus redes.—¿Y qué redes tengo yo?—Una sola red, bien hecha para sujetar: tu belleza; y con ella tu talento, que te inspira miradas encantadoras y palabras complacientes, que te enseña á recibir con amenidad á los que te solicitan, con dignidad á los que se hacen los importantes, á visitar con tierna solicitud á tu amigo enfermo, á alegrarte vivamente con él de su prosperidad, á complacer con toda tu alma al que te ha dado la suya. Veo, además, que cerca de ti no se experimenta menos ternura que dulzura; que, si tienes amantes ilustres, no los encantas solamente por palabras, sino también por la bondad de tu corazón.—Te juro que no empleo ninguno de estos artificios.

—Importa, sin embargo, continuó Sócrates, ata-

car hábilmente á un hombre, según su carácter: no es por la fuerza como harás ó conservarás un amigo; ésta es una presa que se coge y se conserva por los beneficios y el placer.—Dices verdad.—Ante todo, no pidas á los que te aman sino lo que pueden hacer sin trabajo; después págales en la misma moneda. Entonces se harán verdaderamente tus amigos; se unirán á ti para mucho tiempo y te harán los mayores servicios. Para complacerlos, no hay nada mejor que no concederles sino lo que desean ardientemente. Ves que los manjares más delicados no tienen ningún sabor cuando se reciben sin apetito, y que inspiran disgusto cuando se está harto; en cambio, si se nos presentan después de haber provocado nuestra hambre, por comunes que sean, los encontramos exquisitos.—¿Y el medio de hacerme desear?—Primero, no ofrecer tus favores á amantes hartos, y esperar á que haya pasado su saciedad, y que los deseen de nuevo. Solivianta entonces sus deseos por una modesta familiaridad; aparece dispuesta á responder á su pasión; y hasta que ésta haya adquirido su fuerza mayor, sustráete á sus persecuciones. Los favores así concedidos son muy de distinta manera preciosos que cuando van al encuentro de los deseos.

—¡Oh Sócrates! ¿no me ayudas en esta caza? —Consiento en ello, siempre que me persuadas. —¿Por qué medios persuadirte?—Busca tú misma; los encontrarás si necesitas de mí.—Ven, pues, á verme á menudo.—Teodota, me es difícil hallar tiempo para ello, respondió Sócrates chanceándose sobre sus grandes ocupaciones; mis propios asuntos y los asuntos públicos no me dejan ocio. Tengo además amantes que no me permiten abandonarlas ni de día ni de noche; han aprendido de mí filtros y hechizos.—¡Cómo! Sócrates, ¿posees también este

conocimiento?—¿Por qué piensas que Apolodoro y Antístenes no me abandonan nunca? ¿Cómo crees que Cebes y Simmias vienen de Tebas para verme? Sabe que eso no puede hacerse sin filtros, sin hechizos.—Préstame, pues, uno de ellos á fin de que te atraiga.—No quiero ser atraído cerca de tí; pero exijo que vengas á buscarme tú misma. —Iré, Sócrates; prométeme solamente recibirme. —Te recibiré si no hay nadie conmigo á quien quiera más que á tí.»

CAPITULO XII

Veía que Epígenes, uno de los jóvenes que le trataban, era de mala complexión: «Tienes aspecto vulgar, Epígenes.—Como que no soy mas que un plebeyo.—No más que los que han de combatir en los juegos olímpicos. ¿Consideras como poca cosa tener que disputar uno su vida contra los enemigos en la primera guerra que declaren los atenienses? Sin embargo, ¡cuántas gentes, á causa de su mala constitución, perecen en los combates ó se salvan deshonrándose! Varios, por la misma razón, son hechos prisioneros, pasan miserablemente el resto de sus días en el más duro cautiverio, ó se ven sometidos á tristes necesidades, pagan un rescate superior á su fortuna, y se consumen toda su vida en el dolor y en una profunda miseria. Otros se crean una mala reputación porque carecen de vigor; se les toma por cobardes.

»¿Eres indiferente á estos castigos? ¿crees poder

soportarlos fácilmente con una constitución débil? En cuanto á mí, encuentro mucho más dulces y mucho más fáciles los ejercicios á los cuales ha de someterse el que se dedica á fortificar su cuerpo. ¿Piensas que una constitución delicada será más sana y más útil en todos los sucesos que una constitución robusta, ó desprecias las ventajas que procura un buen temperamento? Sin embargo, los hombres bien constituídos y los que lo están mal tienen una suerte muy distinta. Los primeros se portan bien y son robustos; por eso varios de ellos se salvan honrosamente en los combates y salen felizmente de los peligros; algunos socorren á sus amigos, hacen á la patria servicios que les procuran agradecimiento, gloria y los mayores honores. Hasta sus últimos momentos viven más felices, más considerados, y dejan á sus hijos medios mayores para subsistir.

»Si no se hacen públicamente los ejercicios militares, no es por cierto esa una razón para que los particulares los descuiden y se dediquen menos asiduamente á ellos. Sabe que en ninguna lucha, en ninguna empresa, tendrás que arrepentirte de haber ejercitado tus fuerzas: en todas nuestras acciones, el cuerpo nos es útil, y nos importa mucho que esté bien constituído. Hasta en las funciones donde crees que el cuerpo tiene menos parte, en las de la inteligencia, ¿quién no sabe cuántas faltas se cometen porque el cuerpo no está bien constituído? El olvido, el desaliento, el mal humor, la locura misma, efectos de una disposición viciosa de nuestros órganos, atacan al espíritu, hasta hacerle perder incluso los conocimientos adquiridos. Si el cuerpo está sano, el hombre vive en gran seguridad; lejos como está de temer las enfermedades, consecuencia de una mala complexión, se li-

sonjea de que una salud vigorosa producirá los efectos contrarios. Ahora bien; ¿qué no hará un hombre de buen sentido para evitar estas desgracias de que acabamos de hablar?

»Además, es vergonzoso, por indolencia, envejecer sin saber hasta dónde se hubieran podido elevar nuestra fuerza y nuestra destreza. Esto es lo que no puede conocerse sin trabajo; pues tales cualidades no se producen por sí mismas.»

CAPITULO XIII

Uno estaba encolerizado por haber saludado á cierta persona que no le había devuelto el saludo. «¡Cómo!, le dijo; ¡el encuentro de un enfermo no te molesta, y vas á apenarte por haber encontrado á una persona ordinaria! ¡Hay cosa más ridícula!»

Otro se quejaba de comer sin gusto. «Acúmenes, le dijo, enseño un buen remedio para este mal. —¿Cuál?—Comer menos; los manjares parecen así más agradables: se gasta menos y se procede mejor.»

Un tercero le decía que el agua que bebía estaba caliente: «Estará dispuesta del todo cuando quieras bañarte.—Está demasiado fría para el baño. —¿Se encuentran mal tus criados bebiéndola y bañándose con ella?—No, ciertamente; pero me asombro de que se sirvan con gusto de ella.—¿Es más caliente esta agua para beber que la del templo de Esculapio?—Es más caliente el agua del templo de Esculapio.—Y, para el baño, ¿es más fresca

que el agua de Anfiarao?—Esta es más fresca. —Considera, pues, que eres más difícil de contentar que lo son los criados y los enfermos.»

Un amo había castigado rudamente á su criado. Sócrates le preguntó la razón de ello. «Porque es un glotón, un perezoso, le gusta el dinero y no quiere hacer nada.—¿Has examinado alguna vez quién merecía más ser castigado, si tu criado ó tú?»

Otro temía el viaje á Olympia. «¿Y qué tiene ese camino que te asusta? ¿No pasas casi todo el día paseándote en tu casa? Pues bien, á partir de aquí, te pasearás lo mismo y te detendrás para comer; continuarás paseando, cenarás y luego descansarás. ¿No sabes que, poniendo juntos los paseos que das en cinco ó seis días, se va fácilmente de Atenas á Olympia? Harás mejor en partir un día antes que en diferirlo. Es molesto estar obligado á hacer largas jornadas; pero es cómodo poder perder un día en el camino: conviene, pues, que apresures tu marcha.»

«Estoy rendido, decía otro, por la larga caminata que acabo de hacer.» Le preguntó si llevaba algún peso. «No, en verdad; era bastante con mi manto.—¿Marchabas solo ó seguido de un servidor? —Tenía un servidor.—¿Iba de vacío ó llévaba alguna cosa?—¡Por Zeus!, llevaba mis vestidos y mi equipaje.—¿Y cómo ha salido del camino?—Mejor que yo, creo.—Y si hubieras tenido que llevar su peso, ¿cómo te hubieras arreglado?—Mal, seguramente, ó más bien, no hubiera podido llevarlo. —¿Encuentras digno de un hombre ejercitado en la gimnástica estar en menos condiciones de soportar la fatiga que su esclavo?»

CAPITULO XIV

Cuando iban á cenar á su casa, unos llevaban poco, otros mucho. Sócrates ordenaba al criado que pusiera las comidas modestas en común, y que distribuyese una parte de ellas á cada convidado. Los que habían llevado mucho hubieran tenido vergüenza de no compartir esos manjares; los ponían, pues, en común; y como no tenían nada más que los que aportaban poco, dejaron de comprar viandas costosas.

Notó que uno de los convidados no comía pan, y sólo tomaba carne. Girando la conversación sobre la aplicación de las palabras á los objetos, dijo: «¿Podríamos explicarnos por qué se llama á un hombre carnívoro? Porque con su pan se come la carne cuando la tiene; pero me parece que no es por esta razón por la que es llamado carnívoro. —No, dijo uno de la compañía.—El que come su carne, no como atleta, sino para su placer, ¿te parece carnívoro?—¿Quién merecería mejor este nombre?—Entonces, dijo otro, ¿el que come mucha carne con poco pan?—Encuentro, siguió Sócrates, que se le llama justamente carnívoro; y cuando los demás piden á los dioses abundancia de frutos, él debe pedir abundancia de carne.» Mientras que Sócrates hablaba, el joven que tenía enfrente comprendió que era objeto de la conversación; tomó pan, pero sin dejar de comer mucha carne. Sócrates lo notó. «Observad á este joven, dijo, los que estáis cerca de él; ¿se sirve de su pan para comer su carne ó de su carne para comer su pan?»

Notó otra vez que uno de los convidados, á cada bocado de pan, gustaba de diferentes platos.

«¿Existe una manera más dispendiosa, dijo entonces, y más enemiga del buen gusto, que la de un hombre que come varios manjares á la vez, y que pone al mismo tiempo en su boca salsas diferentes? Compone así un plato desde luego muy caro; y además, si los cocineros tienen razón de no querer mezcla, porque la juzgan impropia, ¿no comete una falta y destruye su arte el que se la permite? ¿No es ridículo buscar los más hábiles de ellos y, sin conocer la materia, cambiar lo que hacen? Otro inconveniente para el que está acostumbrado á comer varios manjares á la vez, es creerse en la miseria cuando no tiene diversidad de ellos y echar de menos su régimen habitual; en cambio, el que, á cada bocado de pan, no toca sino á un solo plato puede, cuando no ve la abundancia, reducirse sin pena á su modesto régimen usual.»

Decía que los atenienses expresaban la acción de comer por una palabra que significa hacer buena comida; que era necesario que un alimento, para ser bueno, no incomodase al cuerpo ni al espíritu y que se procurase sin molestia; de manera que comprendía la frase hacer buena comida respecto á los que viven sobriamente.

LIBRO CUARTO

CAPITULO I

SÓCRATES se hacía útil en toda ocasión y de todas las maneras. Con la atención y la inteligencia más comunes, se concibe por qué no había nada más ventajoso que conversar con él y tratarle, puesto que pensar en este gran hombre, en su ausencia, no era de utilidad escasa para los que compartían su intimidad y adoptaban sus principios; porque no instruía menos por sus bromas que por las lecciones serias. A menudo se decía enamorado, pero era evidente que no lo estaba de la belleza del cuerpo; sólo buscaba á las almas nacidas para la virtud.

Consideraba como el indicio de un feliz natural una concepción fácil, una memoria segura, el deseo de los conocimientos necesarios para administrar bien una casa, para gobernar bien un Estado, en una palabra, para sacar partido de los hombres y de las circunstancias. Pensaba que con una buena

educación tales hombres eran dichosos; que dirigían sabiamente su casa; que podían incluso dar gloria á su país y á todo el género humano.

Tenía un proceder diferente con los distintos caracteres. Cuando encontraba jóvenes que, creyéndose favorecidos por la Naturaleza, desprecian toda instrucción, les probaba que las disposiciones naturales que parecen más felices tienen más necesidad de ser cultivadas. Aportaba el ejemplo de esos generosos corceles que, naciendo vivaces é impetuosos, se hacen muy apreciados y prestan grandes servicios si se los doma en su juventud; pero si se los ha descuidado, son reacios y de ningún servicio. Un perro de buena raza á quien gusta la fatiga, y que se lanza á la persecución de los animales, será sin duda un excelente perro de caza si se tiene cuidado de enseñarle; si se le abandona á la Naturaleza, es estúpido, obstinado y furioso.

Así, los hombres más aventajados de la Naturaleza, nacidos con ardor para todo lo que emprenden, se distinguirán por sus virtudes y se harán muy útiles; pues realizarán grandes cosas si han recibido de la educación el conocimiento de sus deberes. Pero si les falta la cultura y permanecen en la ignorancia, serán tan malos como perjudiciales. No sabiendo discernir lo que deben hacer, se lanzan en culpables proyectos. Altaneros y violentos, no quieren freno. Por eso causan los mayores males.

En cuanto á los que, orgullosos de sus riquezas, creen no tener ninguna necesidad de instrucción, y piensan que les basta tener fortuna para dar cima á todos sus proyectos y para ser honrados en el mundo, he aquí cómo los corregía: «Es una locura, les decía, imaginarse que sin instrucción se distinguen las cosas útiles de las que no lo son; es también una locura, cuando se carece de este discerni-

miento, creerse capaz de alguna cosa útil porque se tengan medios de comprar todo lo que se quiere; es una necedad, cuando se es incapaz de nada útil, creer que se tiene todo lo que hace falta para vivir bien y con honor; es también una necedad pensar que, con riquezas y una vergonzosa ignorancia, se pasará por un hombre de mérito, ó que, sin mérito, se será considerado.»

CAPITULO II

Voy á referir cómo se portaba con los que creían haber recibido una excelente educación y se vanagloriaban de su saber.

Sabía que el bello Eutidemo, por haber reunido una cantidad de obras de poetas y de sofistas renombrados, se alababa de triunfar por sus luces sobre todos sus iguales, y concebía la esperanza de eclipsar á sus rivales en la elocuencia y en la ciencia del gobierno. Sin embargo, á causa de su juventud, no entraba todavía en las asambleas del pueblo, y si se interesaba en el éxito de un asunto, se sentaba en la tienda de un frenero cercana á la plaza. Habiéndolo visto Sócrates, se dirigió allí con varios de sus amigos.

Preguntó uno si era á las instrucciones de algún sabio ó á la sola fuerza de su genio á lo que debía Temístocles una superioridad tal, que la República dirigía los ojos hacia él cuando necesitaba de un hombre hábil. Sócrates quería zaherir á Eutidemo. «Sería preciso, respondió, ser muy simple para

creer que, mientras sin buenos maestros no se es hábil en las artes mecánicas, la más importante de todas las ciencias, la de gobernar los Estados, viene por sí misma al espíritu.»

Otra vez, Sócrates, viendo que Eutidemo evitaba colocarse cerca de él, por el temor de pasar por uno de los admiradores de su talento: «Seguramente, dijo en presencia de Eutidemo, puede juzgarse que, en cuanto tenga edad, no dejará de descubrir su parecer sobre los asuntos que sean propuestos á la asamblea del pueblo. Por el cuidado que toma en manifestar no aprender nada de nadie, presumo que tiene ya un buen exordio enteramente dispuesto para sus discursos. Sin duda comenzará de este modo su arenga: «Jamás he tenido maestro; si he oído hablar de algunos hombres elocuentes ó versados en los negocios, no he solicitado nunca su sociedad; jamás me he impuesto el trabajo de buscar un maestro hábil; por el contrario, he tenido siempre repugnancia á recibir lecciones; he temido incluso que se sospechase de ello. No obstante, he aquí una opinión, tal como la casualidad me la sugiere.»

»Un exordio semejante no convendría mal tampoco á un joven que quisiera obtener permiso del gobierno para ejercer la medicina. Sería preciso que comenzase así su discurso: «Atenienses, no he aprendido nunca la medicina de nadie; jamás busqué maestro, pues he evitado constantemente, no sólo aprender nada de los médicos, sino incluso que pareciese había aprendido la medicina. Sin embargo, concededme vuestra confianza; pues procuraré instruirme haciendo experiencias sobre vosotros.» Todo el mundo se echa á reir del exordio.

Después, Eutidemo pareció prestar atención á las conversaciones de Sócrates; pero evitaba ha-

blar él mismo, persuadido de que su silencio pasaría por modestia. Sócrates quería curarle de esta idea. «Me asombra, dijo, que los que quieren tocar la cítara ó la flauta, ó montar á caballo, ó poseer algún otro talento semejante, no pretendan ser hábiles en seguida y únicamente por su trabajo; que busquen los maestros más célebres, resueltos á hacerlo todo, á aguantarlo todo, á no emprender nada sin su opinión, como si no tuviesen otros medios de adquirir aquellas habilidades; mientras que quienes se proponen ser grandes oradores y grandes hombres de Estado, creen poder ellos mismos, sin preparación, sin estudio, adquirir de repente un gran talento. Me parece, sin embargo, que esta carrera es tanto más difícil, cuanto que, entre los que la recorren, hay pocos que triunfen; lo que prueba que aquellos á quienes gusta deben aportar á ella una aplicación obstinada.»

Tales eran, primero, los discursos que Sócrates pronunciaba ante Eutidemo. Al advertir que su discípulo permanecía más á gusto cuando él hablaba, que estaba más dispuesto á escucharle, volvió solo á la misma tienda; y habiéndose sentado Eutidemo cerca de él, le preguntó: «Dime, joven, ¿es cierto, como se asegura, que has reunido muchas obras de escritores que se han creado una reputación de sabiduría?—Sí, Sócrates; las sigo reuniendo, hasta que tenga el mayor número posible de ellas.—En verdad, te admiro por preferir al oro y á la plata los tesoros de la sabiduría. Es que sabes bien que la plata y el oro no hacen á los hombres mejores, y que los pensamientos de los sabios procuran á quienes los poseen las riquezas de la virtud.» Eutidemo se regocijaba con estas palabras, creyendo que Sócrates le juzgaba en el verdadero camino de la sabiduría.

Sócrates comprendió bien que le placía la alabanza. «Dime, prosiguió, ¿en qué materia te propones distinguirte reuniendo tantos libros?» Como Eutidemo se callase, pensando en la respuesta que había de dar, Sócrates tomó la palabra: «¿Quieres ser médico? Hay muchos libros de medicina.—No, en verdad.—¿Entonces, qué? ¿arquitecto? Pues este arte exige un espíritu cultivado.—No es ese mi intento.—¿Quieres hacerte un buen geómetra, como Teodoro?—Nada de eso.—¿Te consagrarás á la astrología?—Menos aún.—¿Es que quisieras ser rapsoda? Porque se dice que tienes todas las obras de Homero.—Ni pensarlo. Sé que los rapsodas saben muchos versos de memoria, pero que no por eso son menos estúpidos.—¿Aspirarías á la ciencia que hace á los hombres capaces de gobernar las casas y los Estados, de mandar, de ser útiles á los demás y á sí mismos?—Sí, Sócrates, de esta ciencia es de la que tengo gran necesidad.

—¡Por Zeus!, exclamó Sócrates. Buscas la más hermosa y la primera de las artes; se la llama arte de reyes, porque les es necesaria. ¿Pero has examinado bien si es posible sobresalir en ella sin ser justo?—Sí, lo he examinado; y además, estoy convencido de que sin la justicia es imposible ser buen ciudadano.—¿Has trabajado, por tanto, para ser justo?—No creo, Sócrates, que nadie pase por más justo que yo.—¿Y no tienen los hombres justos sus funciones, como los obreros tienen las suyas?—Sí, Sócrates.—¿Y como los obreros pueden mostrar sus obras, pueden también los hombres justos exponer las suyas?—¡Cómo! ¿no podré yo indicar las obras de la justicia? Indicaré hasta las de la iniquidad: todos los días hieren nuestros ojos y nuestros oídos. —Pues bien, ¿quieres que escribamos aquí una D, allí una A? Lo que nos parezca obra de la justi-

cia lo colocaremos debajo de la D; pondremos debajo de la A lo que nos parezca obra de la iniquidad (1).—Hazlo, si lo juzgas necesario.»

Sócrates escribió estas dos letras como decía. «¿No se halla, continuó, la mentira entre los hombres?—Sí.—¿Dónde la colocaremos?—Bajo la letra de la injusticia, según parece.—¿No engañan los hombres?—Sin duda.—¿Dónde colocaremos el engaño?—También del lado de la injusticia.—¿Y la acción de perjudicar á los demás?—Lo mismo.—¿Y la de vender como esclavo á un hombre libre?—También lo mismo.—Y de todo eso, ¿nada del lado de la justicia? Sería extraño.

—Pero, ¡cómo! Supongamos que un general sojuzga á una nación injusta y enemiga: ¿diremos que comete una injusticia?—No, ciertamente.—¿Llamaremos, pues, á lo que hace un acto de justicia?—Sin duda.—¿Y si engaña á los enemigos?—Eso es también justo.—Pero ¿y si les roba y les quita sus bienes?—No hace nada más que lo justo. Yo creía que las preguntas que me hacías no afectaban mas que á nuestros amigos.—¿De ese modo, todo lo que habíamos atribuído á la iniquidad habrá que atribuirlo, por tanto, ahora á la justicia?—Así lo pienso.—¿Quieres que, poniendo todas estas acciones en el puesto que las señalas, establezcamos en principio que son justas contra enemigos, pero injustas con amigos? ¿que se debe á éstos la mayor inmunidad?—Estamos de acuerdo.

—Y si un general, prosiguió Sócrates, ve á sus tropas desalentarse; si las hace presumir que les llega auxilio, y asegura por esta mentira sus espíri-

---

(1) La razón de elegir estas letras es por ser las iniciales de los vocablos mencionados en lengua griega. Justicia es *dikaiosune* (δικαιοσύνη). Iniquidad es *adikía* (ἀδικία).—*(N. del T.)*

tus intimidados, ¿bajo qué letra colocaremos este engaño?—Bajo la de la justicia, creo yo.—Un niño necesita de una medicina que se niega á tomar; su padre se la mezcla con los alimentos, y por esta astucia le devuelve la salud: ¿dónde colocaremos esta supercheria?—En el mismo sitio también.—Mi amigo está desesperado; temo que se mate, y le oculto su espada y todas sus armas: ¿qué diremos de este robo?—Que es justo.—¿Pretendes, por tanto, que, incluso respecto á los amigos, no se está obligado á la mayor inmunidad?—No, verdaderamente; me retracto, si se permite, de lo que acabo de decir.—Es preferible eso que perseverar en el error.

»Pero, para no dejar este punto sin examen, ¿de dos hombres que engañan á sus amigos con supercherías perjudiciales, cuál es más injusto, el que engaña con propósito deliberado, ó el que lo hace sin intento?—Sócrates, no tengo ya confianza en mis respuestas. Lo que hemos examinado me parece enteramente distinto de lo que yo creía primero; sin embargo, diré que el más injusto es el que tiene la voluntad de engañar.—¿Te parece que la justicia sea una ciencia que tenga sus principios como la escritura?—Así lo pienso.—¿A cuál juzgas más hábil para escribir? ¿al que escribe y lee mal con intento premeditado, ó al que escribe y lee mal involuntariamente?—Al primero; pues podrá hacerlo bien cuando quiera.—¿De ese modo, el que escribe mal porque quiere sabe escribir, y el que no escribe bien á pesar suyo no sabe?—Seguramente.—¿Quién es, pues, el que conoce la justicia, el que miente y engaña porque quiere, ó el que engaña y miente sin quererlo?—El primero.—Dices, pues, que el que sabe escribir es más sabio en las letras que el que no sabe.—Es verdad.—¿Y que quien conoce mejor los primeros elementos de la justicia es más

justo que quien los ignora?—Lo creo, ó más bien, no entiendo ya nada de mis respuestas.

—Pero, Eutidemo, si alguno quisiera decir la verdad y no hablase nunca de la misma manera sobre las mismas cosas; si dijese del mismo camino unas veces que conduce á Oriente y otras á Occidente, y que haciendo la misma cuenta sacaba unas veces más y otras veces menos, ¿qué dirías de un hombre semejante?—Que no sabe lo que pretendía saber.

—¿Conoces gentes á las que se llama serviles? —Seguramente.— Está claro que es por causa de su ignorancia; ¿pero se les da este nombre porque ignoran el arte de trabajar el cobre?—De ningún modo.—¿Porque no saben el oficio de albañiles? —Tampoco.—¿Porque no saben hacer zapatos? —No, ciertamente, es todo lo contrario; pues ordinariamente los que saben mejor estos oficios son de condición servil.—¿Dase, pues, este nombre injurioso á los que ignoran lo que es lo bello, lo honrado y lo justo?—Así lo creo.—Reune, pues, tus esfuerzos para no ser contado entre los espíritus serviles.

—En verdad, Sócrates, yo me creía muy adelantado en la filosofía y pensaba haber aprendido por ella todo lo que conviene á un hombre que suspira tras la virtud. Figúrate cuál es ahora mi desaliento viendo que, por fruto de tantos trabajos, no puedo siquiera responder á las preguntas que se me hacen sobre lo que es tan importante saber y que no conozco ningún camino que pueda conducirme á ser mejor.

—Dime, Eutidemo, ¿has estado alguna vez en Delfos?—Sí, y hasta dos veces.—¿Has leído la inscripción que se ve en cualquier lugar del templo: CONÓCETE Á TI MISMO?—Sí.—¿Has despreciado esta opinión ó la has prestado atención y has tratado de

examinar quién eres?—No, en verdad. Es éste un conocimiento que creia yo poseer bien; pues difícilmente hubiera adquirido otros si no me hubiese conocido á mí mismo.—¿Piensas que para conocerse basta saber cómo se llama uno, ó bien, á ejemplo del que queriendo comprar un caballo, no se vanagloria de conocerle hien sin haber examinado si es dócil ó reacio, débil ó vigoroso, vivo ó lento, en una palabra, si reune todas las cualidades que constituirían un buen ó un mal caballo, no se debe examinar y juzgar para lo que se es propio y cuáles son sus fuerzas?—Me parece, en efecto, que no conocer sus facultades es no conocerse á sí mismo.

—¿No está claro que se hallan en este conocimiento las mayores ventajas y que se atraen los mayores males cuando se engaña uno á sí mismo? El que se conoce sabe lo que le es útil; distingue lo que sus fuerzas pueden soportar y lo que no. No emprendiendo sino lo que sabe, se procura lo necesario y vive feliz; absteniéndose de lo que no sabe, se evita defectos y se libra de la miseria; por el mismo medio, está en condiciones de juzgar á los demás hombres y de emplearlos útilmente, bien para procurarse bienes, bien para economizarse males. Pero el que no se conoce y se engaña sobre sus facultades no sabe juzgar mejor los hombres que las cosas; no tiene ninguna idea de lo que le es necesario, ni de lo que hace, ni de los medios de que se sirve para ello: se engaña en todo; todas las ventajas se le van y la desgracia le abruma.

»El que sabe bien lo que hace triunfa en sus empresas y adquiere reputación y gloria. Los hombres que se le parecen gustan de emplearle. En los reveses, hay prisa por recibir sus consejos, se entrega uno sin reserva en sus manos, se funda en él la esperanza de la felicidad; y por todos estos mo-

tivos, se le recompensa con una adhesión sin límites. Pero el que obra ciegamente y que, por su desgracia, está encargado de una función, no sólo fracasa en sus empresas, donde no halla mas que perjuicio y castigo, sino que también pierde su reputación: se le burla, se le desprecia; vive deshonrado. Ya ves lo que sucede á las repúblicas que, desconociendo sus fuerzas, atacan á Estados más poderosos: las unas son derribadas; las otras, de libres, se convierten en esclavas.

—Ten por seguro, dijo entonces Eutidemo, que comprendo cuán precioso es el conocimiento de uno mismo. ¿Pero por dónde comenzar á examinar? Te doy toda mi atención, si quieres enseñármelo. —¿Conoces, sin duda, prosiguió Sócrates, cuáles son los verdaderos bienes y los verdaderos males? —¡Por Zeus! Si lo ignorase, sería inferior á los mismos esclavos.—Entonces comunícame tus ideas. —Eso no es muy difícil. Primero creo que la salud es un bien y que la enfermedad es un mal; después, que las causas de la una y de la otra, quiero decir, las bebidas, los alimentos, los trabajos, son bienes cuando contribuyen á la salud, males cuando originan enfermedades.—Por consecuencia, la salud y la enfermedad son bienes cuando procuran el bien, y males cuando causan mal.—¿Y cuándo la salud produce mal y la enfermedad bien?—Cuando los unos, llenos de confianza en su buena salud, van á buscar la muerte en una expedición poco gloriosa ó en una navegación funesta, y los otros son retenidos en sus casas por la enfermedad, y se salvan.

—Dices verdad: pero ves, por otro lado, que con la salud se aprovechan las buenas ocasiones, y que se las pierde en un estado de debilidad.—Estas cosas, que son algunas veces útiles y algunas veces

perjudiciales, ¿no son, pues, más bienes que males? —Así me parece, por lo menos, según este discurso. Pero, prosiguió Eutidemo, no puede negarse que la ciencia sea un bien; porque, ¿en qué asunto no tendrá el hombre instruído más ventaja que el ignorante?—¡Cómo! ¿no has oído hablar de Dédalo? ¿Ignoras que, cogido por Minos, por motivo de sus talentos, fué obligado á servirle, privado á la vez de su patria y de la libertad; que, queriendo huir con su hijo, le perdió, sin poder él mismo salvarse, y que, trasladado al país de los bárbaros, fué una vez más esclavo?—Sí, se cuenta esa historia.—¿Y no has sabido los infortunios de Palamedes? Se cree generalmente que Ulises, envidioso de sus talentos, fué el autor de su muerte.—Sé también eso.—¡Cuántos otros personajes, cogidos por el rey de Persia, por motivo de sus conocimientos, se consumen hoy en los presidios!

—Por lo menos, Sócrates, nadie duda que la felicidad sea un bien.—Siempre, Eutidemo, que no se la haga consistir en bienes equívocos.—¿Y qué hay de equívoco en lo que constituye la felicidad? —Nada, á menos que no se unan á la idea de la felicidad la belleza, la fuerza, la riqueza, la gloria y otras mil cosas semejantes.—Sí, las uniremos, ciertamente. ¿Y cómo se sería feliz sin eso?—Pues bien, consiento en que confundas con la felicidad todas estas ventajas, tan á menudo funestas. ¡Cuántas veces no ha sido la belleza corrompida por infames seductores! ¡Cuántas gentes han caído en la desgracia por haber formado demasiado vastas empresas, porque tenían fuerza! ¡Cuántos otros, enervados por las riquezas, han caído en los lazos que ellas les habían hecho formar! ¡Qué de hombres ilustres han hallado su perdición en el esplendor de su gloria y en el crédito que ella les había

procurado!—Si me equivoco en alabar incluso la felicidad, lo confieso, no sé ya lo que hace falta pedir á los dioses.

—Quizá no has reflexionado en ello, porque te crees demasiado sabio. Pero puesto que te dispones á entrar en un gobierno democrático, sabes, sin duda, lo que es una democracia.—Lo sé muy bien. —¿Crees que sea posible conocer la democracia sin conocer al pueblo?—No lo pienso.—¿Qué es lo que llamas el pueblo?—Los ciudadanos pobres.—¿Sabes, pues, quiénes son los pobres?—¡Cómo ignorarlo!—¿Y quiénes son los ricos?—Perfectamente bien.—¿A quiénes llamas pobres y á quiénes llamas ricos?—Llamo pobres á los que no tienen bastante para los gastos necesarios, y ricos á los que tienen más de lo que necesitan.—¿Has notado que algunas gentes, no poseyendo sino pocas cosas, tienen sin embargo bastante con ellas, y hacen aún economías; y que otras, con grandes bienes, no tienen lo necesario?—Eso es cierto, y tienes razón de recordármelo. Yo sé hasta de soberanos á los que la miseria obliga, como á indigentes, á cometer injusticias.—Si ello es así, tales soberanos deben colocarse en la clase del pueblo; y las gentes que poseen poco, pero que saben economizar, figurarán entre los ricos.—Mi ignorancia me obliga á convenir en ello, y reflexiono si no haría muy bien en callarme. Hablando francamente, parece que no sé nada.»

Se retiró completamente desalentado, despreciándose á sí mismo, y no considerándose ya sino como un esclavo. La mayor parte de aquellos cuyo orgullo confundía así Sócrates, no volvían ya á verle, y éste los juzgaba todavía más necios. Por lo que se refiere á Eutidemo, creyó que no podría adquirir capacidad sino con el trato de Sócrates. No

le abandonaba mas que para asuntos indispensables; le imitaba incluso en algunos aspectos. Viéndole Sócrates en estas buenas disposiciones, no le rechazaba ya, y le hablaba lo más francamente y lo más claro de los conocimientos que creía necesarios para su instrucción, y á los cuales había de dedicarse Eutidemo con preferencia.

CAPITULO III

No se apresuraba á hacer á los jóvenes que le trataban elocuentes, hábiles en los negocios ni sutiles; pensaba que antes era necesario darles un espíritu sano, persuadido de que, sin esta cualidad, los que tenían talento eran más injustos, más capaces de hacer el mal. Ante todo, se esforzaba en inspirarles buenos sentimientos para con los dioses. Otros que se hallaron en algunas de sus conversaciones sobre este asunto las han publicado; por lo que se refiere á mí, asistí á la conversación siguiente que tuvo con Eutidemo:

«Dime, Eutidemo, ¿no te ha venido nunca á la mente reflexionar sobre los beneficios de la Providencia, que vela para satisfacer todas nuestras necesidades?—No, en verdad.—Primero, sabes que necesitamos de la luz, y que los dioses nos la conceden.—Sin ella, con nuestros ojos, nos pareceríamos á los ciegos.—Necesitamos reposo, y ellos nos dan la noche, tiempo muy favorable para reposar. —Este presente es muy digno también de nuestro agradecimiento.—Además, el sol es luminoso; nos

muestra las horas, y lo alumbra todo á nuestra vista. La noche, por causa de su obscuridad, nos oculta los objetos; pero los dioses la han hecho brillar con la luz de los astros, que nos indica las horas nocturnas, y nos permite descansar en algunos de nuestros asuntos.—Dices verdad.—Añade á eso que la luna nos indica las partes de la noche y del mes. —Eso es cierto también.

—Como tenemos necesidad de alimento, los dioses mandan á la tierra que nos lo suministren: nos dan, á este efecto, las estaciones convenientes, que nos procuran, con abundancia y variedad, no solamente lo necesario, sino lo agradable.—Esa es también una gran muestra de benevolencia para con los hombres.—¿Qué dices del presente que nos han hecho de ese elemento tan precioso que, de acuerdo con la tierra y las estaciones, engendra y hace madurar lo que nos es útil? El agua contribuye á sustentarnos: mezclada con nuestros alimentos, los hace más fáciles de preparar, más saludables y más delicados; y como nos sirve para tantos usos, los dioses nos la conceden con profusión. —Nuevo testimonio de su providencia.

—¿Qué dirás también de que nos procura el fuego, que nos defiende contra el frío, que nos alumbra en la obscuridad, que nos secunda en todas las artes, en todos los trabajos cuyo fin es nuestra utilidad, y del cual, para decirlo en una palabra, no puede prescindirse en los más bellos y más útiles inventos de los hombres?—Sí, eso beneficio es inapreciable.—¿Qué dirás también de que después del invierno el sol vuelve hacia nosotros, madura á su paso los productos de la tierra, y deseca aquellos cuya sazón ha pasado? Después de habernos hecho este servicio, no se nos viene demasiado cerca, sino que vuelve sobre sus pasos, como si

temiese ofendernos por el exceso de su calor. Llegado á esta distancia, donde comprendemos nosotros mismos que un frío más riguroso nos haría perecer, comienza de nuevo su carrera, hasta que llega á esa región del cielo donde su presencia nos es más ventajosa.—Parece, en verdad, que tantas maravillas no sean mas que para los hombres.—Es también evidente que no podriamos soportar ni el frío ni el calor, si pasásemos súbitamente del uno al otro; pero el sol se adelanta hacia nosotros tan pausadamente, se aleja con tanta lentitud, que pasamos sin sentirlo siquiera por los extremos opuestos del calor y del frío.—Tantas maravillas me hacen dudar si los dioses tienen otro objeto que repartir sobre nosotros sus favores. Una sola dificultad me detiene: que los animales comparten sus beneficios con nosotros.—¿Y no es manifiesto que nacen y que son alimentados para los hombres? ¿Qué otra criatura saca una utilidad tan grande como el hombre de las cabras, de las ovejas, de los caballos, de los bueyes, de los asnos y de otros animales? Me parece que obtiene de ellos un partido aún mejor que de los vegetales: no se alimenta menos con ellos, ni se enriquece menos. Se hallan también hombres que se alimentan, no de los productos de la tierra, sino de leche, de queso y de carne. Domestican, dominan á los animales más útiles, y reciben su auxilio en los combates y en otras varias circunstancias.—Convengo en ello contigo, pues veo á animales mucho más fuertes que el hombre someterse á su imperio, y prestarle los servicios que éste quiere exigir de ellos.

—Como los objetos de nuestros goces son múltiples, bellos, útiles y variados, nos han dado sentidos que responden á cada uno, y por medio de los cuales gozamos de todos los bienes. Los dioses han

impreso en nosotros la inteligencia; por ella razonamos sobre los objetos sometidos á nuestros sentidos, conservamos su recuerdo, juzgamos de su utilidad, hacemos hermosos descubrimientos, ya para adquirir los bienes, ya para separar los males. ¿Olvidaré el don de la palabra, que sirve para instruirnos, para establecer entre nosotros un comercio de buenos oficios, para dictar leyes y para gobernar?

—¿Quién podría dudar, Sócrates, de que los dioses hayan tomado por la especie humana el cuidado más tierno?—Finalmente, como no podemos prever por nosotros mismos lo que puede sernos útil en el porvenir, acuden también en nuestra ayuda por la adivinación; responden á nuestras peticiones, y nos enseñan cómo debemos conducirnos.—Me parece, Sócrates, que estos dioses te han tratado más favorablemente que los demás, puesto, que, sin ser interrogados, te indican de antemano lo que debes hacer y lo que debes evitar.

—Reconocerás también, amigo mío, que digo verdad, si no esperas que se ofrezcan á tus ojos bajo una forma visible; si te basta ver sus obras, adorarlos y honrarlos. Piensa que es así como se muestran á nosotros. Todas las divinidades nos prodigan bienes sin hacerse visibles; pero el Dios supremo, el que dirige y sostiene este universo, reuniendo todos sus bienes y toda su belleza; el que, para nuestro uso, le conserva completo en un vigor y una juventud siempre nuevas; quien le obliga á obedecer á sus órdenes más de prisa que el pensamiento y sin extraviarse nunca; este Dios está visiblemente ocupado en grandes cosas, pero no le vemos gobernar.

»Considera que el sol, que parece expuesto á todas las miradas, no permite fijarse en él: quienquiera que dirige sobre él una mirada temeraria,

pierde inmediatamente la vista. Los ministros mismos de la Divinidad son invisibles. El rayo se lanza desde lo alto de los cielos; rompe todo lo que encuentra; pero no se le ve ni cuando se precipita, ni cuando hiere, ni cuando se retira. No se ven los vientos, pero se percibe su presencia y se ven sus efectos. Si en nuestra débil naturaleza nos acerca alguna cosa á los dioses, es sin duda nuestra alma. Es claro que ella reina en nosotros; sin embargo, no es visible. Reflexiona, Eutidemo, y no desprecies las substancias invisibles: reconoce por sus efectos su poder, y reverencia á la Divinidad.

—Estoy seguro, Sócrates, de que no me permitiré el más ligero olvido respecto á la Divinidad; pero lo que me aflige es que no veo á nadie darle bastantes gracias por sus beneficios.—No te atormentes por eso, Eutidemo. Sabes la respuesta del oráculo de Delfos á los que le interrogan sobre la manera de honrar á los dioses: «Seguid las leyes de vuestro país.» Ahora bien; la ley de todos los países es que cada uno sacrifique según sus facultades. ¡Qué manera mejor y más piadosa de honrar á los dioses que la que ellos nos prescriben! Mas no omitas nada de lo que depende de tí; de otro modo, sería desprecio manifiesto. Los has honrado según tu poder, espera con confianza los mayores beneficios; porque, ¿de quién debe esperar el hombre sabio sino de aquellos cuyo poder no tiene límites? ¿Y qué medio para obtenerlo, si no es tratando de complacerlos? ¿Y cómo se los puede complacer mejor que concediéndoles una entera obediencia?»

Por semejantes discursos, y sobre todo por su conducta, hacía Sócrates á sus discípulos más modestos y más religiosos.

CAPITULO IV

Sócrates estaba lejos de ocultar sus sentimientos sobre la justicia, y además los manifestaba bastante por sus acciones. En público, especialmente, su conducta respecto á los ciudadanos era siempre conforme á las leyes, y útil á todos. Sumiso á los jefes de la República en cuanto la ley manda, los obedecía igualmente en la ciudad y en los ejércitos; de manera que se distinguía por su amor para el buen orden. Cuando presidió las asambleas en calidad de epistata, no permitió al pueblo consagrar por su sufragio un injusto decreto; y, de acuerdo con la ley, resistió á la multitud desenfrenada, cuyo furor no hubiera combatido otro sino él. Cuando los Treinta le mandaban alguna cosa injusta, no obedecía. Así, cuando le prescribieron no conversar con la juventud, cuando le encargaron con algunos otros ciudadanos conducir á un hombre que querían condenar á muerte, él solo resistió, porque la orden era injusta.

Fué acusado por Melito. Es costumbre de los acusados procurarse la simpatía de los jueces, adularlos, dirigirles súplicas contrarias á las leyes. Varios se han hecho absolver por este manejo. El no quiso permitirse nada contrario á la ley. Sin embargo, si hubiera hecho algunas insignificantes insinuaciones, hubiera sido fácilmente absuelto; pero prefirió morir observando la ley, que quebrantarla para salvar su vida.

Más de una vez sostuvo este lenguaje sobre la

justicia; y he aquí la conversación que tuvo un día respecto á esta materia con Hipias el eleático. Hacía mucho tiempo que Hipias no había ido á Atenas. Encontró á Sócrates precisamente cuando éste decía á varias personas: «Si se quiere enseñar á un joven el oficio de zapatero, de calderero ó de albañil, ó se pretende hacer de él un escudero, no hay dificultad para encontrarle maestros por todas partes. Se asegura incluso que hay gentes muy dispuestas para encargarse de la instrucción de un buey ó de un caballo. Pero si quieres aprender tú mismo la justicia ó hacer dar lecciones de ella á tu hijo ó á tu criado, no encontrarás en ninguna parte quien se encargue de tal enseñanza. Eso es lo que me asombra mucho.»

Hipias, que le había escuchado, le dijo con tono burlón: «¡Cómo! Sócrates, ¿repites, pues, aún las mismas cosas que te he oído ya decir hace tanto tiempo?—Sí; siempre las mismas cosas y siempre sobre los mismos asuntos. En cuanto á ti, que eres un hombre tan sabio, ¿quizá no te explicas sobre los mismos asuntos siempre de la misma manera? —Seguramente, procuro no decir mas que cosas nuevas.—Si se te hablase de lo que sabes, si se te preguntase cuántas letras hay en el nombre de Sócrates y cuáles son esas letras, ¿procurarías responder, ya de una manera ya de otra? O si se te preguntase si dos veces cinco hacen diez, ¿no responderías ahora como habrías respondido antes? —Sobre esas cuestiones, Sócrates, respondo como tú, siempre lo mismo; pero sobre la justicia, ni tú ni nadie podría objetar nada á lo que tengo que decir ahora.

—¡Por Here! ¡Pretendes haber hecho un gran descubrimiento! En lo sucesivo no habrá ya diversidad de opiniones entre los jueces; ¡nada de quere-

llas, de procesos, de sediciones entre los ciudadanos! ¡nada de guerras entre las repúblicas! Estas se hallarán de acuerdo sobre sus derechos recíprocos. No, yo no te abandonaré hasta que me hayas enseñado este admirable secreto que hallaste.—Y yo no te diré nada hasta que me hayas dado tu definición de la justicia; pues tu costumbre es mofarte de los demás, interrogar y molestar á todo el mundo, sin querer nunca tener consideraciones con nadie.

—¿No sabes, pues, Hipias, que no ceso nunca de mostrar lo que pienso sobre la justicia?—¿En qué términos la defines?—La defino, si no por palabras, á lo menos por acciones. ¿No hallas las acciones más convincentes que las palabras?—Mucho más; pues muchas gentes dicen cosas muy justas y cometen grandes injusticias; pero, conformando á la justicia todas sus acciones, es imposible ser injusto. —Pues bien; ¿has sabido nunca que yo haya servido de testigo falso, que haya calumniado, enemistado á amigos, excitado sediciones en el Estado ó cometido alguna otra injusticia?—No, nunca.—¿Y abstenerse de la injusticia no es, pues, ser justo?

—Veo, Sócrates, que tratas de esquivarme para no decir lo que piensas de la justicia; pues dices, no lo que hacen los hombres justos, sino lo que no hacen. —Yo creía que no querer ser inicuo era una prueba suficiente de justicia. Si no piensas igual, ve si esto te satisfará más: yo digo, pues, que la justicia es la observación de la ley.—¿Llamas, entonces, justo á lo que es conforme á la ley?—Sí.—No comprendo bien lo que llamas conforme á la ley y lo que llamas justo.—¿Conoces las leyes del Estado?—Sí. —¿Cuáles son?—Lo que los ciudadanos, de común acuerdo, han prescrito hacer ó prohibirse.—Pues bien; el ciudadano que se conforma con estas órdenes es amigo de las leyes; el que no se conforma

con ellas es su enemigo.—Eso es muy cierto.—De ese modo, el que está sometido á las leyes observa la justicia, y quien las resiste se hace culpable de iniquidad.—Sin duda.—El que observa la justicia es justo; el que no la observa es injusto.—¿Quién no convendría en eso?—Por consiguiente, el que se somete á las leyes es justo, y el que las infringe es injusto.—¿Y cómo consideraremos buenas las leyes, y obligación seria el obedecerlas, cuando sucede frecuentemente á los mismos que las han dictado condenarlas y derogarlas?—¡Pues qué! ¿no ocurre á menudo que los Estados emprenden la guerra y hacen después la paz?—Sin duda.—Censurar á los que observan las leyes por la razón de que pueden ser derogadas, ¿no es condenar también á los soldados que se mantienen en sus puestos y en buen orden, aunque deba hacerse un dia la paz? ¿Desprecias á los ciudadanos que, en los combates, tratan de socorrer á su patria?—No, en verdad.—¿Has observado que Licurgo no hubiera hecho á Lacedemonia superior á las demás repúblicas, si no hubiera introducido en ella el mayor respeto hacia las leyes? ¿No se consideran como los más hábiles magistrados los que saben inspirar mejor á los ciudadanos la sumisión á las leyes? ¿Y no goza en paz de la mejor constitución la república donde aquéllas son más reverenciadas? ¿no es la más invencible en la guerra?

»Nada tan hermoso como la concordia en los Estados: todos los dias la recomiendan á los ciudadanos los magistrados y las personas más señaladas de la nación. En todos los pueblos de Grecia, una ley dice que los ciudadanos jurarán vivir unidos, y por todas partes prestan este juramento. Se exige de ellos tal unión, no para que tengan todos un mismo juicio sobre los coros, para que aplaudan todos á

los mismos tocadores de flauta, para que den todos la preferencia á los mismos poetas ni para que estén todos de acuerdo en sus gustos, sino para que obedezcan todos á las leyes. Mientras que les están sometidos, los Estados conservan todo su vigor y la más brillante prosperidad: sin la concordia, ni las repúblicas ni las familias pueden estar bien gobernadas.

»En la vida privada, ¿qué medio hay más seguro para ponerse al abrigo de toda indagatoria y llegar á los honores, que obedecer á las leyes? ¿Quién en los tribunales está más seguro de ganar su causa? ¿A quién se confiará con más gusto ó su fortuna, ó sus hijos, ó sus hijas? ¿A quién concederá el mismo Estado su confianza, si no es al amigo de las leyes? ¿De quién esperan más equidad los autores de nuestros días, los parientes, los criados, los amigos, los ciudadanos y los extranjeros? ¿Con quién preferirán los enemigos verificar una tregua, un tratado, ó regular condiciones de paz? ¿A quién entregarán con más gusto los aliados sus tropas, sus guarniciones, sus ciudades? ¿De quién esperará el bienhechor más agradecimiento, si no es del observador de las leyes? ¿A quién gusta complacer, sino á aquel cuyo agradecimiento es seguro? ¿No es de él de quien se desea ser amigo y del que se apetece menos ser enemigo? ¿A quién se temerá más atacar, sino á aquel del cual se desea ardientemente ser amigo y de ningún modo enemigo; á aquel del que todo el mundo quiere ser amigo y aliado, y que no tiene sino un pequeñísimo número de enemigos?

»Te he probado, Hipias, que lo que es conforme á los leyes está de acuerdo al mismo tiempo con la justicia. Si piensas de otra manera, indícamelo. —Sobre este artículo, comparto absolutamente tu opinión.

—¿Conoces, Hipias, leyes no escritas?—Sin duda, las que reinan en todos los países.—¿Dirás que son los hombres los que las han formulado?—¿Y cómo lo diría yo, si no han podido reunirse todos en un mismo lugar, y además no hablan una misma lengua?—¿Quién crees, pues, que haya formulado estas leyes?—Son los dioses los que las han prescrito á los hombres; y la primera de todas, reconocida en el mundo entero, ordena reverenciar á los dioses.—¿No está también ordenado por todas partes honrar á los padres?—Sin duda.—¿Y las mismas leyes no prohiben á los padres y á las madres casarse con sus hijos, y á los hijos casarse con los autores de sus días?—Respecto á esta ley, no creo que venga de Dios.—¿Por qué?—Porque veo gentes que la infringen.

—Se infringen otras muchas; pero los hombres que violan las leyes divinas sufren un justo castigo, mientras que hay infractores de las leyes humanas que se libran de la sanción, ó porque la desafían, ó porque se ocultan en la sombra.—¿Y cuál es, pues, ese castigo que no puede eludir el padre que se casa con su hija, ó el hijo que se casa con su madre? —El mayor de todos: ¿qué puede, efectivamente, suceder más funesto que dar vida á una mala posteridad?—¿Y por qué será mala su posteridad? Si son buenos ellos mismos, ¿qué impide que su posteridad se les asemeje?—Aquí no basta la bondad de carácter; es preciso también una cualidad que acompaña á la flor de la edad. ¿Crees, pues, que la facultad generatriz sea la misma en la edad de la fuerza, la misma en el que está todavía en la infancia, y la misma hacia el declinar de la vida? —Eso no es posible.—¿Y qué edad crees más favorable para la propagación de la especie?—La del pleno vigor, sin duda.—¿Antes y después de esta

edad, no se puede, por consiguiente, prometerse una posteridad vigorosa?—No lo creo.—¿En estas dos épocas de la vida no hay que pensar en procrear semejantes?—No.—¿Eso no es, pues, engendrar como la Naturaleza lo prescribe?—Así lo pienso.—¿A qué llamaremos, por tanto, una mala posteridad, sino á la que proviene de esas uniones condenables?—Soy también de tu parecer sobre este punto.

—Dime, ¿no existe una ley universalmente reconocida que ordena pagar recíprocamente á un bienhechor?—Sí.—Se la infringe, sin embargo: pero los infractores son castigados, pues los abandonan los mejores amigos, y se ven obligados á buscar á hombres que los odian. La amistad consiste en hacer bien á los amigos; pero el que no ha agradecido un beneficio, ¿no es odiado de su bienhechor por causa de su ingratitud? y, como encuentra su interés en atraérsele, ¿no le hace bajamente la corte?—En verdad, Sócrates, que se reconoce aquí la justicia de los dioses. Que cada ley lleve consigo el castigo del infractor, ¿no es la obra de un legislador superior al hombre?

—¿Y crees, Hipias, que los dioses ordenan cosas justas, ó que prescriben leyes extrañas á la justicia? ¿Y cómo le serían extrañas sus leyes? ¿Quién podría siquiera ordenar lo que es justo, sino los dioses? Lo que agrada á los dioses, Hipias, es por tanto al mismo tiempo justo y conforme á las leyes.»

Así, por su conducta y sus discursos, imprimía Sócrates cada vez más el amor á la justicia en el corazón de los que le trataban.

CAPITULO V

No se dedicaba menos á formar á sus discípulos en la práctica de la virtud que á darles sus principios. Persuadido de que la templanza es la primera cualidad de un hombre que quiere conducirse bien, mostraba en sí mismo el más perfecto modelo de ella, y la hacía el asunto más ordinario de sus conversaciones; y como su espíritu estaba sin cesar ocupado en los medios que conducen á la virtud, los recordaba sin cesar á todos sus oyentes. Yo sé que tuvo un día con Eutidemo la conversación siguiente sobre la templanza:

«Dime, Eutidemo, ¿te parece la libertad el más hermoso, el mayor de todos los bienes para el Estado y para los particulares?—No conozco otro más estimable.—Al que se deja dominar por la voluptuosidad, y ésta le impide hacer buenas acciones, ¿le juzgas libre?—De ningún modo.—¿Llamas tal vez libertad al poder de hacer bien, y consideras como una servidumbre mantener en ti mismo soberanos que te arrebatan este poder?—Ese es precisamente mi pensamiento.—De ese modo, ¿los hombres intemperantes no son á tus ojos sino esclavos?—Ciertamente, y con justo título.—¿Crees que los intemperantes estén imposibilitados para hacer el bien? ¿No piensas que están obligados á cometer muchas cosas vergonzosas?—No los creo menos fuertemente impulsados hacia las acciones bajas que separados del bien.—¿Qué piensas de los maestros que prohiben el bien y que ordenan el

mal?—Que son todo lo malos posible.—¿Y cuál es la peor de las servidumbres?—La que nos somete á los maestros peores.

—¿Están dominados, por tanto, los intemperantes por la más cruel servidumbre?—Así lo creo. —¿No te parece también que la intemperancia arranca á los hombres de la sabiduría, el mayor de los bienes, para precipitarlos en todos los desórdenes; que, arrastrando siempre al placer, prohibe entregarse á nada útil y ocupar en ello el pensamiento; que á menudo da un vértigo que quita el conocimiento del bien y del mal, y obliga á elegir lo peor?—Es cierto.

—¿Dónde se encontrará más difícilmente la prudencia que en los intemperantes? Pues nada más opuesto que las acciones de la prudencia y las del libertinaje.—Convengo también en esta verdad. —¿Hay nada que nos separe más de la decencia y del deber que el libertinaje?—Nada, seguramente. —Y el vicio que nos hace preferir lo que perjudica sobre lo que es útil, que nos obliga á ocuparnos por entero en lo que ha de perdernos y á descuidar lo que ha de servirnos, que nos impulsa á no hacer sino las acciones más contrarias á la prudencia, ¿tal vicio no es el más funesto de todos los males? —No hay nada más pernicioso.

—¿Qué produce efectos contrarios á los que acabamos de describir, la templanza ó la intemperancia?—Claro que la intemperancia.—¿No es también evidente que la causa de estos efectos contrarios es buena?—Seguramente.—¿Es preciso, por tanto, que la templanza sea un gran bien para el hombre? —Eso es manifiesto.—¿Has pensado en una cosa? —¿En qué?—En que la intemperancia no puede conducir al placer, del cual parece susceptible ella sola, mientras que la templanza es la verdadera

fuente de la mayor voluptuosidad.—¿Y cómo?—Porque la intemperancia, que no nos permite sufrir el hambre, la sed, las vigilias ni la privación de los placeres del amor, nos impide por eso mismo encontrar una verdadera dulzura en satisfacer los deseos que la necesidad nos impone. Pues, ¿por qué se encuentra placer en contentar el hambre, la sed ó el apetito; en entregarse al reposo, al sueño ó á los placeres del amor? Es porque se ha sido preparado por los rigores de la privación á todos los encantos del goce. Sólo la templanza nos enseña á soportar la necesidad; sólo ella puede hacernos conocer placeres reales.—Lo que dices es una verdad sensible.

—Aprender á conocer el verdadero bien y la verdadera belleza, á gobernar uno su cuerpo, á dirigir bien su casa, á servir á sus amigos y á su patria, á someter á sus enemigos; esa es la fuente de las mayores ventajas y de la más inalterable voluptuosidad. Los sabios recogen estos frutos, negados al intemperante. ¿Quién es menos digno que el ser que, consagrado á la voluptuosidad, no hizo nunca sacrificios á la virtud?

—¿Dices, según me parece, Sócrates, que un hombre dominado por los placeres de los sentidos es incapaz de ninguna virtud?—En efecto; ¿qué diferencia hay, Eutidemo, entre el libertino y el animal estúpido? ¿Cómo distinguir del bruto al que, no dirigiendo nunca sus miradas hacia el bien, no busca sino la voluptuosidad, no vive y no obra sino para ella?

»Sólo al hombre moderado le es posible investigar lo que hay mejor en todas las cosas, distinguirlas entre sí por la ayuda del razonamiento y de la experiencia, elegir las buenas y rechazar las malas.» Sócrates pretendía que así se formaban los

hombres honrados, los hombres más felices y los más elocuentes. Añadía que la palabra *disertar* venía de la costumbre de reunirse para conferenciar juntos y *distinguir* los objetos según su género; que era necesario, por tanto, prepararse y entregarse por completo á un estudio que forma los personajes más importantes, los políticos excelentes y los más hábiles *dialécticos* (1).

CAPITULO VI

Voy á esforzarme en exponer también cómo formaba Sócrates á sus oyentes en el arte de razonar. Pensaba que, viendo por sí mismo las cosas como son en efecto, se podía dar el conocimiento de ellas á los demás; pero que con nociones imperfectas se engañaba uno el primero, á la vez que se arrastraba á los demás en el error. Por eso no cesaba nunca de ocuparse con sus amigos en la investigación de la verdad. Sería un gran trabajo referir todas sus definiciones. Me contentaré con insertar aquí algunas; bastarán para indicar su sistema.

Veamos, primero, cómo consideraba la piedad. «Dime, Eutidemo, ¿qué piensas de la piedad? —Que es la más hermosa de las virtudes.—¿Podrías decirme cuál es el hombre piadoso?—Es, creo

(1) En griego, las tres palabras *disertar, distinguir* y *dialéctico* provienen de la misma raíz, circunstancia que no puede hacerse patente en la versión castellana.

yo, el que honra á los dioses.—¿Puede cada uno honrar á los dioses á su capricho?—No, ciertamente; existen leyes que regulan nuestro culto. —¿El que conoce estas leyes sabe, por consiguiente, cómo ha de honrar á los dioses?—Así lo creo.—¿Y el que sabe cómo debe honrar á los dioses piensa que puede separarse del rito que conoce?—Sin duda que no.—¿No los honrará, pues, de otro modo él mismo?—No lo creo.—Entonces, ¿cuándo se conocen las leyes relativas al culto, se da á los dioses un culto legítimo?—Seguramente.—¿Y cuándo se les da un culto legítimo, se les honra como se debe? —No lo dudo.—¿Y el que los honra como se debe, es un hombre piadoso?—Sin duda.—De ese modo, definiremos como hombre piadoso al que conoce el culto legítimo.—La definición me parece justa.

—¿Se puede uno portar con los hombres según su capricho?—No; pero quien conoce las leyes que los hombres deben observar recíprocamente entre sí, es el que merece únicamente el nombre de justo. —¿No es, pues, adaptándose á estas leyes como se practican los deberes de la sociedad?—¿Cómo practicarlos de otro modo?—¿Y no es sino prácticándolos como se conduce uno bien con los hombres?—Sin duda.—¿Conduciéndose bien con los hombres, se cumplen bien todas las funciones de la sociedad? —Nada más claro.

—¿Siguiendo estas leyes, se observa la justicia? —¿Dudas de ello?—¿Sabes, por tanto, lo que es la justicia?—Lo que prescriben las leyes.—¿Los que hacen cuanto las leyes ordenan, cumplen, por consiguiente, al mismo tiempo las leyes y su deber? —Eso es indiscutible.—¿Observando la justicia, se es justo?—Así lo creo.—¿Piensas que se pueden observar las leyes sin saber lo que las leyes ordenan? —No, seguramente que no.—¿Y entre los que saben

cuanto es preciso hacer, los hay que creen deber dispensarse de ello?—Eso sería un absurdo.—¿Conoces gentes que hagan otra cosa sino lo que creen deber hacer?—No.—¿Así, cuando se conocen las leyes que regulan la conducta que debe observarse con los hombres, se observa la justicia?—Sin duda.—¿Y observando la justicia se es justo?—¿Se podría serlo de otro modo?—¿Definiremos, pues, al justo como el que conoce las leyes que debe observar en su conducta con los hombres?—Me parece que se le debe definir así.

—¿Pero qué diremos de la sabiduría? Dime, ¿los sabios lo son solamente en lo que saben, ó pueden serlo incluso en lo que no saben?—No pueden serlo, Sócrates, sino en lo que saben: ¿cómo se sería sabio en lo que se ignora?—¿Son, pues, las luces las que constituyen los sabios?—¿Quién podría ser sabio, si no fuera por las luces?—¿Es otra cosa que la sabiduría lo que hace sabio?—No lo creo.—¿El saber es, pues, la misma cosa que la sabiduría?—Así me parece.—¿Y crees que un hombre puede saberlo todo?—Muy lejos de eso; creo que no puede saber sino muy poco.—¿El mismo hombre no puede, por tanto, ser sabio en todo?—Ni mucho menos.—¿Cada uno no puede, pues, ser sabio sino en lo que sabe?—Esa es mi opinión.

—¿Quieres que investiguemos del mismo modo la naturaleza del bien?—¿Cómo emplear este medio?—¿Crees que la misma cosa sea útil á todos?—No lo pienso.—¿Lo que es útil á uno no te parece algunas veces perjudicial á otro?—Precisamente.—¿No es, á tu parecer, el bien lo que es útil?—Sin duda.—¿Lo que es útil es, por consiguiente, un bien para quien sabe aprovecharlo?—Sí.

—¿No sucede lo mismo con lo bello? Cuando hablas de la belleza de un cuerpo, de un vaso ó de

cualquier otro objeto, ¿piensas que este objeto sea bello para cualquier uso?—Sin duda que no.—¿Es, pues, hermoso solamente para el uso al cual debe servir?—Seguramente.—¿Lo que es bello bajo un cierto aspecto de utilidad, lo será también bajo otros aspectos?—Eso no es una consecuencia.—¿Lo que es útil es, pues, bello relativamente al uso al cual se destina?—Así lo creo.

—¿Colocas el valor en la categoría de las cosas bellas?—Sí, é incluso en el número de las más bellas.—¿No le crees, pues, útil sólo para cosas pequeñas?—Le creo útil para todo lo que hay más grande. —Se ejerce en medio de los peligros y sobre los objetos más terribles, ¿pero es bueno no conocer estos objetos terribles?—Por el contrario, es preciso conocerlos.—Los que desafían los peligros porque no los conocen, ¿no son, pues, en efecto, valerosos?—No, ciertamente, ó muchos cobardes y locos merecerían este nombre.—¿Y los que temen lo que no tiene nada de terrible?—Le merecen todavía menos.—¿Llamas valerosos á los que se portan bien en las ocasiones peligrosas, y cobardes á los que se conducen mal en ellas?—Seguramente.—¿Consideras valientes á otros hombres que á los que saben sacar partido de los peligros?—No, por cierto.—¿Y llamas cobardes á los que son incapaces de sacar partido de ellos?—¿A qué otra especie de hombres darías este nombre?—¿Cada uno se conduce en el peligro como cree deber hacerlo?—Lo contrario sería imposible.—¿Los que en él se portan mal saben lo que deben hacer para portarse bien?—No. —¿Los que lo saben pueden, por tanto, hacerlo? —Son los únicos que pueden.—¿Los que no se separan de los principios, se conducen mal?—No. —¿Los que se conducen mal se apartan, por tanto, de los principios?—Eso es verosímil.—De ese mo-

do, ¿los que saben sacar un buen partido de las ocasiones peligrosas y terribles, son hombres valerosos, y los cobardes son los que lo ignoran?—Así lo pienso.»

Sócrates consideraba la monarquía y la tiranía como dos autoridades; pero ponía entre ellas una gran diferencia. Pensaba que, en la monarquía, los pueblos obedecen por su propio consentimiento á una autoridad conforme á las leyes; pero que, bajo la tiranía, se inclinan, á pesar suyo, bajo el yugo de un hombre que gobierna según su capricho y sin consultar las leyes. Llamaba aristocracia á la República gobernada por ciudadanos amigos de las leyes; plutocracia, aquella donde dominan los ricos; democracia, aquella donde todo el pueblo se reparte el poder.

Si alguno le contradecía sin tener buenas razones que dar, si le sostenía, sin ninguna prueba, que tal hombre era más prudente, más sabio administrador, más valeroso que otro, ó hacía algún aserto semejante, Sócrates llevaba la cuestión á los primeros principios: «¿Dices, pues, que el hombre á quien nos alabas es mucho mejor ciudadano que aquel de quien hablo?—Eso es lo que sostengo.—Veamos, pues; ¿no hay que examinar primero cuál es el deber de un ciudadano?—Bueno.—Si se trata de la administración del tesoro, ¿no triunfará sobre sus conciudadanos el que enriquezca más á la República?—Seguramente.—¿Y en la guerra, el que la haga más á menudo victoriosa de sus enemigos?—Sin duda.—¿Y en las negociaciones, el que la procure la alianza de los pueblos que combatían contra ella?—No discuto eso.—¿Y en la asamblea del pueblo, el que pueda apaciguar mejor las disensiones, y lleve más fácilmente á la concordia?—Así lo creo.

De ese modo, reduciendo las cuestiones á su mayor sencillez, hacía sensible la verdad á sus adversarios.

En toda discusión procedía por los principios más generalmente consagrados, persuadido de que este era un método infalible. Por eso no he conocido á nadie que supiera llevar mejor á sus oyentes á reconocer las verdades que quería demostrarles. Afirmaba que, porque Ulises sabía deducir sus pruebas de las ideas recibidas por quienes le escuchaban, dijo de él Homero que era un orador seguro de su causa.

CAPITULO VII

Creo haber dicho bastante para probar que Sócrates exponía sus principios con sencillez. Voy á referir ahora cuánto se dedicaba á hacer á sus discípulos capaces de cumplir las funciones que les convenían. No conozco á nadie que se haya tomado tanto trabajo para penetrar las disposiciones de los que iban á escucharle. Les enseñaba con un celo infatigable todo lo que sabía y que importaba conocer á un hombre bien nacido; los dirigía á gentes instruídas para que aprendiesen de ellas lo que él mismo ignoraba.

Les enseñaba también cuál es el punto donde, en cada ciencia, debe detenerse todo hombre que ha recibido una educación liberal, límite que no se debe franquear en una educación bien dirigida. «Por ejemplo, decía, que se aprenda bastante geo-

metria, bien para estar en condiciones, en caso de necesidad, de medir exactamente el terreno que se quiera, ó de vender, comprar ó dividir por porciones, bien para demostrar la exactitud de su operación. Eso es tan fácil, añadía, que por poco que uno se dedique á ello, podrá incluso tomar las dimensiones de la tierra entera.» Pero no aprobaba el elevarse hasta las dificultades de esta ciencia; y, aunque él mismo no las ignorase, decía que no veía su utilidad, pues podían ocupar toda la vida de un hombre y desviarle de los demás estudios útiles.

Quería también que se supiese bastante astronomía, para conocer en la tierra, en el mar y haciendo la guardia las horas de la noche, los días del mes y las estaciones del año; para tener signos que adviertan los deberes que se deben cumplir, ya en la nsche, ya en el mes ó en el curso del año; ciencia fácil que juzgaba al alcance de los cazadores nocturnos, de los pilotos, en una palabra, de los que quieren prestarle alguna atención. Pero poseer la astronomía hasta conocer las cosas que no están comprendidas en el mismo movimiento del cielo, tales como los planetas, los astros errantes, su distancia de la tierra, su marcha y las causas de sus revoluciones, es lo que desaprobaba enérgicamente, no viendo ninguna utilidad en todas estas especulaciones. Y no las despreciaba por ignorancia. «Pero, decía, son también propias para consumir la vida del hombre y para alejarle de muchos trabajos útiles.»

En general, Sócrates no gustaba de que se tomase con inquietud el descubrir cómo ha ordenado la Divinidad los cuerpos celestes. Pensaba que los hombres no podían penetrar estos secretos; que se disgustaba á los dioses sondeando los misterios que

ellos no se han dignado manifestarnos; que entregarse á estas investigaciones era correr el riesgo de perderse en todas las locuras de Anaxágoras, que se vanagloriaba de explicar las operaciones de los dioses sobre la Naturaleza. Cuando este filósofo decía que el sol es la misma cosa que el fuego, ignoraba, por tanto, que los hombres pueden contemplar impunemente el fuego, mientras que no podrían mirar el sol de frente; que el sol ennegrece la piel, efecto que no produce el fuego; ignoraba, pues, que los productos de la tierra no reciben la vida y el desarrollo sino de los rayos del sol, mientras que el calor del fuego los destruye. Pretendiendo que el sol era una piedra inflamada, no había notado que las piedras expuestas al fuego no dan luz y son calcinadas muy pronto, mientras que el sol, siempre inalterable, continúa brillando con un nuevo esplendor.

Aconsejaba el estudio de los números; pero recomendaba, como para las demás ciencias, no empeñarse en la solución de vanos problemas. Examinaba él mismo hasta qué punto podían ser útiles todos los conocimientos: ese era el asunto de sus conversaciones con sus amigos.

Los exhortaba con fuerza á ocuparse en su salud, ya consultando á las personas instruídas sobre el mejor régimen que habían de seguir, ya observando, en el curso de la vida, qué alimentos, qué bebidas, qué géneros de ejercicio les eran más convenientes, y qué empleo debían hacer de ellos para conservar una salud perfecta. Aseguraba que, conduciéndose con esta prudencia, se encontraría difícilmente un médico que supiera mejor que uno mismo lo que conviene á su propia salud.

Si alguno quería elevarse por encima de los conocimientos humanos, le aconsejaba que se dedica-

se á la adivinación. «Cuando se conocen, decía, los signos que nos dan los dioses de su voluntad, no se deja nunca de recibir sus consejos.»

CAPITULO VIII

Sócrates aseguraba que un genio le mostraba, por ciertos signos, lo que debía hacer y lo que debía evitar; ¡y sin embargo ha sido condenado á muerte! ¿Se atreverá uno por eso á considerarle sospechoso de mentira? Observamos, primero, que había llenado la mayor parte del curso de su vida, que su condena apenas adelantó el término natural de sus días; que sólo perdió la porción más penosa de la vida, aquella en que el espíritu se debilita. Sacrificándola, desplegando todo el vigor de su alma, defendiendo su causa con toda la fuerza de la verdad, de la justicia y de la libertad, recibiendo su sentencia con tanta dulzura como valor, se cubrió de gloria; porque es creencia unánime que ningún hombre del cual se conserve memoria ha sostenido más noblemente las proximidades de la muerte.

Estaba obligado á vivir aún treinta días después de su condena, porque las fiestas de Delos caían precisamente en el mes en que se había dictado aquélla, y nadie puede ser ejecutado mientras el barco sagrado no haya vuelto de esa isla. Todos los que le vieron durante este plazo reconocieron que no había cambiado nada en su manera ordinaria de vivir. Su inalterable serenidad y su buen humor habían producido hasta entonces admira-

ción, y le habían colocado por encima de todos los hombres. Pero, ¿cómo se podía tener una muerte más hermosa que haciéndola digna de tal vida? ¿Cómo, además, morir mejor que muriendo lo mejor posible? ¿Y la muerte más bella, no es al mismo tiempo la más feliz y la más agradable á los dioses?

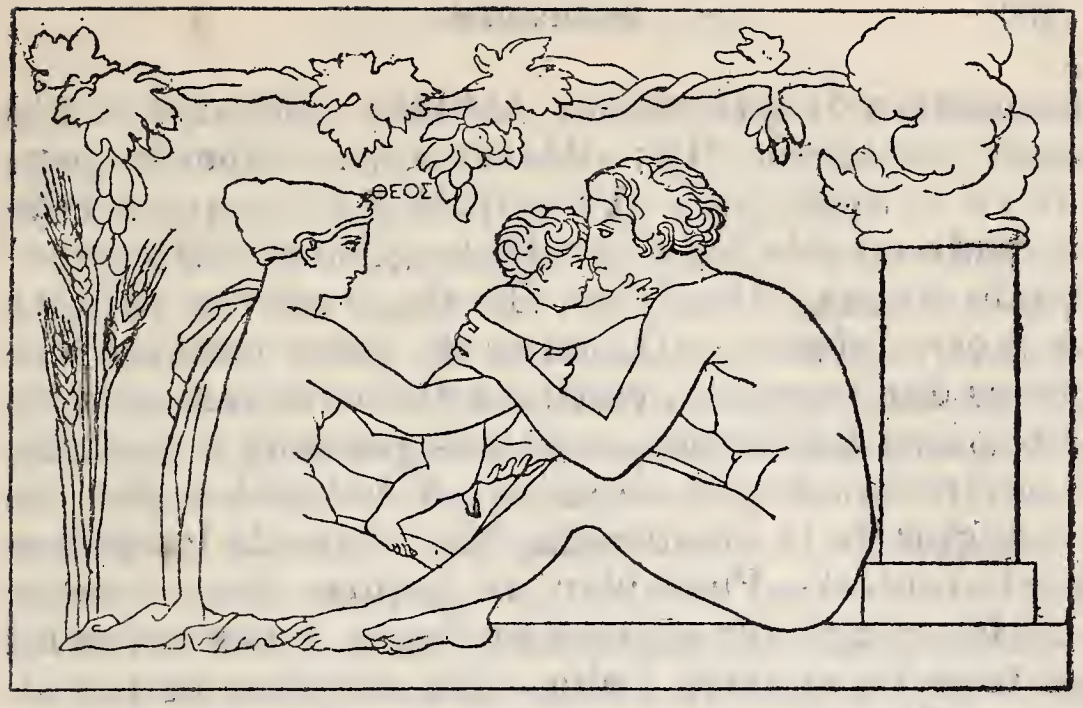
Voy á referir lo que sé de Hermógenes, hijo de Hiponico. Melito había dirigido ya la acusación contra Sócrates, y este sabio conversaba de cualquier otra cosa menos de su proceso. «Deberías pensar en tu apología, le dijo Hermógenes.—¡Cómo! ¿no te parece que me he ocupado en ella toda mi vida?—¿Y cómo?—Dedicándome sin cesar á considerar lo que es justo ó injusto, á practicar la justicia, á huir de la iniquidad.» Esto es lo que Sócrates juzgaba como la más hermosa defensa. «¿Pero no ves, Sócrates, que los jueces de Atenas, influídos por los oradores, han sacrificado ya á muchos inocentes y han absuelto á muchos culpables?—Más de una vez, mi querido Hermógenes, he deseado dedicarme á una apología que pronunciaría ante mis jueces; mi genio se ha opuesto á ello.—Lo que dices me sorprende.—¡Pues qué! ¿te asombras de que los dioses juzguen que me es ventajoso acabar? ¿Ignoras que puedo desafiar á cualquiera á probar que haya vivido ó más irreprochable ó más feliz que lo he sido yo hasta este día? Porque creo que no se puede vivir mejor que tratando de ser más bueno; ni más agradablemente que teniendo la plena conciencia de su mejora. Es una felicidad que no he dejado de experimentar hasta hoy, y de la cual me he dado cuenta interrogándome á mí mismo, tratando á los demás, comparándome con ellos. Mis amigos me han juzgado como yo; y no puedo creer que esto sea por una ternura ciega, pues todos los amigos expondrían el mismo juicio

sobre aquellos á quienes aman. No, mis amigos no están ciegos, pero han creído que en mi sociedad se hacían ellos mismos más perfectos. Si vivo, ¿no estaré obligado á pagar el tributo á la vejez? Mi vista se debilitará, mi oído será menos sensible, mi inteligencia perderá cada día algo de su fuerza; seré lento para comprender; lo que haya aprendido lo olvidaré fácilmente, y estaré privado desde entonces de todas las ventajas que antes constituyeron mi felicidad. Si no tengo el sentimiento de este declinar, habré cesado de vivir; si lo noto, arrastraré una vida triste y desgraciada.

»¡Moriré injustamente! Pues bien; la vergüenza de mi muerte recaerá sobre mis verdugos. Porque, si la injusticia es una cosa vergonzosa, ¿cómo no sería vergonzoso cometerla? ¿Y qué vergüenza hay para mí en haber sido la víctima de la ignorancia y de la injusticia? Dirigiendo mis miradas sobre la antigüedad, no veo que se comparta el mismo renombre entre los opresores y los oprimidos. Sí, estoy seguro de ello, los hombres honrarán mi memoria; no tendrán los mismos sentimientos para Sócrates y para sus perseguidores. Me rendirán siempre el testimonio de que no fuí nunca injusto respecto á nadie; que, lejos de ser corruptor, he trabajado constantemente para hacer mejores á los que me han tratado.» Eso es lo que Hermógenes y otros varios oyeron de su boca.

Todos los amigos de la virtud que conocieron á Sócrates le echan de menos todavía, porque encontraban á su lado los mayores auxilios en la investigación de la virtud. Por lo que á mí se refiere, le he visto tal como le he pintado: tan religioso, que no se atrevía á emprender nada sin un aviso del cielo; tan justo, que nunca perjudicó á nadie, y hacía el mayor bien á todos los que buscaban su

amistad; tan morigerado, que no prefirió jamás lo agradable á lo honesto; tan prudente, que no se engañaba nunca cuando tenía que decidir sobre lo que era mejor ó peor; no teniendo necesidad de consejo, y bastándose siempre á sí mismo; uniendo los recursos del razonamiento al talento de la palabra; tan hábil para juzgar á los hombres, como para reprenderlos por sus faltas y para encaminarlos al honor y á la virtud: tal me ha parecido Sócrates, el mejor, el más dichoso de los humanos. Que los que no compartan mi opinión comparen las costumbres de los demás hombres con las de Sócrates, y que juzguen.



APOLOGÍA DE SÓCRATES

Creo que es mi deber transmitir á la posteridad la conducta de Sócrates citado ante la justicia; decir qué partido tomó con relación á su defensa, y cómo quiso morir. Otros han tratado el mismo asunto antes que yo, y todos han estado de acuerdo sobre la valentía de su lenguaje: así, nadie duda sobre este punto. Pero al indicarnos los motivos que le hicieron preferir la muerte, resulta de ello que su valentía en esta ocasión parece en él muy poco dirigida por la prudencia.

Hermógenes, hijo de Hipónico, amigo de Sócrates, ha hablado de esto de manera que demostraba el más perfecto acuerdo entre la nobleza de sus respuestas y la de sus sentimientos. Como veía que

la cuestión de que menos hablaba Sócrates era la de su proceso, le dijo: «Sócrates, ¿no deberías pensar en tu apología?—¡Para qué! ¡no ves que me he ocupado en ella toda mi vida!—¿Cómo?—No cometiendo nunca injusticias. He ahí, á mi ver, mi más hermosa defensa.—¿Ignoras tú, pues, cuántos inocentes han perecido, víctimas de su altivez, ante los tribunales atenienses, mientras que muy á menudo, ó enternecidos por súplicas, ó seducidos por los prestigios de la elocuencia, han absuelto los jueces á criminales?—Pues bien, te lo juro: dos veces he querido ocuparme en esta apología, y dos veces mi genio se ha opuesto á ello.—Me asombra lo que dices.—¡Cómo! ¡te sorprendes de que Dios juzgue que me es ventajoso acabar! ¿Ignoras, entonces, que puedo desafiar á cualquiera á que demuestre que ha vivido más irreprochablemente que yo, puesto que sé ¡consoladora idea! que toda mi vida he sido religioso y justo? Fuerte con mi opinión, he visto también á mis discípulos hacerme la misma justicia; en cambio, ahora, si el curso de mi vida se prolonga, ¿no estaré obligado á pagar el tributo á la vejez? Mi vista se debilitará, mi oído se hará menos sensible, seré más lento para comprender; lo que haya aprendido lo olvidaré fácilmente. Si llego á darme cuenta de este declinar y á no serme grato á mí mismo, ¿qué atractivo tendrá para mí la vida?

»Sin duda que al beneficio de terminar á tiempo el curso de mi vida, une Dios también el de un fin pacífico, puesto que, si se me condena, puedo elegir el género de muerte juzgado más dulce por los que le han observado, un género de muerte que disminuya la sensibilidad de los amigos y colme todos los deseos del que muere. En efecto, no ofrecer á sus ojos nada aflictivo, no hacer en su alma nin-

guna impresión dolorosa, extinguirse por grados, conversando con ellos, sano de cuerpo y de espíritu, ¿qué suerte más digna de envidia?

»Los dioses tenían razón de combatirme cuando deliberaba con vosotros, y vosotros opinabais que se buscasen todos los medios de volverme á la libertad: pues si lo hubiese aceptado, ¡qué suerte me preparaba! Renunciaba al beneficio de una próxima muerte, para morir un poco más tarde, consumido ó por enfermedades ó por la vejez, que, ajena á todo placer, ve además caer sobre ella todos los males juntos. Sin embargo, Hermógenes, te lo juro, esta consideración no me impedirá siquiera un instante pensar en mi apología. Pero, si, hablando á mis jueces de todas las ventajas que creo obtener de la benevolencia de los dioses y de los hombres; si, manifestando á mis jueces mi opinión sobre mi persona, tengo la desgracia de desagradarlos, entonces prefiero la muerte á una existencia que sería humillante, en cuanto les hubiera suplicado que me prolongasen una vida más afrentosa que la muerte.» Según estos principios, se defendió Sócrates. Acusado de no reconocer á los dioses de la República, de introducir nuevas divinidades y de corromper á la juventud, comparece ante el tribunal y habla en estos términos:

»Lo que me asombra más en esta cuestión, atenienses, es la conducta de Melito. ¿Cuál es el motivo que le autoriza para decir que yo desconozco los dioses de la República, cuando los desconocidos, el mismo Melito, todos me han visto tomar parte en todas las fiestas y sacrificar en los altares públicos? ¿Es, pues, introducir nuevas divinidades decir que la voz de Dios resuena en mi oído y dirige mis acciones? ¿No se regulan por sonidos articulados los que consultan el canto de los pájaros y las palabras

fortuitas? ¿Quién puede negar que hable el trueno, y sea el más enérgico de los augurios? ¿No es por el auxilio de la voz como la Pitonisa, en su trípode, proclama los oráculos de su dios? Ciertamente, cada uno piensa y confiesa, lo mismo que yo, que la Divinidad manifiesta y descubre el porvenir á quien quiere. Pero lo que anuncia el porvenir, los demás lo llaman canto de los pájaros, palabra fortuita, prodigio, adivinación. Yo lo llamo genio, y, dándole este nombre, me creo más religioso y más verídico que lo son los que atribuyen á los volátiles la presencia de los dioses. Una prueba de que no miento contra la Divinidad es que, entre todas las veces que he anunciado á mis amigos los designios del Ser Supremo, nunca me han hallado en falta.»

Los jueces, ó sublevados por su discurso, ó envidiosos de las preferencias que el cielo le concedía, hicieron oir un murmullo tumultuoso. Sócrates prosiguió: «Escuchadme aún, á fin de que aquellos de entre vosotros que quieran dudar de los favores con que el cielo me honra, se fortifiquen en su incredulidad. Un día, en presencia de una numerosa asamblea, Querofonte interrogaba al oráculo de Delfos respecto á mí: «No existe, respondió Apolo, hombre más libre, más justo, más sabio que Sócrates.»

Habiendo excitado estas palabras entre los jueces, como había de suceder, un mayor escándalo, el sabio ateniense continuó de nuevo: «¡Cómo, pues! ¿no ha dado el dios mayores elogios al legislador de los lacedemonios? «¿Te llamaré hombre ó dios?», le dijo, dirigiéndole la palabra cuando entraba en el templo. En cuanto á mí, sin compararme á un dios, ha juzgado que me elevaba con mucho sobre los demás hombres.

»No creáis, sin embargo, ligeramente en este testimonio del mismo Apolo. Examinad en detalle

cada uno de los elogios que me otorga. ¿Conocéis alguno menos esclavo de sus pasiones que yo, más libre que yo, que no reciba ni recompensa ni presente? ¿A quién, decidme, daríais el nombre de justo, si no es al hombre moderado que se acomoda con lo que tiene, sin desear nunca lo que no tiene? ¿Negaréis el nombre de sabio al que, desde la edad de la razón, se ha entregado constantemente al estudio de los conocimientos útiles?

»¿La prueba de que mis trabajos no han sido infructuosos, no está en la preferencia que dan á mi sociedad muchos ciudadanos y extranjeros amigos de la virtud? ¿Por qué motivo varios de ellos desean otorgarme presentes, aunque todos saben que no estoy de ningún modo en condiciones de hacer lo mismo? ¿Cómo es que nadie pretende ningún agradecimiento de mi parte, y, sin embargo, tantas personas convienen en que me son deudoras? ¿Por qué, durante el sitio de Atenas, mientras que mis compatriotas deploraban su suerte, no vivía yo con más escasez que en los mejores días de la República? ¿Por qué, finalmente, se ve á los demás comprar con grandes gastos sus delicias en el mercado, mientras que, sin gasto alguno, las encuentro yo más reales en el interior de mí mismo? Si en todo lo que Sócrates ha dicho de sí nadie puede hallarle convicto de mentira, ¿no merece los elogios de los dioses y de los hombres?

»Tal es mi conducta, y, sin embargo, Melito, me acusas de pervertir á la juventud. Sin duda sabemos lo que constituye la perversidad de los jóvenes. Nómbrame, si los conoces, aquellos que, siendo primero piadosos, prudentes, económicos, moderados, templados y laboriosos, se hayan convertido por mis lecciones en impíos, violentos, amigos del lujo, aficionados al vino y afeminados; ó, en fin,

bue se hayan entregado á alguna pasión vergonzosa.—Sí, continuó Melito; conozco algunos á los que has decidido á seguir tus consejos más bien que los de su padre y de su madre.—Confieso, replicó Sócrates, que han seguido los consejos que yo les daba sobre la instrucción moral de la juventud. Del mismo modo, para la salud, seguimos los consejos de los médicos más bien que los de nuestros padres. Vosotros mismos, atenienses, en las elecciones de generales, ¿no preferís sobre vuestros padres, vuestros hermanos y aun vosotros mismos, á los ciudadanos juzgados más hábiles en la profesión de las armas?—Tal es la costumbre, replicó Melito, y el bien general lo pide.—Pero, añadió Sócrates, tú, Melito, que ves que en todo lo demás los más hábiles obtienen preferencia y consideración, explica cómo puedes solicitar la muerte de Sócrates, precisamente porque se le juzga hábil en una cosa esencial, el arte de formar el espíritu.»

Sócrates y aquellos de sus amigos que se interesaban por él dijeron muchas más cosas; pero yo no he tratado de recoger todo lo que se refiere á este gran proceso. Mi fin era demostrar que Sócrates se había hecho cuestión capital respetar á los dioses, parecer justo respecto á los hombres, y que no había creído deber humillarse á súplicas para conservar su vida: pensaba que ésta terminaba á tiempo, y se vió, sobre todo después de su condena, que era tal su pensamiento. Se le instaba para que conmutase él mismo la pena de muerte por una multa pecuniaria. No lo consintió, y prohibió á sus amigos que pensaran en ello, observando que sería confesarse culpable el condenarse á una multa. Sus amigos querían también facilitar su evasión. Se negó á ello; les preguntó incluso, bromeando, si conocían fuera del Atica un lugar inaccesible á la muerte.

Cuando se le hubo condenado, pronunció este discurso: «Atenienses, los que han enseñado á los testigos á ser perjuros deponiendo contra mí, y los que se han dejado sobornar, tienen sin duda que reprocharse un exceso de injusticia y de impiedad. ¿Pero debo estar yo más abatido que antes de mi condena, yo que no estoy convicto de ninguno de los delitos que se me imputan? ¿Se me ha visto, desertor del culto de Zeus, de Here, de los demás dioses y diosas, sacrificar á divinidades nuevas? ¿He nombrado en mis juramentos ó en mis discursos á otros dioses que los vuestros? ¿Cómo habré pervertido á los jóvenes acostumbrándolos á ser pacientes, sencillos y modestos? ¿Me reprochan los mismos acusadores ninguno de los delitos que se castigan con muerte, tales como sacrilegio, robo con fractura, rapto de esclavos, ó complots contra la patria? Estoy, pues, asombrado de que hayáis encontrado en mí por qué condenarme á muerte.

»Por lo demás, no me dejaré abatir por morir injustamente. El oprobio es de temer, no para mí, sino para los que me condenan. Encuentro un nuevo motivo de consuelo en el destino de Palamedes, destino semejante al mío. ¿No es hoy también este héroe motivo de los más hermosos himnos, más bien que Ulises, que le hizo perecer víctima de la injusticia? Sí, estoy seguro de ello, y nuestra edad y los siglos venideros publicarán que no he perjudicado á nadie, que no he corrompido á nadie, que no he hecho sino bien á mis discípulos, dándoles gratuitamente todas las saludables lecciones que podía darles.»

Después de haber hablado así, salió Sócrates, asintiendo en su conciencia á lo que acababa de decir, y mostrando en sus miradas, en su exterior, en su paso, toda la serenidad de su alma. Los que

le acompañaban se deshacían en lágrimas. «¡Cómo! les dijo, ¿ahora lloráis? ¡No sabíais que apenas tenía los ojos abiertos á la luz, y ya la Naturaleza me había condenado á muerte! Si un fin prematuro me arrebatase al seno de la abundancia y de la dicha, mis amigos podrían afligirse conmigo. Pero cuando termino el curso de mi existencia en una edad amenazada con mil males, ¿no debéis más bien alegraros de mi felicidad?»

Un hombre sencillo, pero que le quería, Apolodoro, decíale que estaba sublevado por la iniquidad del juicio. «Mi querido Apolodoro, replicó Sócrates con una dulce sonrisa, y pasándole suavemente la mano por la cabeza, ¿preferirías verme morir culpable?»

Vió á Anyto que pasaba, y dijo: «Este hombre soberbio cree hacerse ilustre por una gran hazaña, haciéndome condenar por haber sostenido que no era propio que el hijo de Anyto se rebajase hasta dedicarse á la tenería, cuando su padre era considerado digno de los mejores cargos del Estado. ¡Perverso! Ignora, pues, que aquel de nosotros que pertenezca á la posteridad por un número mayor de acciones honradas y útiles, será el vencedor. Homero atribuye á algunos de sus personajes el don de conocer el porvenir. Yo también quiero profetizar. He tratado algún tiempo al hijo de Anyto: me ha parecido no estar desprovisto de espiritualidad y de sentido. Digo, pues, que dejará el oficio servil al cual le ha destinado su padre; pero, como no tiene guía virtuoso, una pasión vergonzosa le dominará. Se entregará á los últimos excesos.»

El éxito justificó la profecía. Este joven, esclavo del vino, acabó, bebiendo día y noche, por ser un hombre inútil á su patria, á sus amigos y á sí mismo. Su padre, por haberle educado tan mal y

haberse mostrado él mismo irreflexivo, es difamado, incluso ahora que no existe ya.

La altivez de Sócrates ante sus jueces excitó el despecho y aceleró su pérdida. Pero su muerte me parece un beneficio de los dioses, puesto que ha dejado la edad más triste de la vida y ha encontrado la muerte más dulce. ¡Qué magnánimo se mostró! Convencido de que la muerte le era más ventajosa que una larga vida, no la temió más de lo que había buscado la fortuna: la recibió contento con acabar su carrera. Cuando reflexiono sobre su sabiduría y su candor, ¿puedo no hablar de este gran hombre? cuando hablo de él, ¿puedo negarle elogios? Si algún amigo de la virtud ha encontrado un hombre cuyo trato haya sido más útil que el de Sócrates, le considero como el más afortunado de los mortales.

EL BANQUETE

CAPITULO PRIMERO

Me parece que no solamente las acciones serias de los hombres honrados y virtuosos, sino también sus simples diversiones, son dignas de memoria. Con esta idea, quiero publicar los rasgos que he presenciado.

En las grandes Panateneas hubo carreras de caballos. Calias, hijo de Hipónico, llevó á ellas al joven Antólyco, al que quería, y que acababa de obtener el gran premio del pancracio. Después de la celebración de los juegos, Calias se dirigía á su casa del Pireo, seguido de Antólyco, del padre de este último y de Nicerates. Vió juntos á Sócrates. Critóbulo, Hermógenes, Antístenes y Carmides. Ordena á uno de los suyos conducir á su casa á Antóly-

co y á su compañía, abordando á Sócrates y á los que le rodeaban: «Os encuentro muy á tiempo, les dijo; tengo á comer á Antólyco y á su padre; y si no me engaño, hombres como vosotros, libres de toda pasión terrestre, harán más honor á nuestra asamblea que los estrategas, hiparcos y aspirantes á las magistraturas.—Te burlas siempre, le respondió Sócrates; nos desdeñas porque has prodigado el oro á Protágoras, á Gorgias, á Pródico y á tantos otros, por sus lecciones de sabiduría, mientras que nosotros estamos reducidos á sacar nuestra filosofía de nuestro propio fondo.—Es cierto, replicó Calias, que hasta aquí os he ocultado preciosos conocimientos de los cuales podía haberos dado parte; pero, venid á mi casa, os probaré que merezco toda vuestra atención.»

Sócrates y sus amigos le dieron las gracias honradamente, sin comprometer su palabra. Pero, pareciendo Calias mortificado por la negativa, aceptaron por fin. Después de haberse unos ejercitado y perfumado y otros lavado, entraron en casa de Calias. Antólyco estaba sentado cerca de su padre; los demás tomaron el sitio que les correspondía.

Aquellos convidados que observaron lo que sucedía juzgaron que la belleza tiene naturalmente no sé qué de grande, sobre todo cuando está, como entonces en Antólyco, unida á la decencia y á la templanza. Semejante á un fuego que, brillando de repente en el seno de la noche, fija todas las miradas, la belleza de Antólyco atraía hacia sí todos los ojos. De los convidados que le contemplaban, no había ninguno que no estuviese impresionado; unos estaban silenciosos, otros se traicionaban por sus gestos. Todos los mortales poseídos de un dios parecen dominar la atención: entre ellos los hay que asustan por su mirada, que espantan por el acento

de su voz, que arrastran por su vehemencia; mientras que una mirada graciosa, una voz dulce, un continente noble, distinguen al que inspira el amor puro: pues bien, tal se mostraba Calias, notable para los iniciados en los misterios de esta divinidad. Sin embargo, los convidados cenaban en silencio; hubiérase dicho que un personaje distinguido les imponía. Llaman á la puerta: era el bufón Filipo. Dice al portero que anuncie que es él y por qué quiere que se le introduzca. Añade que se presenta provisto de todo lo que se necesita tener para cenar á expensas de otro; que su esclavo siente mucho no traer nada y estar todavía en ayunas. Calias dice á estas palabras: «Estaría mal no concederle por lo menos un abrigo; que entre, pues.» Al mismo tiempo miraba á Antólyco, sin duda para examinar lo que pensaba de la chanza. Filipo entró en la sala donde cenaban los hombres. «Soy bufón, les dijo, lo sabéis todos; vengo aquí con gusto; he pensado que era más divertido presentarse á cenar sin ser llamado que invitado con ceremonia.—Ocupa un sitio, le dijo Calias; ves á nuestros convidados serios; llegas á tiempo para hacerlos reir.» Filipo, mientras que cenaba, se dedicó á hacer algunas gracias, para cumplir su papel acostumbrado en las comidas. Nadie reía; se notaba su despecho: poco después quiso aventurar alguna otra bufonada. No habiendo obtenido siquiera entonces un éxito mejor, dejó de comer, se cubrió la cabeza y se rendió sobre el lecho. «¿Qué es eso, Filipo?, le dijo Calias, ¿qué mal te aqueja?—Un gran mal, respondió Filipo, lanzando un profundo suspiro; sí, un gran mal. Puesto que la risa está desterrada de aquí, también lo estoy yo: antes se me llamaba á los banquetes para divertir á los convidados por mis bufonadas; pero ahora, ¿para qué me llamarán?

Decir cualquier cosa sería me es tan imposible como hacerme inmortal; no me invitarán con la esperanza de ser invitados, pues ya se sabe que en mi casa no entra de cenar: esta costumbre es allí absolutamente desconocida.» Al mismo tiempo se sonaba é imitaba á maravilla al plañidero. Todos los convidados, inmediatamente le consolaron, le prometieron reir, y le exhortaron á cenar; y Critóbulo se reía á carcajadas de su tierna conmiseración. El bufón se descubrió entonces el rostro, y, con la esperanza de que habría aún para él algunas buenas comidas, se puso á la mesa.

CAPITULO II

En cuanto se hubo quitado la mesa, hecho las libaciones ordinarias y cantado un peán, entró, para la diversión, un siracusano, seguido de una buena flautista, de una bailarina asombrosa por sus vueltas ágiles, y de un muchacho muy bello que bailaba y tocaba perfectamente la cítara: el juglar, dando su espectáculo como una maravilla, sacaba dinero de él. Cuando pareció que habían divertido los dos bastante, tocando una la flauta y el otro la cítara, dijo entonces Sócrates: «En verdad, nos tratas, Calias, con magnificencia; ¡después de una cena espléndida, nos das un espectáculo divertido y una música deliciosa!—Pero, respondió Calias, si se nos trajesen también perfumes, tendríamos un goce más.—Nada de eso. Sucede con los olores como con los vestidos: tal vestido sienta

bien al hombre, tal otro á la mujer. Tal olor conviene al hombre, tal otro á la mujer. Ningún hombre se perfuma por otro hombre. Sin duda que el perfume agrada á las mujeres, sobre todo á las recién casadas, como las de Critóbulo y Nicerates, porque son ellas mismas todo perfume: pero el olor del aceite de los gimnasios gusta todavía más á los hombres, y le desean más vivamente que las mujeres desean los perfumes. Si un esclavo y un hombre libre se perfuman, los dos exhalarán al instante un olor igualmente suave; pero sólo con el tiempo, y á fuerza de aplicación, esparcen los ejercicios liberales esa suavidad que caracteriza al hombre libre.—Sea así, para los jóvenes, dice Lycon; pero nosotros, que no frecuentamos el gimnasio, ¿qué olor debemos exhalar?—¡Por Zeus!, el de la virtud.—¿Dónde se encuentra ese olor?—No es, seguramente, en casa de los perfumistas.—¿En casa de quién, pues?—Theognis os lo enseña: «No tomáis del sabio mas que lecciones de sabiduría; pero si tratáis á los malos, perdéis hasta vuestra bondad natural.»—¿Oyes tú, hijo mío?, dijo entonces Lycon.—Sin duda, replicó Sócrates, y hasta lo aprovecha; y como de tus consejos es de donde ha sacado el deseo de obtener el premio del pancracio, del mismo modo tratará al maestro que le parezca más propio para enseñarle la sabiduría.»

Ante estas frases, tomaron todos la palabra: «Pero, ¿dónde hallar, pues, un maestro para esa ciencia?», decía uno. Otro sostenía que no se enseñaba; otro que nada se aprendía tan fácilmente. «Puesto que las opiniones están divididas, dijo Sócrates, aplacemos para otra época esta cuestión: ahora hagamos lo que tenemos que hacer; pues ahí está la bailarina, que espera, y á la que se llevan aros.» Mientras, la flautista hizo sonar su flauta;

y alguien que estaba próximo á la bailarina le dió hasta doce aros. Ella los tomó, inmediatamente bailó y los lanzó en el aire, calculando á qué altura había de arrojarlos para recibirlos á compás. «Sin alegar aquí otras pruebas, lo que ejecuta esta bailarina nos demuestra que la mujer no le cede en nada al hombre; que no necesita sino de un poco más de fuerza de cuerpo y de vigor de espíritu: lo que debe comprometer á aquellos de vosotros que tienen mujeres, á enseñarles todo cuanto quisierais que supiesen.—Pues bien, Sócrates, le dijo Antístenes, puesto que tal es tu opinión, ¿por qué, en lugar de instruir á Jantipa, te avienes con esa mujer, la más insociable que existe, existió y existirá nunca?—Es que veo que los que quieren ser buenos jinetes se procuran, no los caballos más dóciles, sino los corredores más espantadizos, persuadidos de que, si los doman, llegarán fácilmente á aventajar á los demás. Quería aprender el arte de vivir en sociedad con los hombres: me he casado con Jantipa, seguro de que, si la soportaba, me acomodaría fácilmente á todos los caracteres.»

Estas reflexiones no parecieron extrañas á la conversación. Después se llevó un aro lleno de espadas con la punta en alto; y la bailarina entraba en él echando hacia atrás la cabeza y salía lo mismo, de manera que hacía temer á los espectadores que se iba á herir; pero acabó sus vueltas con seguridad y sin accidente. «Por esta vez, dijo Sócrates, dirigiéndose á Antístenes, no se negará, creo yo, que se pueden dar lecciones de valor, puesto que, siendo esa tan mujer como es, juega atrevidamente con las espadas.—En verdad, respondió Antístenes, este siracusano haría bien en mostrar á esa bailarina en pleno teatro, y decir á los atenienses que, por dinero, les enseñaría á marchar todos de frente

contra el hierro enemigo.—¡Y yo, exclamó Filipo, qué placer tendría en ver al orador Pisandro en esa escuela, á él, que, lejos de seguir á sus conciudadanos en el combate, no se atreve siquiera á mirar una pica de frente!» Después de eso, el muchacho se puso á bailar.

«Ved este hermoso niño, dijo Sócrates; en acción es mil veces más hermoso.—¿Es que vas á hacer caso de un maestro de baile?, dijo Carmides.—Sin duda, replicó Sócrates. Además, he notado que, al bailar, ninguna parte de su cuerpo ha permanecido ociosa; y su cuello, y sus muslos, y sus manos, todo estaba en movimiento: así es como debe bailar todo el que quiera tener un cuerpo flexible. Pues bien, siracusano, quisiera yo que tú me enseñases esos gestos y esos movimientos.—¿Para qué te servirían?—¡Por Zeus! Para bailar.» Ante esta palabra, toda la concurrencia rió á carcajadas. «Queréis reir á mis expensas, prosiguió entonces Sócrates, tomando un aire serio. ¿Es porque quiero fortificar mi salud por el ejercicio, procurar más sabor á mis alimentos y más dulzura á mi sueño? ¿Es porque deseo ejercitarme así, por el temor de parecerme á los corredores, que tienen piernas gruesas y hombros delgados, ó á los luchadores, cuyos hombros se engruesan al mismo tiempo que sus muslos se enervan? ¿Es porque, finalmente, al ejercitar todos los miembros á la vez, doy á mi cuerpo hermosas proporciones? ¿Os reís de que no tenga necesidad ni de buscar un compañero de baile, ni de ponerme, yo viejo, desnudo en presencia de todo un pueblo? Esta sala acaba de bastar á este muchacho para hacerle sudar: ¿estaré yo, pues, con estrechez en una casa de siete camas? Bailaré á cubierto en la estación de las escarchas, y á la sombra de un bosque en los excesivos calores del verano. Teniendo un vien-

tre excesivo, ¿os asombraríais de que quisiese disminuir su volumen? ¿Ignoráis que una de estas mañanas me ha encontrado Carmides bailando?

—Sí, es verdad, dijo Carmides; primero me quedé inmóvil; temí que hubieses perdido el juicio. Pero cuando oí las razones que acabas de darnos, vuelto en mí, no bailé, porque no sé bailar; pero hice movimientos con las manos, porque sé hacerlo.

—Lo creo, dijo Filipo; pues tus muslos y tus hombros parecen tan rigurosamente del mismo peso, que si pusieses tus muslos en un platillo de balanza y tus hombros en otro para ser pesados en presencia de agoranomos como los panes en el mercado, no pagarías multa.—Mi querido Sócrates, dijo Calias, adviérteme cuándo quieres aprender á bailar; estudiaré contigo, haremos figuras juntos.—Vamos, dijo Filipo, que toquen la flauta; yo bailaré también.» Se levantó y dió varias vueltas por la sala, imitando la danza del mancebo y de la muchacha. Se había dicho del joven que sus ademanes le hacían aún más hermoso: respecto á Filipo, afectaba en todos sus movimientos un aire ridículo exagerado. La muchacha había hecho la rueda, echándose hacia atrás; Filipo, por el contrario, inclinándose adelante, pretendía imitarla. Finalmente, se había alabado al niño porque todos sus miembros estaban en acción durante la danza: hizo tocar en la flauta un aire vivo; al mismo tiempo agitó á la vez su cabeza, sus brazos y sus piernas, hasta que, no pudiendo más, se arrojó en una cama. «La prueba de que mi danza misma es un buen ejercicio, es que tengo sed. Esclava, llénume la copa grande.—Sí, dijo Calias, y á nosotros también; nos has hecho reir tanto, que tengo la garganta seca.

—Amigos, dijo Sócrates, soy muy de opinión que bebamos: semejante á la mandrágora, que adorme-

ce los cuerpos, el vino, regando nuestros espíritus, amortigua nuestras penas; despierta la alegría como el aceite anima la llama. Sucede con nuestros cuerpos lo mismo que con las simientes que germinan en la tierra. Si el cielo derrama lluvias demasiado abundantes, maduran mal y no reciben la impresión de los vientos; pero, moderadamente regadas, brotan con vigor, su tallo se eleva, florecen y se cubren de frutos. Del mismo modo, si bebemos con exceso, el cuerpo vacila, el espíritu se debilita; lejos de poder proferir alguna palabra, apenas respiramos. Pero, si (para servirme de la expresión del retórico Gorgias) nuestros servidores nos sirven en modestas copas un dulce y frecuente rocío, el vino no violenta la razón, y cedemos dulcemente al atractivo del placer.» Todo el mundo fué de esta opinión. Filipo añadió que los escanciadores debían imitar á los hábiles conductores de carros, haciendo correr rápidamente las copas. Así se hizo.

CAPITULO III

Habiendo entonces el muchacho puesto de acuerdo su cítara con la flauta, tocó aquel instrumento y cantó. Todos los convidados aplaudieron. «Yo, dijo Carmides, atribuyo á esta mezcla de sexos, unida á la armonía de los sonidos, el mismo efecto que Sócrates atribuía al vino: alivia la pena, hace nacer el amor.» Entonces, Sócrates, volviendo á tomar la palabra, dijo: «Me parece que estas gentes están en condiciones de divertirnos; pero estoy seguro de que pensamos valer más que ellas. ¿No

sería, pues, vergonzoso, encontrándonos reunidos, no pensar siquiera en nuestra utilidad recíproca tanto como en nuestra diversión?—Indícanos, se le respondió, qué clase de distracción produciría este efecto.—Yo desearía mucho que Calias nos cumpliese la palabra; porque nos aseguraba que, si cenásemos juntos, nos daría una muestra de su saber.—Con mucho gusto, siempre que cada uno, á su vez, contribuya con lo mejor que sepa.—¿Quién de nosotros, replicó Sócrates, se negaría á exponer lo que sabe más?—Pues bien; yo voy á daros parte de un conocimiento que estoy orgulloso de poseer: me creo capaz de hacer á los hombres mejores. —*Antístenes:* ¡Cómo! ¿Será enseñándoles un arte mecánico, ó la probidad?—*Calias:* La probidad, que es en sí misma la justicia.—¡Oh!, dijo Antistenes, la excelencia de esta virtud es indiscutible: algunas veces el valor y la sabiduría parecen perjudiciales á nuestros amigos y al Estado; pero nunca se asocia la justicia á la injusticia.—En el momento, continuó Calias, que cada uno de nosotros haya dicho lo que sabe de útil, yo también tendré un placer en revelaros el secreto de mi arte y las maravillas que opera. Pero á ti, Nicerates, ¿cuál es la ciencia que te da de ti tan gran idea?—Celoso de que fuese hombre honrado, mi padre me obligó á aprender todos los versos de Homero, de manera que podría recitaros de memoria la *Ilíada* entera y la *Odisea*.—¿Ignoras, dijo Antístenes, que todos los rapsodas saben también de memoria estos mismos versos?—¿Puedo ignorarlo, cuando los oigo casi todos los días?—Pues bien; ¿conoces una especie de hombres más inepta que la de los rapsodas? —Eso no me parece de ningún modo probado.—*Sócrates:* Por lo menos, es seguro que no entienden el sentido de los versos; pero á vosotros, que habéis

dado mucho dinero á Estezímbroto, á Anaximandro y á otros varios sabios, ninguno de los hermosos trozos de Homero os es desconocido. Y tú, Critóbulo, ¿qué es lo que estimas más?—La belleza. —¿Tú también pretenderás poder hacernos mejores con tu belleza?—Si no triunfo, que se diga de mí todo lo malo posible.—*Sócrates:* Y tú, Antístenes, ¿de qué te vanaglorías?—De mis riquezas.» Hermógenes le preguntó si poseía mucho dinero. «Ni un óbolo, te lo juro.—¿Tienes por lo menos muchas tierras?—Tantas como necesitaría Antólyco para frotarse el cuerpo antes de la lucha.—*Hermógenes:* Y á ti también hay que cirte, Carmides; ¿qué es lo que te da orgullo?—Mi pobreza.—Verdaderamente, dijo Sócrates, es una cosa agradable y de ningún modo sujeta á la envidia, no es objeto de ninguna disputa, se conserva sin guardián y se fortifica por la negligencia.—Y tú, Sócrates, dijo Calias, ¿de qué haces más caso?—De la función de mediador», dijo Sócrates, poniendo cara formal. Todos rieron. «Os reís, añadió Sócrates; pero estoy seguro de que mi ciencia me valdría mucho dinero si quisiera servirme de ella.—Por lo que se refiere á ti, dijo Lycon, señalando á Filipo con el dedo, ¿te alabas de hacer reir?—Con más justo título, creo, que el comediante Calípides, que se jacta insolentemente de su talento para hacer llorar á muchos espectadores.—Y tú, Lycon, dijo Antístenes, ¿nos dirás qué te enorgullece?—¿No sabéis todos que es mi hijo que está aquí?—Respecto á este hijo, dijo alguno, lo que sin duda le hace altivo es el ser vencedor.—No, en verdad», respondió Antólyco enrojeciendo. Después de que toda la compañía, encantada de oir su voz, hubo vuelto los ojos hacia él, preguntó uno de qué se vanagloriaba más: «De mi padre», respondió. Al mismo tiempo

se inclinó hacia él. «¿Sabes bien, Lycon, dijo Calias conmovido, que eres el más rico de los hombres? —¡Por Zeus!, lo ignoro.—¡Cómo! ¿Ignoras que no cambiarías tu hijo por todos los tesoros de un rey? —Ya estoy cogido por mis propias palabras y convencido de ser, á lo que parece, el más rico de los hombres.—Y á ti, Hermógenes, dijo Nicerates, ¿qué es lo que te gusta ante todo?—Tener amigos virtuosos, amigos con crédito, y que no me olviden.» A esta frase, todos le miraron; varios le preguntaron si los nombraría. «Tendré un placer en ello», les respondió Hermógenes.

CAPITULO IV

Después de eso, tomó Sócrates la palabra: «Queda, pues, por demostrar, según nuestro compromiso, la excelencia de lo que cada uno de nosotros ha alabado.

—Escuchadme el primero, dijo Calias; pues, mientras que os oigo buscar entre vosotros en qué consiste la justicia, hago yo á los hombres más justos.—¿Cómo es eso, hombre de bien?, dijo Sócrates. —¡Por Zeus!, dando dinero.» A esta frase, se levanta Antístenes, y le habla así con un tono vivo y apremiante: «A tu parecer, Calias, ¿los hombres tienen la justicia en el corazón ó en la bolsa? —En el corazón.—¡Y echando dinero en la bolsa, los harás más justos!—Ciertamente.—¿Y cómo? —Porque, sabiendo que tienen con qué comprar lo que es necesario para la vida, no quieren expo-

nerla por malas acciones.—¿Te devuelven lo que reciben tuyo?—No, en verdad.—Pero ¿qué tienes á cambio de tu dinero? ¿gracias?—No, á fe mía, nada de gracias; algunos hasta me odian más que antes.—Me asombra, le replicó Antístenes, cogiéndole por sus propias palabras, que hagas á los hombres justos respecto á los demás y no respecto á tí.—¿Qué hay de asombroso? ¿No ves á carpinteros y á arquitectos que construyen para los demás, mientras que, no pudiendo hacerlo para ellos mismos, viven en casas alquiladas? Tú, nuestro maestro, ¿sufres, pues, que te censure yo también? —Ciertamente, Sócrates lo permite, puesto que existen, según se dice, adivinos que predicen el porvenir á los demás, mientras que no prevén por sí mismos los males que los amenazan.» Fracasaron con respecto á eso.

«Me corresponde ahora á mí, dijo entonces Nicerates, hablaros de verdades que os harán mejores, si me escucháis. Sabéis, sin duda, que el sabio Homero ha abrazado en sus poesías casi todo lo que concierne á la vida humana. Sígame, pues, todo el que quiera ser económico, elocuente, hábil en la dirección de los ejércitos, ó parecerse á Aquiles, á Ayax, á Néstor y á Ulises, porque yo puedo enseñar todo eso.—¿Sabes tú también el arte de reinar?, dijo Antístenes. No ignoras que Homero alababa á Agamenón por ser á la vez buen rey y valeroso combatiente.—*Nicerates:* Lo que yo aprendí también de él es que un conductor de carros debe apartarse hábilmente cuando está cerca de la columna; que debe inclinarse un poco á la izquierda, excitar con la voz, aguijonear al carrerista que está á la derecha, y aflojarle un poco las riendas. He aquí también un hecho cuya prueba podéis adquirir en el mismo instante. Homero ha dicho en cierto lugar que la

cebolla es la sazón de la bebida: que os la traigan, é inmediatamente os encontraréis bien; beberéis con más gusto.—*Carmides:* ¿Por qué quiere Nicerates volver á su casa con el olor de la cebolla, si no es para que su mujer crea que nadie ha pensado en gozar de él?—¡Por Zeus!, exclamó Sócrates, habría que temer que no diésemos de nosotros otra idea agradable. Pues parece que el ajo no hace menos gratos los alimentos sólidos que los líquidos. Si le tomáramos después de comer, se nos podría acusar de haber introducido el desorden en casa de Calias.—De ningún modo, Sócrates, puesto que se come cebolla cuando se va al combate: así es como se hace pelear á los gallos, después de haberlos alimentado con ajo; aunque se trata entre nosotros más de besos que de combates.»

Se convino así. «Voy á explicaros ahora, dijo Critóbulo, por qué me hace orgulloso la belleza. —Habla, le dijeron.—Si yo no soy hermoso, como lo pienso, merecéis pasar por impostores, pues sin que se os pida juramento, juráis siempre que soy hermoso; y yo, que os tengo por gentes de honor, os creo. Si soy, pues, verdaderamente hermoso, y hago sobre vosotros la misma impresión que hace en mí un objeto bello, juro por todos los dioses que no preferiría el cetro de los reyes al imperio de la belleza. Por lo que se refiere á mí, contemplo á Clinias con más gusto que á cuanto hay de hermoso en la Naturaleza; sufriría con gusto ser ciego para todo lo que no fuese Clinias: acuso á la noche y al sueño porque le sustraen á mis miradas, y doy gracias al sol y al día porque le devuelven á mis deseos. Además, nosotros, que estamos dotados de belleza, ¿no debemos enorgullecernos de lo que el hombre vigoroso no puede adquirir bien sino trabajando, el valiente afrontando los peligros, y el sabio por

sus discursos, mientras que el que es hermoso llega al fin de todo sin mezclarse en nada? Y en efecto, aunque juzgo muy agradable la posesión de las riquezas, me sería más dulce, sin embargo, dar todos mis bienes á Clinias que recibir otros tantos de otro. Preferiría ser esclavo que libre, si Clinias quisiera mandarme. Para servirle, me sería más agradable el trabajo que el descanso. Por él tendré más gusto en desafiar los peligros que en vivir en una seguridad perfecta. Si te vanaglorias, pues, Calias, de poder hacer á los hombres más justos, yo tengo mucha más razón para creer que puedo llevarlos á toda clase de virtudes. En efecto, la pasión que inspira la belleza á los que están enamorados de ella, ¿no los hace más desinteresados, más laboriosos, más intrépidos, más ávidos de la gloria, más modestos y más discretos, puesto que no se atreven á pedir siquiera lo que más desean? ¡Qué locura no escoger por generales á los hombres más hermosos! Yo seguiría á Clinias, incluso á través de las llamas; y estoy seguro de que vosotros haríais otro tanto. No dudes, pues, ya, Sócrates, que la belleza puede hacer bien á los hombres; pero que se la desdeña porque se marchita pronto. El adolescente, el hombre hecho, el anciano, tienen, como el niño, cada uno su belleza: testigos los thalóforos de Minerva, que se eligen entre los ancianos hermosos, como para manifestar que la belleza es de todas las edades. Pero si es agradable obtener sin trabajo todo lo que se desea, estoy seguro de que, sin hablar siquiera, persuadiría más fácilmente á este niño y á esta muchacha para que me besaran, que vosotros podríais hacerlo por los más hermosos discursos.—¡Cómo!, dijo Sócrates, ¡te alabas como si fueses más hermoso que yo!—Sin duda, respondió Critóbulo, ó yo sería más feo que todos los sile-

nos que se introducen en nuestros teatros.» Se veía, en efecto, que Sócrates se parecía á los silenos. «Acuérdate bien, replicó Sócrates, que será necesario dictaminar sobre nuestra belleza cuando cada uno de nosotros haya hablado y no será nuestro juez Alejandro, hijo de Priamo, sino aquellos mismos que tú crees tienen gran deseo de besarte. —¡Cómo! Sócrates, ¿no permitirías á Clinias juzgarnos?—¿No dejarás nunca de hablarnos de Clinias?—¿Crees que, al no nombrarle, pensaría por ello menos en él? Sabe que su imagen está tan profundamente grabada en mi corazón, que si yo fuera pintor ó escultor haría su retrato ó su busto tan parecido como si tuviese el modelo delante de los ojos.—Pero, puesto que tienes en ti su imagen fiel, ¿por qué me arrastras con tus inoportunidades á los sitios donde esperas encontrarle?—Es que la vista de Clinias puede regocijarme, mientras que su imagen despierta el deseo sin satisfacerle.—Por lo que hace á mí, dijo Hermógenes, no te alabo, Sócrates, que abandones así á Critóbulo á sus amorosos transportes.—¿Crees, respondió Sócrates, que esté inflamado por esta pasión desde que me trata?—¿Desde cuándo, pues?—¿No ves ese vello naciente cerca de sus orejas, mientras que la barba de Clinias se riza ya? Este fuego, créeme, se encendía desde la época que frecuentaban juntos las escuelas. Su padre, apercibiéndose de esta pasión, me le ha confiado en la esperanza de que yo le curaría; y ciertamente, ¿no está ya mejor? Antes, cuando miraba á Clinias, petrificábase como los que se fijan en la Gorgona (1). Quedaba en presencia de Clinias tan

(1) La *Gorgona* era un monstruo mitológico dotado de cabellera de serpientes, colmillos de jabalí, manos de bronce y alas de oro, y que poseía el don de convertir en piedra á cuantos fijaban en él su mirada, según la leyenda griega.—(*N. del T.*)

inmóvil como una roca, mientras que ahora le veo lanzar sobre él ojeadas amorosas; hasta creo, en verdad (sea esto dicho entre nosotros), que le ha abrazado: pero, ¿qué hay más propio para inflamar que un beso, que, lejos de contentar el alma, le ofrece el encanto de la esperanza? Si el pudor no ha proscrito el *beso,* es quizá á causa de su conformidad en nuestra lengua con la palabra *amar*. Por eso también pretendo yo que debe uno abstenerse de besar á las personas bellas, cuando se quiere vivir casto y puro.

—¿Por qué, pues, Sócrates, dijo Carmides, hacernos un espantajo de la belleza, á nosotros, tus íntimos amigos? Sin embargo, un día que estabas en casa de un gramático, buscando con Critóbulo un pasaje de un autor, te vi, lo juro por Apolo, acercar tu cabeza á la cabeza de Critóbulo y oprimir tu hombro desnudo contra el hombro desnudo de tu joven amigo.—¡Buenos dioses! Por eso, en castigo de tal temeridad, ¡qué dolor sentí en el hombro durante más de cinco días! Me creía picado por un insecto venenoso; sentía en el corazón una especie de escozor. Ahora, Critóbulo, te lo prevengo en presencia de tantos testigos, no te acerques á mí hasta que tengas tanto pelo en la barba como cabellos en la cabeza.»

Así es como se mezclaba lo jocoso á lo serio. «Carmides, dijo entonces Calias, te corresponde decirnos por qué estimas tanto la pobreza.—¿No es, respondió, una verdad reconocida que la seguridad es preferible al temor, y que vale más ser libre que esclavo, ser honrado que honrar á los demás, gozar de la confianza de su país que serle sospechoso? Pero, en esta misma ciudad, cuando yo era rico, temía primero que un ladrón entrara en mi casa, robara mi dinero y me hiciese á mí mismo una

mala partida. Halagaba después á los delatores, sintiéndome más capaz de sufrir el mal que de hacerle: todos los días nuevos impuestos que pagar, y nunca libertad de abandonar la ciudad para ir de viaje. Ahora, que estoy despojado de lo que tenía fuera de nuestras fronteras, que no saco ningún provecho de mis posesiones del Atica, que se han vendido mis muebles en almoneda, duermo pacíficamente tumbado á la larga; la República no desconfía ya de mí; no soy amenazado; soy yo, por el contrario, quien amenaza ahora á los demás. En mi calidad de hombre libre, puedo viajar ó permanecer en Atenas; cuando aparezco, los ricos se levantan y me ceden la acera. Antes era sin réplica esclavo, ahora soy verdaderamente rey. Antes pagaba el tributo; hoy, la República, convertida en tributaria mía, me mantiene. Hay más: rico, me injuriaban porque trataba á Sócrates; ahora que soy pobre, no se presta ya atención á ello. Cuando poseía grandes bienes, ó la República ó el azar me quitaban una parte de ellos; ahora no pierdo nada, porque no tengo nada, y espero siempre atrapar alguna cosa.

—¿No suspiras, pues, le dijo Calias, por aquella antigua opulencia, y, si te sucede ver un hermoso sueño, sacrificas á los dioses que desvían los malos presagios?—No, ¡por Zeus! no lo hago; pero si espero algún bien, lo aguardo á riesgo de todo.

—Y tú, Antístenes, dijo Sócrates, ¿por qué, poseyendo tan poco, te vanaglorias de tus facultades? —Porque en mi opinión, amigos míos, no es en las casas de los ricos ó de los pobres donde habita la riqueza ó la pobreza; es en el alma. ¡Cuántos particulares veo que, en medio de una inmensa fortuna, se creen tan pobres que sufren todos los trabajos y desafían todos los peligros para adquirir

más todavía! Conozco incluso hermanos que han heredado igual cantidad: uno de ellos tiene lo necesario y hasta lo superfluo, mientras que el otro carece de todo. Observo también que hay reyes tan ávidos, que cometen crímenes de los cuales se avergonzaría el indigente. La indigencia, á la verdad, aconseja á éstos defraudar, á aquéllos horadar muros, á otros vender hombres libres ó esclavos que se han apropiado: pero hay reyes que, para enriquecerse, arruinan á familias, degüellan á millares de hombres, y á menudo hasta sojuzgan á ciudades enteras para apropiarse sus tesoros. ¡Cuánto los compadezco por la cruel enfermedad que les aqueja! Se parecen á un hombre que, sentado á una mesa cubierta de manjares, comiera siempre sin saciarse nunca. Por lo que á mí se refiere, lo que poseo es tan considerable, que yo mismo apenas lo encuentro; veo en mí lo superfluo, incluso comiendo hasta que mi hambre esté apagada, bebiendo hasta no tener más sed, vistiéndome finalmente de manera que no haya de sufrir más frío que ese opulento Clinias. Cuando estoy en la habitación, las paredes me parecen túnicas muy calientes; los techos, mantos espesos. Duermo tan bien cubierto, que no es fácil despertarme. Mi salud exige un sacrificio á Afrodita; pero lo que se presenta me basta: aquellas á quienes me dirijo me colman de caricias, porque nadie me disputa sus favores; todos estos goces son tales, que, entregándome á ellos, no los deseo más agradables, é incluso, por mi debilidad, quizá los hay para mí demasiado deliciosos. Pero la mayor ventaja de mis riquezas es que, si me arrebatasen lo que tengo ahora, no hay ocupación, por miserable que fuese, que no pudiera procurarme suficiente alimento. Cuando deseo regalarme, no compro en el mercado de los bocados

raros (cuestan demasiado caro); consulto mi apetito, y encuentro los manjares mucho mas deliciosos después de haber esperado el hambre que cuando se compran á mucho precio; testigo este vino de Thasos que se halla en esta mesa, y del cual bebo sin sed. Por otra parte, ¿no se es más justo cuando se considera la sencillez antes que la suntuosidad en los manjares? Quien se contenta con lo que tiene, no codicia nada de lo que no posee. Es también oportuno observar que tales riquezas no inspiran sino sentimientos honrados. Sócrates, de quien proceden las mías, no calculaba, no medía nunca conmigo; me daba todo lo que yo podía tomar. Como él, ahora, lejos de ocultar mi opulencia, la muestro á todos mis amigos; comparto con quien quiere las riquezas de mi alma. Me veis gozar también de la más dulce posesión: de un tiempo disponible que me permite siempre ver lo que merece ser visto y oir lo que merece ser oído; y, lo que estimo más, pasar con Sócrates jornadas enteras. Pero éste no admira á los que pueden contar sumas de oro: conversa perpetuamente con aquellos que le agradan.» Así habló Antístenes. «¡Por Here!, dijo Calias, lo que envidio en tu fortuna es que la República no te manda como á un esclavo; que de ningún modo se incomoda si no la sirves.—No le envidies, dijo Nicerates; voy á tomarle la ventaja de no tener necesidad de nada. Instruído por Homero en contar, «siete trébedes que no se han acercado al fuego, diez talentos de oro, veinte cubetas resplandecientes y doce caballos de carrera», siempre calculando y contando, no dejo de suspirar tras las mayores riquezas, y quizás algunos me encontrarán excesivamente interesado.» A esta frase, todos los convidados rieron á carcajadas; pensaban que acababa de descubrir su inclinación.

«Hermógenes, dijo después uno de los convidados, te corresponde hacernos conocer cuáles son tus amigos, probarnos que tienen tanto crédito como afecto hacia ti, á fin de que se vea que tienes razón para vanagloriarte de ello.

—Los griegos y los bárbaros, dijo entonces Hermógenes, creen que los dioses ven el presente y el porvenir; esto es un hecho reconocido. Por eso todas las ciudades y todas las naciones recurren al arte adivinatorio para interrogar á los dioses sobre lo que deben hacer y sobre lo que deben evitar. No es menos claro que nosotros creemos en el poder que ellos tienen de enviarnos bienes y males. Todos, en efecto, les ruegan que desvíen de ellos las desgracias, y que les den la felicidad. Pues bien; estos dioses que lo saben todo, que lo pueden todo, son de tal modo mis amigos, se interesan de tal manera por mí, que no me pierden de vista ni por el día ni por la noche, ni en mis viajes ni en mis empresas; y como descubren en el porvenir el resultado de cada cosa, los mensajeros que me envían, las palabras fortuitas, los sueños, los augurios, me revelan lo que hay que hacer y aquello de lo cual me he de abstener. Nunca me ha ido mal por haber escuchado sus opiniones; si las he descuidado, me he arrepentido de ello.—Nada hay, dijo Sócrates, de increíble en todo eso; pero me causaría gozo saber por qué homenajes te haces á los dioses tan propicio. —¡Por Zeus!, respondió Hermógenes, me cuesta poco. Los alabo sin ningún gasto, les ofrezco sus propios dones; hablo de ellos lo más respetuosamente que me es posible, y, si los tomo por testigos, no miento nunca á sabiendas.—Seguramente, si con esta conducta tienes á los dioses por amígos, no hay duda ninguna de que las acciones honradas y virtuosas les sean agradables.»

Tales eran las graves reflexiones de los convidados. Pero, cuando tocó el turno á Filipo, se le preguntó qué veía en la profesión de bufón que le inspirase vanidad. «¿No es justo que me vanaglorie, cuando todos, sabiendo que soy bufón, si tienen buena fortuna, me invitan con agrado á compartirla, y si experimentan algún revés, me huyen sin volverse, por miedo á reirse á pesar suyo?

—En verdad, dijo Nicerates, tienes buen motivo para felicitarte. Por lo que á mí se refiere, cuando mis amigos están en la prosperidad, evitan mi trato; si se hallan en el infortunio, van sin cesar tras de mí, y me prueban su parentesco por su genealogía.

—Bueno; y tú, siracusano, dijo entonces Carmides, ¿qué constituye tu felicidad? ¿es sin duda poseer á este muchacho?—¡Muy lejos de eso! Me causa, por el contrario, grandes temores, pues noto que algunas gentes quieren perderle.—¡Por Heracles!, dijo Sócrates, ¿qué mal tan grande en opinión suya les ha hecho este niño, para que quieran matarle? —No quieren matarle, sino persuadirle de que se acueste con ellos.—Pero, al oirte, si sucediera eso, ¿creerías, pues, perdido á este joven?—Sí, sin duda, perdido sin recurso.—¿Y tú mismo no te acuestas con él?—¡Oh!, todas las noches, las noches enteras. —¡Por Here! ¡qué felicidad ser el único de todos los humanos cuya proximidad no mata á aquellos con quien duermes! Sí; si existe una cosa de la cual puedes tener derecho á vanagloriarte, es de poseer privilegio tal.—Sin embargo, no es eso lo que más me regocija.—¿Qué es, pues?—Que haya locos en el mundo, pues esos son los que me alimentan, acudiendo al espectáculo de mis títeres.—Por eso es, dijo Filipo, por lo que no ha mucho oía yo rogar á los dioses que derramasen por todas partes donde fueras abundancia de todo, excepto de juicio y de razón.

—Bien, dijo Calias; pero tú, Sócrates, ¿qué dirás para persuadirnos de que la profesión vergonzosa de que nos hablas es para nosotros un motivo de gloria?—Expliquémonos, respondió Sócrates, sobre la naturaleza de este empleo: no dudéis en responder á mis preguntas, con el fin de que sepamos sobre qué estamos de acuerdo. ¿Consentís en ello? —Sin duda», le respondieron. Y después de esta conversación no tuvo otra respuesta. «¿Cuál es el empleo de un buen maestro? ¿no es hacer esto ó aquello agradable á las personas para las cuales trabaja? —Sin duda.—Una hermosa cabellera, un adorno elegante, ¿no son medios de agradar?—Sin duda. —¿No sabemos que los mismos ojos son unas veces graciosos y otras terribles?—Sin duda.—¿Y que la misma voz es, ya modesta y dulce, ya audaz y altiva?—Sí.—¿No hay también discursos que excitan el odio, y otros que hacen nacer la amistad?—Sin duda.—¿El buen maestro enseñará, pues, esos diversos medios de agradar?—Sin duda.—¿Cuál es el más hábil, el que hace agradable á una sola persona ó el que hace agradable á varias?» Aquí, los convidados se dividieron: algunos respondieron vagamente que sí; otros, que el más hábil era el que instruía en el arte de agradar al mayor número. «Entonces estamos conformes en este punto: pero si un hombre granjeara á algunos ciudadanos la benevolencia pública, ¿no sobresaldría en su arte? —Eso es claro, respondieron unánimemente.—Y si alguno formase así á los que instruye, ¿no tendría motivo para vanagloriarse de su arte, y no recibiría muy justamente un amplio salario?» Todos manifestaron que esa era su opinión. «Pues bien, continuó Sócrates, tal es Antistenes.

—¡Cómo, Sócrates, me atribuyes tu profesión! —Sí, ciertamente, pues te veo muy ejercitado en la

que sigue á la mía.—¿Cuál es?—La profesión de corredor.—¡Cómo!, replicó Antístenes, á quien desagradó esta palabra, ¿has visto que yo haya hecho nunca nada que se le parezca?—Yo sé que tú has dirigido á Calias, que está aquí en casa del sabio Pródico, viendo que uno estaba enamorado de la filosofía y que el otro necesitaba dinero. Sé que le has conducido también á casa del eleático Hipías, que le dió lecciones de memoria artificial; y después se ha hecho mucho más enamorado, puesto que no olvida nunca nada de lo que ve hermoso. Ultimamente, también alababas en mi presencia á uno de tus amigos de Heraclea; me has inspirado el deseo de conocerle, me le has presentado, y te soy deudor por ello, pues me parece hombre honrado. Lo bueno que me has dicho de Esquilo y que le has dicho de mí, ¿no nos ha unido tan estrechamente que, enamorados con mutuo amor, nos buscamos con impaciencia? Al ver este poder tuyo, te juzgo buen componedor. Quienquiera que tenga el talento de conocer á las personas que llegarán á ser útiles, y que sepa excitar entre ellas la amistad, es capaz de producir la misma disposición entre los Estados y de negociar importantes alianzas: ¿no es preciosa la posesión de tal hombre para las repúblicas, los amigos y los aliados? ¡Y por haber pretendido que eras buen componedor te has incomodado! Me has entendido mal.—Ahora, Sócrates, no tengo prevención contra ti, pues si poseo este poder, mi alma poseerá tesoros.» Así se terminaron las cuestiones que había de tratar cada uno á su vez.

CAPITULO V

Calias volvió á tomar entonces la palabra: «Y tú, Critóbulo, ¿no disputarás á Sócrates el premio de belleza?—Se guardará bien de ello, respondió Sócrates; ve que el componedor tiene crédito entre los jueces.—No rehuso, sin embargo, entrar en liza; vamos, tú que tienes tanto saber, prueba que eres más hermoso que yo.—No hay que traer aquí una antorcha.—Decidamos prontamente la cuestión. —Responde.—Interroga tú mismo.—¿Crees que la belleza existe sólo en el hombre, ó en otros objetos también?—En otros también, seguramente, como en un caballo, en una vaca, y en objetos inanimados; ¿no se dice: mirad un bonito escudo, una bonita espada, una bonita lanza?—Pero ¿cómo es posible que cosas tan desemejantes sean bellas?—Si la Naturaleza ó el arte las hacen propias para el uso en el cual se las emplea.—¿Sabes por qué necesitamos de nuestros ojos?—Para ver, según parece.—Siendo así, mis ojos son más hermosos que los tuyos. —¿Cómo?—Porque los tuyos sólo ven en línea recta, mientras que los míos ven también de lado, porque son salientes.—Según tu cuenta, el animal que tiene los ojos más hermosos será el cangrejo.—Sin ninguna duda; porque la Naturaleza le ha concedido también ojos de una fuerza asombrosa.—Bueno; ¿pero tu nariz es más hermosa que la mía?—Mi nariz es más hermosa, si es verdad que los dioses nos han hecho las ventanas de la nariz para recibir los olores. Las aberturas de las tuyas están dirigi-

das hacia la tierra, mientras que las mias están levantadas y de manera que reciben los olores que se exhalan por todas partes.—¿Pero cómo será más bella una nariz chata que una nariz recta?—Porque, lejos de formar una barrera, permite á los dos ojos ver primero lo que quieren ver; mientras que una nariz alta los separa como si desease crearles obstáculos.—En cuanto á la boca, dijo Critóbulo, te cedo la palma: si está hecha para morder, la tuya obtendría el pedazo mucho mejor que la mía. Pero, porque tienes labios gruesos, ¿dudas de que mis besos sean más voluptuosos que los tuyos? —Oyéndote, resulta mi boca más deforme que la de un asno. ¿Consideras, pues, como una débil prueba de mi belleza, el que las náyades, que son nada menos que diosas, engendren silenos, los cuales se me asemejan más que á tí? No tengo nada que replicar: que se distribuyan los guijarros, á fin de que sepa yo muy pronto qué castigo sufriré ó qué multa pagaré. Pero que dé cada uno su sufragio en secreto, pues temo que tus riquezas y las de Antístenes me hagan sucumbir.»

El jovencito y la joven bailarina recibieron sucesivà y secretamente los sufragios, mientras que Sócrates hacía llevar un hachón delante de Critóbulo. Quería que no fueran sorprendidos los jueces, y que distribuyesen al vencedor, no cintas, sino besos en lugar de coronas. Pronto fueron sacados de la urna los guijarros; eran todos para Critóbulo. «En verdad, dijo Sócrates, tu dinero no se parece, mi querido Critóbulo, al de Calias: el suyo hace más justo, el tuyo (el que tiene más de la esencia de este metal) es capaz de corromper á jueces y comisarios.»

CAPITULO VI

Después, unos apremiaron á Critóbulo para que recibiese el beso de la victoria, otros querían que obtuviese el permiso para ello del siracusano; otros bromeaban, cada uno á su manera. Hermógenes se callaba. Sócrates le dirigió la palabra: «Hermógenes, le dijo, ¿podrías decirnos qué es *paroinia?* —¿Qué es? Lo ignoro; pero diré mi conjetura. —Bueno.—Entiendo por esta palabra la turbulencia de un bebedor durante la comida.—¿Sabes que también tú nos aventajas por tu silencio? ¿Es cuando hablas?—No, sino cuando dejo de hablar.—¿Ignoras que no se intercalaría siquiera una sílaba en medio de tus charlas?—¿Podrías acudir, Calias, en socorro de un derrotado?—Sí, pues cada uno se calla al son de su flauta.—¿Querrías, pues, continuó Hermógenes, que, á ejemplo del comediante Nicostrato, que recitaba al son de su flauta sus versos de cuatro pies, me entretenga también con vosotros al son de este instrumento?

—En nombre de los dioses, replicó Sócrates, hazlo: unir el canto á los acordes de la flauta, ¿no es darle más gracia? Sucede lo mismo con tus discursos: encantarán por la mezcla de los sonidos, sobre todo si, á ejemplo de la música, el gesto acompaña á las palabras.—Cuando Antístenes, dijo Calias, censure á alguno en un banquete, ¿qué instrumento se tocará?—El silbato, creo yo.»

En medio de esta conversación, notó el siracusano que los convidados olvidaban su espectáculo,

y se divertían entre sí. Envidioso de Sócrates, le dijo: «¿Es á ti á quien se llama el *Pensador?*—¿No es más hermoso este nombre que el de *Soñador?* —Sí, si no pasas por un pensador de cosas sublimes.—¿Conoces nada más sublime que la Divinidad?—Pero dícese que, en lugar de entregarte á su contemplación, te pierdes allá arriba en las nubes. —Pues bien; esa es la prueba de que me dedico á los dioses. ¿No nos protegen los dioses desde arriba? ¿No nos dispensan desde arriba la luz? Si el juego de palabras es un poco frío, no acuséis de ello sino á vosotros que me criticáis.—Hablemos de otras cosas: ¿cuántas pulgadas estáis alejados de mí? Porque se dice que eso es propio de vuestra sutil geometría.»

Entonces Antístenes, dirigiendo á Filipo la palabra, le dijo: «Tú sobresales en comparaciones; ¿no te parece aquel hombre un insolente?—Me lo parece algo, y podría parecerlo á otros.—Sin embargo, dijo Sócrates, nada de comparaciones sobre él, porque tú también parecerías un insolente.—Pero si le comparo á las gentes más honradas, ¿no parecerá que le alabo, en vez de injuriarle?—Desde ahora le injurias, si le consideras como un personaje cumplido.—¿Querrías que le comparase con las gentes más descorteses?—Menos que con los primeros.—¿Con quién, pues?—Con nadie.—Pero callándome, veo que estoy fuera de lugar en este banquete.—¿Cuesta mucho callar lo que no se debe decir?» La querella terminó ahí.

CAPITULO VII

Después de eso, no obstante, unos pedían comparaciones y otros se oponían á ellas. En medio del tumulto, Sócrates volvió á tomar la palabra: «Puesto que queremos hablar todos, ¿por qué no cantamos todos juntos?» Al mismo tiempo comenzó una canción. Cuando hubo terminado, se dió á la bailarina una rueda de alfarero, con la cual había de verificar giros sorprendentes. «Siracusano, dijo entonces Sócrates, temo mucho pasar por soñador, pues busco ahora por qué medio esta hermosa muchacha y este muchachito conseguirán divertirnos sin ningún peligro para ellos; y seguramente lo deseas así. Me parece que introducir aquélla la cabeza en un círculo de espadas desnudas es una diversión arriesgada, que no conviene á la alegría de un festín. Es también una cosa asombrosa leer y escribir dando vueltas sobre una rueda; pero no veo qué placer puede causar semejante espectáculo. ¿Es más divertido ver á una persona bella atormentándose, agitándose, imitando la rueda, que contemplarla en calma y tranquila? Además, si se quiere lo sorprendente, ¿es tan difícil verlo? En este instante mismo podemos fijarnos en esta antorcha. ¿Por qué su brillante llama extiende la luz, mientras que el cobre, que brilla también, no la da, y se reflejan los objetos sobre su superficie? ¿Cómo el aceite aumenta la llama, mientras el agua, que es también un líquido, apaga el fuego? Pero estas pre-

guntas son extrañas á un banquete. Si nuestros dos jóvenes actores bailasen al son de la flauta, con el alegre traje bajo el cual nos pintan á las gracias, á las estaciones y á las ninfas, la ejecución sería más fácil, y el banquete nos regocijaría más.—En verdad, dijo el siracusano, tienes razón, Sócrates; voy á darte un espectáculo que te divertirá.»

CAPITULO VIII

El siracusano sale, se prepara, y Sócrates comienza un nuevo discurso: «Amigos, les dice, estamos en presencia de un ser poderoso; igual en edad á los dioses eternos, tiene los rasgos de un niño; su inmensidad lo abraza todo; tiene el alma de un hombre: este ser poderoso es el Amor. ¿Sería justo no dedicarnos á él, nosotros que estamos todos iniciados en sus misterios? Por lo que hace á mí, no puedo citar ninguna época de mi vida en la que no haya vivido bajo el imperio del Amor. Sé que algunos han suspirado por Carmides, y que él ha suspirado igualmente; que Critóbulo, también digno de ser amado, es á su vez amante. Se dice incluso que Nicerates ama á su mujer, la cual le corresponde. Respecto á Hermógenes, ¿quién de nosotros ignora que la virtud, bajo cualquier forma que se muestre, le apasiona y le consume? Ved ese ceño austero, esa mirada fija; ¡qué sabiduría en sus discursos! ¡qué dulzura en su voz! ¡qué amenidad en sus costumbres! Los dioses, tan dignos de nuestros homenajes, son los amigos de Hermógenes; y sin embargo, no

nos desdeña, á nosotros, humildes mortales. ¿Sólo tú, Antístenes, no amas á nadie?—En verdad, te amo con todo mi corazón.—No me atormentes, le dijo Sócrates, afectando un tono burlón y altivo; ¿no me ves seriamente ocupado?—Ciertamente, sobresales en tu honrada profesión: no me hablas, bien porque tu demonio te lo impide, bien porque corres tras de alguna idea.—En nombre de los dioses, Antístenes, perdóname. Soporto tu carácter, y le soportaré siempre como amigo; pero que tu afecto hacia mí no se muestre nunca, puesto que tiene por objeto, no la belleza del alma, sino la del cuerpo. Respecto á ti, Calias, toda la ciudad y muchos extranjeros también, creo yo, saben que amas á Antólyco. La causa de ello es que pertenecéis los dos á ilustres familias, y sois vosotros mismos ilustres por vuestras virtudes. Por lo que á mí atañe, he admirado siempre tu afortunada naturaleza, Calias; pero mucho más aún ahora, cuando te veo amar á un joven que, lejos de languidecer muellemente en el seno de los placeres, es afamado por su vigor, su paciencia, su templanza y su valor. Venerar sus virtudes es hacer el elogio de la persona amada. ¿No hay mas que una Afrodita, ó existirán dos, una celeste y la otra terrestre? Lo ignoro (porque se invoca á Zeus bajo muchos nombres, aunque sin duda no haya mas que un Zeus); pero sé que los dos tienen sus altares y sus templos, que á uno se le ofrecen sacrificios materiales y al otro homenajes castos; y mientras que la Afrodita terrestre une los cuerpos, ¿no es la celeste la que une las almas, la que inspira la tierna amistad y las acciones honradas? De este amor es del que me pareces poseído, Calias; lo presumo así cuando pienso en la honradez de tu amigo, cuando te veo no conversar con él sino en presencia de su padre.

Quien es casto en su amor, ¿qué ha de querer ocultar á un padre?

—¡Por Here!, exclamó Hermógenes; te admiro con más de un título, Sócrates; pero, sobre todo, porque, alabando á Calias, le enseñas al mismo tiempo lo que debe ser.—Dices verdad; y, para agradarle aún más, quiero probar que el amor del alma triunfa con mucho sobre el amor del cuerpo. Ninguna unión tiene precio sin la amistad; esta es una verdad conocida de todos: el afecto de los que admiran las costumbres y el carácter de sus amigos se llama una dulce y voluntaria necesidad; mientras que un gran número de los que desean la posesión del cuerpo censuran y odian las costumbres de los que aman. Si veneran á la vez al cuerpo y al alma, la flor de la belleza pasa pronto, y con ella es preciso que desaparezca la amistad; por el contrario, cuanto más tiende á la perfección, el alma se hace más digna de ser amada. Por otra parte, los goces de la belleza no están exentos de disgusto: necesariamente, producen esa saciedad que se experimenta en una mesa cargada de manjares; mientras que el amor del alma es insaciable, porque es puro. Y no se le suponga por eso menos provisto de encantos. Entonces es, por el contrario, cuando Afrodita oye favorablemente la plegaria que se le hace para que no inspire sino palabras y acciones dignas de ella.

»No necesito probar que el hombre que une á una figura agradable un alma grande y modesta, costumbres dulces y superioridad marcada sobre sus iguales, admira y elogia á su amigo; pero lo que yo había de demostrar es que la persona amada pagará á tal amante con una justa reciprocidad.

»¡Oh! ¿cómo odiaríamos á aquel cuya estimación sabemos que ha sido ganada por nuestra honradez,

y á quien vemos ocupado menos en sus placeres que en nuestro honor, cuando además estamos persuadidos de que la amistad no se debilitará ni por ligeras equivocaciones, ni por las enfermedades que alterarían la belleza? ¿Cómo dos personas que se aman entre sí no serían felices contemplándose á gusto, conversando afectuosamente, demostrándose una confianza recíproca, una amistad obsequiosa, compartiendo juntas ó el placer de una buena acción ó la pena de un error? Alegrarse todas las veces que la salud permite reunirse, hacer visitas más frecuentes á aquel de los dos que aflige la enfermedad, interesarse más por los amigos ausentes que presentes, ¿no es todo eso delicioso? Sí, esos buenos oficios son los que hacen querida la amistad, y la mantienen hasta la vejez. Pero, ¿por qué se amaría al que sólo se consagra á la belleza? ¿Es porque goza por sí, no dejando al objeto amado sino el oprobio? ¿Es porque, en sus deseos impetuosos, aleja á los parientes y á los amigos? Si emplea la persuasión en lugar de la violencia, no es por eso sino más odioso: quien hace violencia, sólo demuestra su perversidad; pero quien persuade, corrompe á la persona amada.

»Además, el ser que vende sus encantos á costa de dinero, ¿querrá más á quien le paga de lo que el hombre que vende sus géneros ó su libertad puede querer á quienquiera que los compre? ¿Se entregará porque carece de amor hacia el que le ama, porque brilla por su juventud y por su belleza, cuando su amante no es ni joven ni hermoso? Además, no comparte como una mujer los goces del enamorado juego; es de hielo cerca de los fuegos del amor. No hay que asombrarse, pues, si se desprecia á tales amantes.

»Reflexiónese y se verá que la pasión que tiene

por objeto las hermosas cualidades del alma, no ha tenido nunca efectos funestos; mientras que una pasión ilegítima origina multitud de acontecimientos trágicos. Voy á probar en este mismo instante cuán indigno es de un hombre libre estimar la belleza más que la virtud. El hombre virtuoso que enseña á hacer bien y á decir bien, ¿no es digno de los respetos con que honraba Aquiles á Quiron y á Fénix, mientras que quien suspira tras de la belleza te atormenta semejante á un mendigo? Para obtener un beso ú otro cualquier goce, te suplica y se liga á tu paso. No te asombres del atrevimiento de mis expresiones. El vino me inspira, y el amor que vive en mi corazón me hace hablar con libertad contra un amor rival del mío. Sí, buscar la belleza física es, en mi opinión, parecerse á un hombre que toma en arriendo una tierra; no trata de mejorarla, sino de sacar de ella el mayor provecho. Aquel que, por el contrario, ama con una amistad pura, se parece mucho más al propietario de un campo; aporta por todas partes lo que puede para embellecer al objeto de su amor.

»Otra consideración: todo joven que sabe que prestándose al goce de su belleza ejercerá sobre su amante un imperio tiránico, ha de cometer otros muchos desórdenes; pero, quienquiera que esté persuadido de que, careciendo de sentimientos honrados, no conservará amigos, dirigirá más bien sus sentimientos hacia la virtud. ¿No es, además, un grandísimo bien para el que aspira á la amistad de un joven, estar él mismo en la necesidad de practicar la virtud? ¿Si diese malos ejemplos podría encaminar al bien? Brutal y sin pudor, ¿inspiraría al que ama la templanza y la modestia?

»Calias, tengo interés en probarte, incluso según la mitología, que, no solamente los hombres,

sino los dioses y los héroes, han estimado más la unión pura de las almas que los goces de la belleza. A todas las mujeres de que Zeus estaba enamorado, este dios, después de haber gozado de ellas, las dejaba en el estado de simples mortales; pero daba la inmortalidad á los humanos cuyas bellas cualidades había admirado. De este número son Heracles, los Dióscuros y otros varios más. Pretendo incluso que Ganimedes fué trasladado al Olimpo, menos por causa de la belleza de su cuerpo que por la de su alma; su nombre mismo da testimonio de ello, pues leemos en Homero:

Se complace en escuchar

y en otra parte:

Sabiendo formar sabios designios.

De la reunión de estas dos palabras, *complacerse* y *designios* (1,) se compone el nombre de Ganimedes, y no por causa del atractivo de su cuerpo, sino de la belleza de su alma, fué honrado por los dioses. Mi querido Nicerates, cuando Homero nos pinta á Aquiles vengando gloriosamente la muerte de Patroclo, no es el amor el que anima á su héroe, sino una amistad tierna hacia un hermano de armas que ya no existe. Orestes y Pílades, Teseo y Piritoo y tantos otros semidioses, ¿son célebres por haber compartido el mismo lecho? No, sin duda; pero cada uno de ellos admiraba á un amigo á cuya gloria se asociaba en grandes é inmortales empresas. Y ahora también, ¿quién no ve que los autores de las más hermosas hazañas se hallan más bien entre los que buscan la celebridad, en medio de los trabajos y de

(1) En griego Γάνυσθας y Μήδεα. De aquí Γανυμήδης, Ganimedes.

los peligros, que entre los que prefieren la voluptuosidad á la gloria, aunque Pausanias, amigo del poeta Agatón, haya dicho, para defensa de lo voluptuoso, que un ejército de amantes era invencible porque éstos se avergonzarían de abandonarse mutuamente? Palabra asombrosa; ¡cómo! ¡hombres indiferentes á la censura, acostumbrados á no avergonzarse entre sí, temerían deshonrarse por algún acto de cobardía! Citaba el testimonio de los tebanos y de los eleatas, educados en estos principios, y en cuyos países los amigos se adelantaban en el combate, reunidos en la misma falange: razonamiento concluyente, puesto que su unión, consagrada en ellos por las leyes, es deshonrosa entre nosotros. ¿No se diría que la desconfianza preside á su táctica, que temen que el amigo, separado de su amigo, no cumpla los deberes del hombre valeroso? Los lacedemonios, por el contrario, persuadidos de que, suspirando por la belleza, no se piensa ya en lo sucesivo en el honor, hacen de sus amigos guerreros tan valerosos, que, incluso entre los extranjeros, se avergonzarían, aun separados de sus amantes, de abandonar á sus compañeros de armas. Su divinidad es el pudor, y no la desvergüenza. Sin duda, pensamos todos del mismo modo sobre lo que constituye el objeto de esta conversación. Para convencerse de ello, pregúntese á cuál de estos amigos confiaría uno con preferencia sus hijos y su fortuna, á cuál se haría con más gusto un beneficio. Por lo que á mí se refiere, pienso que hasta el hombre sensible á la belleza daría más bien su confianza al amigo virtuoso.

En cuanto á ti, Calias, tienes que dar sin duda acciones de gracias á los dioses porque te han hecho amigo de Antólyco. Está evidentemente apasionado por la gloria, ¡él, que, por oirse proclamar

vencedor del pentathlon, ha soportado tantos trabajos y aguantado tantos sufrimientos! Si espera no solamente honrar é ilustrar á su padre, sino también poder, por su virtud, servir á sus amigos, y ensanchar por su valor las fronteras de su patria, obteniendo gloriosos despojos sobre el enemigo vencido; si cree que con estos títulos obtendrá distinciones y renombre en los países griegos y bárbaros, ¿cómo no piensas que rodeará de los mayores honores á aquel del que se haga guía en tan noble carrera? ¿Quieres agradarle, Calias? Considera por qué conocimientos se hizo capaz Temístocles de hacer libre á Grecia; considera también cuán grande era el saber que hizo á Pericles el más seguro consejero de su país; piensa por qué medios supo Solón dar á su República las leyes más sabias; investiga á qué ejercicios deben los lacedemonios su superioridad en el arte militar. Del mismo modo, todos los días llegan á tu país los ciudadanos más distinguidos de Lacedemonia. No dudes, pues, que pronto, si quieres, se confiará la República á tus cuidados. Las mayores ventajas te secundan; desciendes de los sacerdotes sacrificadores que se remontan hasta Erecteo y eres de los patricios que, bajo la dirección de Diónisos, combatieron á los bárbaros. La celebración de esta fiesta te hace todavía más augusto que ninguno de tus antepasados: ¿qué diré yo de ese aire de grandeza que se admira en tu persona, y de esa fuerza corporal que te pone en condiciones de soportar los más penosos trabajos? Quizá semejante discurso te parece demasiado serio para un banquete; no te sorprendas por ello: yo he compartido siempre el afecto de la República por los ciudadanos que, dotados de un buen natural, buscan ardientemente la virtud.»

Los demás convidados hacian observaciones

sobre este discurso de Sócrates. Por lo que se refiere á Antólyco, se fijaba en Calias, que, por su parte, mirándole con el rabillo del ojo, habló así al maestro: «Vas á conciliarme de tal modo los buenos servicios de la República, que me veré colocado en el timón de los negocios y agradaré siempre al pueblo.—Eso será si se te ve realmente, y no en apariencia, amigo de la virtud. El tiempo es la piedra de toque de la falsa gloria, mientras que una virtud sólida, si algún dios no la es contrario, da á todas nuestras acciones un esplendor que se hace cada día más brillante.»

CAPITULO IX

Terminada la conversación, se levantó Antólyco, porque era la hora del paseo. Lycon, su padre, que salía con él, se volvió hacia Sócrates y le dijo: «¡Por Here!, me pareces un hombre honrado.»

Colocóse un asiento en medio de la sala; llegó después el siracusano: «Aquí está Ariadna, dijo, que entra en su cámara nupcial. Pronto aparecerá Diónisos, que ha correteado un poco entre los dioses; se acercará á ella y loquearán juntos.» Después de este prólogo, Ariadna, adornada como una esposa joven, entra en la sala y se sienta. Poco después, un aire báquico de flauta anuncia la llegada del dios de las vendimias: entonces fué cuando se admiró al maestro del coro. Ariadna escuchaba la música con placer, lo que se adivinaba fácilmente en sus gestos y en sus movimientos. Sin embargo, se guardó bien de levantarse ó de ir al encuentro

de su esposo; pero vióse que con dificultad se contenía. Habiéndola visto Diónisos, se adelantó bailando con el aire más apasionado, se sentó sobre sus rodillas y la estrechó entre sus brazos. Ariadna se avergonzaba, y sin embargo, respondía á su vez á las caricias de su esposo. Viendo esto, los convidados batían palmas. Pero cuando se levantó Diónisos, y con él Ariadna, fué cuando hubo que ver los gestos de estos amantes entusiasmados. Viendo tan hermoso á Diónisos y á Ariadna tan bella, no limitarse ya á las bromas sencillas, sino acercar realmente sus bocas una á la otra, los espectadores experimentaban la más viva emoción. Oían á Diónisos preguntar á Ariadna si le amaba; oían á Ariadna jurar á Diónisos que era amado: del mismo modo hubieran jurado todos que el muchachito y la joven bailarina se amaban realmense, porque parecían, no bufones adiestrados en esta pantomima, sino amantes impacientes por satisfacer el amor que los apremiaba hacía mucho tiempo. Finalmente, al verlos mantenerse estrechamente abrazados, como dos esposos que fuesen á la cámara nupcial, aquellos de los convidados no casados juraron que lo estarían pronto; los que lo estaban montaron á caballo y volaron al encuentro de sus esposas, con el fin de ser felices á su vez. Sócrates y algunos otros que quedaron con él se fueron al paseo á unirse con Lycon, Antólyco y Calias. Así terminó el banquete.

ÍNDICE

Págs.

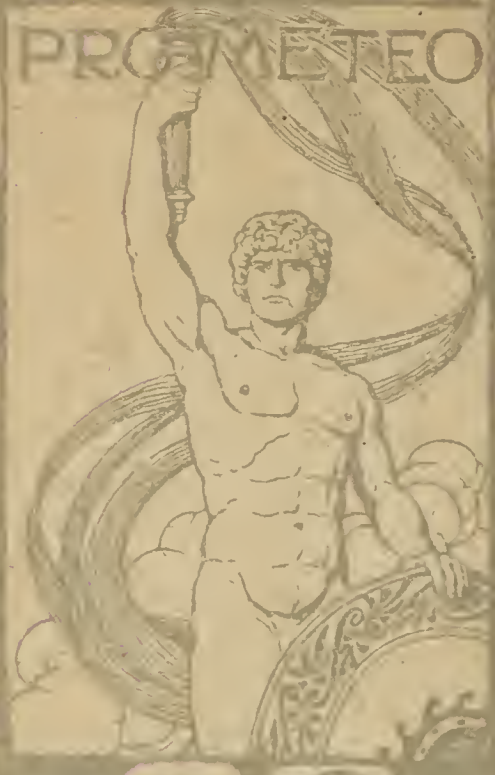
NOTA PRELIMINAR. v

MEMORIAS SOBRE SÓCRATES.. 13

APOLOGÍA DE SÓCRATES.. 167

EL BANQUETE.. 177

PROMETEO



PROMETEO